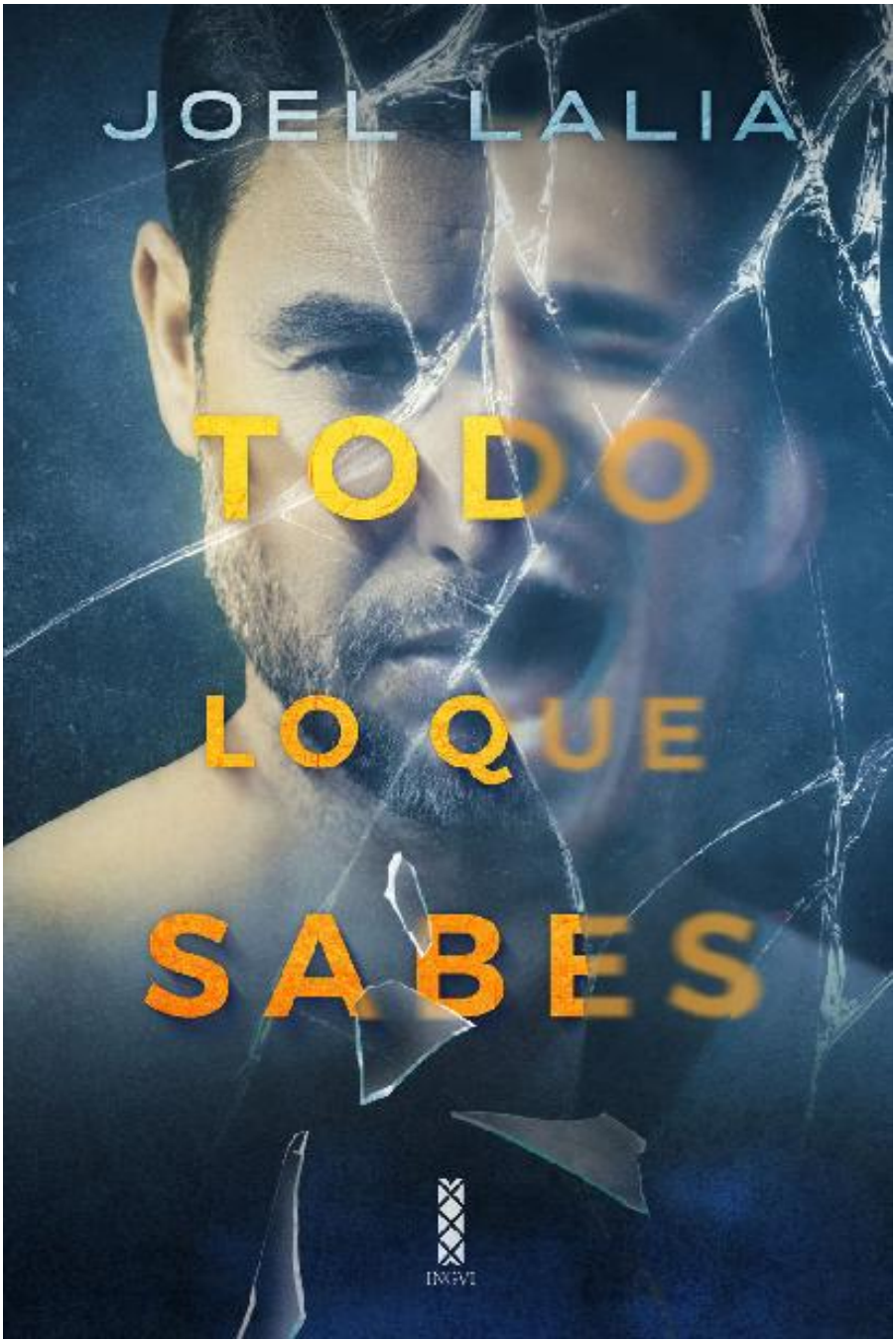
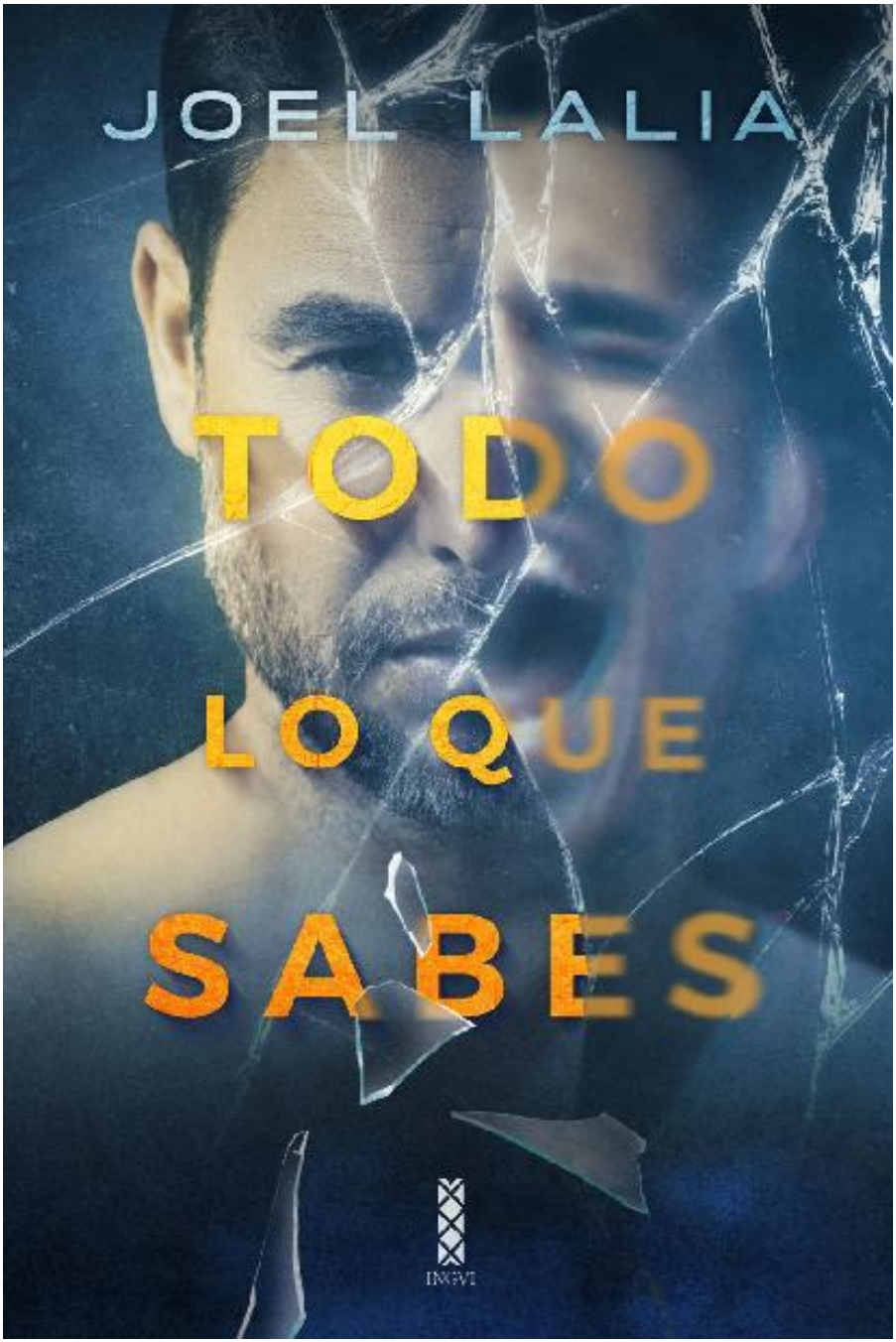
JOEL LALIA
TODO
LO QUE
SABES
INGVI


JOEL LALIA
TODO
LO QUE
SABES
INGVI


JOEL LALIA
TODO
LO QUE
SABES
INGVI

Dirección editorial: Natalia Hatt

Corrección: Florencia Casella

Diseño de cubierta: H. Kramer

Diagramación: Natalia Hatt

Lalia, Joel Todo lo que sabes / Joel Lalia. - 1a ed. - Paraná : Vanadis, 2023. I

© 2023 Joel Lalia

© 2023 Editorial Vanadis

www.editorialvanadis.com.ar

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o tramisión por cualquier medio, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la obra sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 978-631-6562-02-9

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Alameda de la Federación 684. Paraná, Entre Ríos. Diciembre de 2023.

Para Matías, mi gran compañero.

0

Durante mucho tiempo mi vida fue triste, oscura, mísera.

Desde que tengo memoria, he deseado que fuera más clara, más agradable, más fácil: una vida diferente.

Incontables veces he deseado poder empezar de nuevo, tener otra oportunidad, pero nunca fue más que mi ilusa ingenuidad.

¿Por qué me sentía tan vacío? ¿Por qué mis alegrías solo eran cortos períodos insignificantes que se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos? ¿Por qué me había tocado esta vida y no otra?

Todo era tinieblas y vacío. Todo era nada.

Hasta ese día.

Ese día lo cambió todo. Ese día entendí.

Por fin sentí que esa nueva oportunidad había llegado.

Ese día pasé de la muerte a la vida.

I

Oscar

Fuera de la consciencia, fuera de la luz. Oscar Frech era un cuerpo inmutable: no se movía, no abría los ojos y respiraba asistido por una máquina.

Había llegado al hospital hacía doce años tras un fatal accidente. Había recibido toda la asistencia de urgencia, pero, al final, tuvieron que dejarlo internado en estado de coma, y había permanecido así desde entonces. A medida que el tiempo pasaba, fue recibiendo tratamiento de fisioterapia para evitar que sus músculos se debilitaran por la falta de movimiento y se le administraron medicamentos de manera periódica. Más adelante, se le practicaron algunas cirugías para estimular los músculos de los brazos y las piernas. Después de más de una década, era el paciente que más tiempo había permanecido internado en el hospital Vita.

Yacía solo en la habitación, hasta que alguien abrió la puerta y perturbó esa casi inexistencia. Era una de las empleadas de la limpieza, que, tras haber pasado por otros sectores, ahora debía encargarse del cuarto de Oscar. Comenzó con su trabajo, intercalado con miradas ocasionales a ese hombre que se había mantenido en la misma condición por tanto tiempo.

Mientras pasaba la mopa, la joven tuvo un presentimiento extraño. Miró a Oscar, que reposaba silente, y continuó. De repente, la luz de la habitación se apagó. La chica se quedó inmóvil, sorprendida. Por alguna razón, sintió miedo, pero la luz volvió a encenderse. Después de comprobar que todo seguía igual, y sintiéndose algo tonta, se apresuró a terminar.

Cuando estaba por salir, una de las máquinas que había junto a la cama comenzó a emitir un pitido agudo y urgente. La muchacha no entendía nada de lo que veía en las pantallas, pero por el sonido supo que algo andaba mal. Abrió la puerta y pidió ayuda a gritos. Julia y Stewart, dos enfermeros que se dirigían al elevador, la escucharon. Se detuvieron y la buscaron con la mirada. Al verla, corrieron hacia donde estaba y entraron en la habitación. Ella salió para dejarlos trabajar.

Oscar estaba en peligro: un paro cardiorrespiratorio. Stewart comenzó a presionar su pecho mientras Julia le daba respiración boca a boca. No estaba funcionando. El enfermero miró a su compañera fugazmente y siguieron intentando. No iban a rendirse.

2

Diana

Una hora antes

El deber de todo doctor es brindar el mejor cuidado y atención a sus pacientes. Para la mayoría, ese deber se facilita en la interacción con ellos: al preguntarles cómo se sienten, al ver señales en sus expresiones, al conversar. Para la doctora Diana Anderson, en cambio, no era tan sencillo. Casi todos los días deseaba poder hablar con sus pacientes, oírlos y saber cómo hacer para que se recuperaran, para devolverles la vida que tenían antes de quedar internados. Pero no podía, porque todos ellos estaban en coma.

Para todo el mundo, la doctora Anderson era un ejemplo: pasión, dedicación y una personalidad cálida y simple la caracterizaban. Siempre se esforzaba para dar todo de sí. Nunca se le escapaba nada, y tanto sus colegas como las familias de los pacientes tenían un aprecio especial por ella. Pero no era fácil. Aunque siempre intentaba ser positiva y tener una buena energía, muchas veces sus ánimos decaían con el peso de la desilusión y el abatimiento. Claro que lograba ocultarlo muy bien y nadie lo notaba, salvo quienes trabajaban cerca de ella a diario. Lo último que deseaba era que las familias con necesidad de esperanza vieran que ella no la tenía.

Siempre procuraba tomarse un tiempo para hablar con los seres queridos de los pacientes y acompañarlos por un momento. Había un par de familias que, si bien estaban lógicamente dolidas, entendían, o trataban de entender, la situación y sabían que lo único que podían hacer era estar allí, dar su presencia, su compañía, sus caricias y sus voces, aunque la persona que estuviera en la cama no mostrara señal alguna de sentirlos.

Lo más difícil era que los familiares de los nuevos pacientes llegaran a ese punto y traspasaran el estado de incomprensión, dolor extremo, desesperación e, incluso, enojo. Diana debía ayudarlos, contenerlos y explicarles cómo era todo. Para ello era necesario informarlos y lograr que entendieran cuánto del proceso dependía del monitoreo y cuidado que el paciente recibiera, y cuánto dependía de «algo más». Explicarles que un paciente puede permanecer en coma por mucho tiempo sin mostrar evolución, pero que también puede mejorar y hasta despertar, y, en ese caso, recibir más ayuda para lograr la mayor recuperación posible.

Aquel era uno de esos días en los cuales tenía que hacer un esfuerzo extra.

—Necesito nueve tazas de café —suspiró.

—Estás mejor que yo —respondió su amiga Lucy, una de las doctoras que trabajaba con ella, mientras ambas esperaban el elevador.

Vrivier era una ciudad tranquila y modesta situada en Nuevo México; limitaba con Las Cruces y se ubicaba cerca de Fort Bliss, Texas. Estaba habitada por un gran porcentaje de descendientes de españoles y mexicanos, pero también por estadounidenses y extranjeros que habían llegado buscando un sitio tranquilo donde vivir. Aunque poseía el encanto geográfico del área, con montañas, abundante flora y varios lagos, no era demasiado celebrada ni mencionada fuera del estado, salvo porque poseía uno de los mejores y más avanzados hospitales de la región.

El Hospital Vita contaba con doctores y especialistas expertos en todas las áreas, así como con las más modernas y eficientes herramientas y equipo para tratar cada complejidad. Urgencias, partos, traumatismos, infecciones, tratamientos contra el cáncer, enfermedades raras y hasta ayuda y asistencia en salud mental: todo en un mismo lugar. Era un

enorme edificio de cinco plantas. En la quinta, estaba el sector de terapia intensiva.

Diana y Lucy salieron del elevador y se dirigieron directo a la sala de la cocina. Lucy preparó la cafetera.

—Fue una mala decisión estrenar esos zapatos anoche, mis pies me están matando —dijo al sentarse en una de las sillas plásticas.

—Hace tiempo que no me compro un par de zapatos —respondió Diana.

—Te regalo los míos.

—Hoy será un día largo —dijo ella, suspirando—. Es el día en que la familia de Miguel viene a visitarlo. Sus padres, y sus abuelos, todos juntos.

—Como cada mes —acotó Lucy—. Todas las semanas vienen los padres y una vez al mes traen a los abuelos. Creí que te agradaban.

—Claro que sí —aclaró Diana—. Es solo que hoy me siento bastante cansada. Quisiera que no hubiera visitas.

—Si quieres, puedo decirles que estás muy ocupada…

—Gracias, pero debo verlos. Tengo que hacerlo.

La máquina terminó de preparar el café. Diana buscó las tazas y Lucy las llenó hasta el tope.

—Pues necesitarás mucho de esto.

Poco después, Diana vio a los padres de Miguel Santeliz, su paciente más joven, en de la sala de espera. Para su sorpresa, los abuelos de este no estaban con ellos. Ella se acercó y los recibió con su usual calidez y cordialidad.

—Buenos días, doctora —saludó el señor Horacio Santeliz—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. —Sonrió—. ¿Hoy no pudieron venir los abuelos?

—Les regalamos pasajes y una estadía para que se vayan de vacaciones —explicó Norah, la madre de Miguel—. Hicieron y hacen tanto por nosotros que quisimos devolvérselos de alguna manera. Insistieron en que no querían ir a ningún lado y que se quedarían con nosotros, pero no se los permitimos. Realmente se lo merecían, ¿verdad, cielo?

—Claro que sí —respondió su marido.

—¿Ustedes cómo están? —Diana los miró con más profundidad esta vez.

Horacio esbozó una sonrisa amarga, mientras que Norah largó un suspiró y cerró los ojos.

—Siete meses… Hace siete meses que Miguel está en coma —dijo Norah con un hilo de voz.

—Lo sé —les respondió, impotente.

—Le mentiríamos si le dijésemos que cada día se vuelve más sencillo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Horacio intenta darme fuerzas cuando flaqueo, y yo intento hacerlo por él también. Hay días insoportablemente dolorosos.

—No puedo ni imaginarlo. Sin embargo, siguen de pie, siguen transmitiendo su amor a Miguel en cada visita. Y, aunque no lo crean, eso marca una diferencia.

Norah ya no pudo contener sus lágrimas; sin embargo, respiró profundo para mantenerse entera.

—Gracias, doctora. Usted ha sido tan buena, abierta y dedicada con nosotros —dijo Horacio mientras envolvía a su esposa con un brazo—. Ya se lo hemos dicho, pero en verdad apreciamos como nos acompaña en este terrible viaje.

—Gracias a ustedes por confiar y entender.

Les dedicó otra sonrisa. Notó que lucían cansados. Los ojos de ambos se veían oscuros, como si les pesaran los párpados. «El inevitable momento en que las fuerzas y la positividad escasean», pensó.

—Bien, los acompaño. —Extendió su brazo para que fueran delante de ella.

Avanzaron por el pasillo. Diana observó que Horacio seguía con el brazo derecho alrededor de los hombros de su esposa, sosteniéndola mientras caminaban, a la vez que ella acariciaba la parte baja de la espalda de él con su mano izquierda. Así había sido desde la primera vez que recorrieron ese pasillo; siempre unidos, siempre conectados uno con el otro. Diana sabía muy bien que muchas personas podían estar cerca físicamente, pero que eso no significaba que estuvieran en realidad juntos, que cada uno podía estar en su propio mundo sin importarle quien tuvieran al lado. Con Norah y Horacio le parecía percibir una unión real y profunda. No eran cada uno viviéndolo por su cuenta, eran ambos acompañándose y dándose fuerzas, ambos recordándose de forma continua que no estaban solos. Esperaba que siguiera siendo así, por el bien del matrimonio.

Entraron y vieron a Miguel en el mismo estado en que permanecía desde hacía siete meses, cuando un horrible accidente automovilístico lo había dejado en coma. Como siempre, Norah se inclinó y le besó las manos y la frente. Horacio acarició su cabello.

—¿Todo sigue igual? —preguntó la mujer, aunque ya sabía la respuesta.

—Lamento decir que sí.

—Sigue resistiendo, hijo —susurró Horacio con la voz quebrada—. Sigue resistiendo.

—Los dejaré solos un momento, llámenme si me necesitan —dijo Diana, y cerró la puerta de la habitación, tanto para darles privacidad como para tomarse un respiro de la atmósfera lúgubre que se había generado.

3

Diana

Cuando salió al pasillo, sintió la vibración de su celular en el bolsillo de la bata. Era Stefan, su esposo, quien siempre parecía llamarla en el momento adecuado.

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Todo en orden?

—Todo bien, preciosa. Es más, llamo para contarte una buena noticia —anunció él.

—Ah, ¿sí? Dime.

—Se trata de nuestra hija…—le dijo. Alargó el final de la frase con ese tono misterioso que a Diana la sacaba de sus casillas.

—Está bien, ya basta. Suéltalo de una vez.

—De acuerdo. Pero, ¿sabes qué?, puede contártelo ella misma. Espera, pondré el altavoz.

—¡Hola, mamá! —saludó su hija Nancy. Sonaba algo extraña, pero igual de entusiasmada que su padre.

—Hola, cielo. ¿Vas a decirme por qué papi está siendo tan misterioso?

—¡Sí! ¡Ya pude andar en bicicleta sin rueditas de entrenamiento! —respondió Nancy, prácticamente gritando de la emoción.

—¿De veras? ¡Eso es fantástico, amor! Estoy tan contenta por ti, ¡te felicito!

—¡Gracias!

—En verdad lo logró —dijo Stefan—. Me insistió en que me tomara un rato para ayudarla antes de ir al trabajo y por fin pudo hacerlo.

—Me pone muy feliz. Gracias por haber sido tan constante estas últimas semanas. Sé que a veces estabas demasiado cansado para enseñarle y ayudarla, pero no dejaste de hacerlo.

—Yo también estoy feliz. Feliz y orgulloso.

—Cómo quisiera abrazarlos y besarlos en este momento —dijo Diana —. Debo irme, pero esta noche lo celebramos.

—¡Sí, quiero celebrar! —gritó Nancy.

—Adiós, te amamos —saludó Stefan.

—Yo los amo más —respondió Diana, y colgó. Luego, cerró los ojos y suspiró. Debía volver.

Cuando se acercó nuevamente al cuarto de Miguel, oyó el llanto de Norah desde afuera. Se quedó a un lado de la puerta cerrada. No le gustaba interrumpir en ese tipo de momentos, así que decidió esperar unos minutos para ver si se calmaba.

—¡Es que ya no lo resisto, Horacio! —sollozaba—. ¡Ya no resisto ver a nuestro hijito así!

—Yo tampoco, mi amor, pero debemos ser fuertes. Por Miguel.

—¿Y quién es fuerte por nosotros? Yo ya no tengo de dónde sacar fuerzas…

—Verás que sí —respondió él—. Puedes más de lo que crees. Solo debemos seguir de pie y tener fe.

En esas últimas palabras, Diana oyó la voz del hombre quebrarse. Incluso él, que siempre se había mostrado entero y firme a pesar de la situación, había comenzado a flaquear. El llanto de Norah de repente se escuchó amortiguado, y Diana imaginó que él se había acercado para abrazarla. Respiró profundo y tocó la puerta con delicadeza antes de entrar.

—La doctora está aquí —dijo con suavidad Horacio en el oído de su esposa.

—Lo siento —se disculpó ella mientras secaba sus lágrimas y sonaba su nariz.

—Por favor, no debe disculparse.

—Cada vez se vuelve más difícil —confesó él—. Pero no hay que rendirse, ¿cierto?

Parecía haberlo dicho más para sí mismo que para Norah y Diana.

—Por supuesto que no deben rendirse —dijo ella, intentando consolarlos—. Él cuenta con ustedes.

Cuando salieron al pasillo, les ofreció algo de tomar antes de que se fueran.

—Gracias, pero queremos ir a casa —respondió Horacio—. Debemos descansar y luego ocuparnos de varias cosas.

—Entiendo. Me alegró haberlos visto, y saben que por cualquier cosa pueden llamarme. —Miró en especial a Norah—. Sé que hay momentos más duros que otros, pero no se dejen llevar por el dolor. Esto no ha terminado.

Cuando estaba a punto de despedirse de ellos, oyó a una de las enfermeras gritar.

—¡Doctora Anderson, emergencia!

Se sobresaltó. Al mirar hacia su derecha, vio a Julia, la enfermera, a dos cuartos de distancia.

—Disculpen. —Se apartó y se dirigió hacia allí a toda velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Norah, y comenzó a seguirla.

—Cielo, no. No debes ir allí —dijo Horacio al tiempo que la tomaba de la mano para detenerla.

—Quiero ver qué pasa —respondió ella, zafándose, y siguió caminando.

—¡Norah! —Horacio no tuvo más remedio que ir tras su esposa.

—¿Qué sucede? —preguntó Diana, alarmada, mientras entraba a la habitación del paciente Oscar Frech.

—¡Paro respiratorio! —exclamó Stewart, que seguía intentando reanimarlo.

—No está dando resultado —dijo Julia.

—¡Maldición! —exclamó Diana y se acercó rápidamente—. ¡Desfibrilador, ahora!

Mientras Julia traía el aparato, ella hizo un corte en la bata del hombre y terminó de abrirla con las manos para dejar su pecho al descubierto. Luego, tomó el desfibrilador, lo encendió y le colocó los electrodos en el tórax.

—Vamos… —murmuró Stewart.

El aparato realizó una descarga, pero no ocurrió nada.

—Otra vez —dijo Diana, presionando el botón de descarga.

—¡Vamos! —susurró Julia.

Nada.

Estuvieron varios minutos más intentando reanimarlo, pero no hubo caso. La doctora no tuvo más opción que declararlo muerto.

—No puede ser —murmuró Julia.

—Se ha ido —se lamentó Diana.

Se quedaron allí, en silencio, contemplando el cuerpo de Oscar Frech, igual de inmóvil, pero ya sin vida.

4

Diana

En el pasillo, Norah y Horacio lo habían visto y oído todo. En el apuro, la puerta había quedado abierta, y aunque él intentó detenerla, Norah se había quedado viendo la intensa escena desde afuera del cuarto.

—Un hombre murió —dijo ella, perturbada—. Un hombre acaba de morir.

—Norah, vamos —le pidió Horacio por quinta vez.

En ese momento, Diana salió de la habitación; lucía triste.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con delicadeza.

—Ese hombre está muerto —dijo Norah—. ¿Eso es lo que le pasará a mi hijo?

—¿Qué? Su hijo no tiene nada que ver con lo que acaba de ocurrir —respondió, intentando no sonar descortés por la conmoción—. Cada paciente es distinto, ya se lo aclaré muchas veces. Ahora, si me disculpan…

—¡Tiene que haber forma de evitarlo! —la interrumpió ella.

—Norah, por favor… —Horacio deseaba genuinamente que se detuviera.

—¡No! ¡No quiero que mi hijo esté internado tanto tiempo solo para morir así!

—Señora Santeliz, por favor, debe calmarse. —Diana bajó la voz para causar que ella hiciera lo mismo—. Primero, tal cual lo dijo, un hombre acaba de morir, así que le pido respeto. Y segundo, debemos salir de aquí, estamos en medio del pasillo.

Con suavidad, puso sus manos detrás de ambos y los hizo caminar para alejarlos del cuarto.

—Dígame que no le pasará esto a mi hijo, por favor —seguía pidiendo Norah mientras avanzaban.

—Señora Santeliz, le ruego que se calme.

—Por favor… —repitió con voz débil.

—Vamos, vengan por aquí.

Los llevó de vuelta a la puerta de la habitación donde estaba su hijo.

—Disculpe por eso —murmuró Norah.

—No es nada.

—Tranquila, tranquila —decía Horacio a su esposa, aunque era notorio que él también estaba con las emociones a flor de piel.

—Sabe que el que un paciente haya perdido la vida no significa que le sucederá lo mismo a Miguel —explicó Diana, mirando a Norah.

—Lo entendemos —dijo Horacio—. Perdón por causar una escena.

—Está bien, lo comprendo. Pero ahora deben calmarse para que puedan volver a su casa y descansar.

Diana ya sentía que conocía las miradas de ambos, aunque esta vez veía algo distinto en ellas; algo que no supo descifrar.

5

Oscar

Julia y Stewart miraban a Oscar apesadumbrados.

—No puedo creer que se haya ido —dijo Stewart.

—Yo tampoco. —Julia tenía los ojos vidriosos—. Sabía que las posibilidades eran casi nulas, pero tenía esperanza de que algún día mejorase.

—Te extrañaremos, amigo —susurró él.

—Vamos —dijo Julia, dándole unos golpes afectuosos en la espalda.

Cuando se dirigían a la puerta, escucharon un ruido detrás de ellos. Al volverse, se quedaron paralizados: Oscar tenía los ojos abiertos y respiraba de forma agitada.

—Dios mío —murmuró Julia—. ¡Llama a Diana, ya!

Stewart salió disparado y corrió hasta llegar a la doctora, que se estaba despidiendo de Norah y Horacio.

—¡Doctora Anderson, está vivo! —atinó a gritarle—. ¡Oscar está vivo!

—¿Qué? —Fue lo único que pudo decir ella en tanto veía que el enfermero volvía corriendo a la habitación.

—Por favor, quédense aquí —le pidió al matrimonio, y fue detrás de Stewart.

Ellos se quedaron inmóviles, sin entender nada.

Cuando entró, Diana no pudo creerlo: Oscar yacía en su cama con los ojos bien abiertos y miraba hacia todos lados. Un sonido extraño salía de su boca como si estuviera intentando hablar. Al lado de su cama, Julia y Stewart lo miraban igual de sorprendidos que ella.

—Por Dios —exclamó. Por unos segundos, fue incapaz de procesar sus pensamientos para saber qué hacer, hasta que, por fin, se acercó a él.

—Señor Frech, tranquilo —dijo con voz suave, sin saber si era buena idea tocarlo o no.

—¿Dónde estoy? —preguntó él con voz ronca y casi inaudible, debido al respirador que le habían retirado al intentar reanimarlo; tomaba grandes bocanadas de aire—. ¿Qué pasó?

—Está en el hospital —contestó ella, sorprendida de que pudiera hablar—. Mantenga la calma, por favor.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Quién es usted? —Los ojos del hombre se veían

aterrorizados.

—Soy la doctora Diana Anderson, y usted está en el hospital Vita de la ciudad de Vrivier. No se alarme, todo está bien. —Su voz sonó más nerviosa de lo que quiso.

—¡Ayúdeme, ayúdeme! —exclamó él.

—Lo ayudaremos, pero no debe entrar en pánico.

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar.

—Está en el hospital —repitió Diana—. Tranquilo.

Oscar seguía mirando de un lado a otro con la misma alarma en los ojos. Diana, Julia y Stewart no podían creer lo que veían. El hombre estaba completamente despierto. Asustado y confundido, pero vivo.

—¿Dónde estoy? —seguía preguntando—. ¿Qué me pasó? —De repente, su voz se apagó y sus ojos comenzaron a cerrarse.

—No, no te vayas otra vez. —Diana se acercó y colocó los dedos a un lado de su cuello.

—¿Tiene pulso? —preguntó Julia, alarmada.

—Sí —respondió ella.

Los tres se miraron, aliviados, pero sus rostros también reflejaban lo sorprendidos que estaban por lo que acababa de ocurrir.

Unos minutos después, Diana volvió a salir de la habitación. A unos metros, Norah y Horacio seguían esperándola.

—¿Está todo bien? —preguntó Norah, ya más calmada.

—Sí… —Diana no estaba segura de si debía decírselo, pero lo hizo—. El hombre despertó. Está vivo.

—¿Qué? —La voz de la mujer fue casi inaudible.

—Está vivo.

—¿El paciente que acababa de fallecer… está vivo? —Horacio casi tartamudeaba por la incredulidad.

—Sí.

—Dios mío —exclamó Norah mientras miraba a su marido, que tenía una expresión inescrutable en su rostro.

6

Oscar

Sus ojos se abrieron poco a poco, batallando contra la luz, que los hacía volver a cerrarse. Cuando pudo ver con claridad, notó que estaba en un hospital. Hizo un movimiento con el cuerpo y notó un leve dolor en los músculos o en las articulaciones; no podía distinguirlo. Sentía como si no soportara su propio peso. Supo que intentar sentarse sería inútil, así que se quedó recostado.

Se miró las manos. Abrió y cerró los puños, movió los dedos. Podía hacerlo sin problemas. Luego, miró hacia el final de la cama, donde estaban sus pies. Por unos segundos dudó, pero debía saber si podía moverlos. Al ver que sí, lanzó un suspiro. Más allá del dolor que sentía, parecía que no le había sucedido nada grave. Solo lo alarmaba una cosa: no podía recordar por qué estaba allí y qué había pasado antes de despertarse.

La puerta de la habitación estaba abierta y alcanzó a ver parte de un pasillo iluminado. Escuchó unos pasos que se acercaban y su corazón se aceleró. Una mujer entró; parecía una doctora, a juzgar por la bata blanca que vestía. Ella dio unos pasos, pero se quedó más cerca de la puerta que de él y solo se dedicó a mirarlo por un tiempo que él no supo calcular.

—Hola —dijo él.

—Hola. —La expresión de la mujer parecía reflejar mil cosas a la vez, ninguna que él pudiera discernir en ese momento.

—¿Qué… qué me ha pasado? —preguntó—. No lo recuerdo.

—Tranquilo. No sé si podrá comprender bien, pero usted acaba de despertar de un estado de coma —respondió ella.

—¿Qué? ¿Estaba en coma? ¿Por qué?

—¿No se acuerda? —preguntó ella.

—No.

—¿Puede recordar algo?

—No.

—¿Qué hay de su nombre? ¿Lo recuerda?

—Yo… No —respondió él, comenzaba a asustarse.

—¿No recuerda nada?

—No, nada. —Su voz se llenó de pánico—. No me acuerdo de nada. No sé quién soy.

—Está bien, no se alarme. Estoy aquí para ayudarlo, pero hay que tomarlo con calma. Ha estado inconsciente por mucho tiempo.

—¿Cuánto… cuánto tiempo?

Ella se quedó callada.

—Dígame.

—Creo que por ahora debe descansar. Lo estamos monitoreando y controlando. Todo parece estar bien, pero volveré en media hora para ver cómo sigue. Si lo encuentro despierto, hablaremos un poco más. ¿Está bien?

—Está bien —respondió él.

—Bien.

La mujer salió de la habitación. Él se quedó mirando al techo, tratando de calmar su respiración, lo que parecía inútil, ya que su mente tampoco se calmaba. Miles de preguntas se le dispararon como gritos dentro de su cabeza. ¿Qué le había sucedido para terminar allí? ¿Por qué no podía recordarlo? ¿Hacía cuánto tiempo estaba internado?

Y la pregunta más importante: ¿quién era él?

7

Es curioso cuánto peso tiene el sentido de identidad en nosotros, cuánto nos define y cuánto influye en la manera en que vivimos y nos desenvolvemos en el mundo . También es curioso cómo, al ir creciendo, no somos del todo conscientes de ello, pero padecemos cuando, por alguna razón, no sabemos quiénes somos. Sin la fuerte base de una identidad definida, no pisamos con firmeza, no tenemos seguridad.

En este momento, intento mirar al pasado con otros ojos y reconozco lo que sucedía conmigo en ese entonces. Era tan simple e inmenso como dudar de dónde venía, si en realidad pertenecía a mi hogar, a mi familia. El inconmensurable sentimiento de no pertenecer.

Miles de veces parecía que no sería capaz de seguir viviendo así; sin embargo, seguía adelante, aunque no sabía por qué. Podría decir que, en el fondo, tenía una luz de esperanza, pero estaría mintiendo descaradamente. Ahora reconozco que fue porque no tenía otra opción, hasta que ya no la necesité.

8

Oscar

Se mantuvo perdido por esas preguntas que se repetían como un bucle continuo en su interior. Comenzó a dolerle la cabeza. Cerró los ojos y, por una fracción de segundo, visualizó algo: un rifle que le apuntaba. Los abrió sobresaltado. «¿Qué fue eso?» , se preguntó. Estuvo a punto de gritar, pero se obligó a contenerse y continuó luchando contra sus nervios hasta que aquella mujer apareció otra vez en la habitación.

—Veo que sigues despierto.

—Sí…

—¿No pudiste dormir?

—No. —Al instante, volvió a vislumbrar la imagen del rifle en su mente, aunque prefirió no mencionarlo.

—Está bien. —Ella se acercó más y tomó la silla que se encontraba en uno de los rincones del cuarto—. Primero, volveré a presentarme, ya que cuando te dije mi nombre estabas muy alterado.

Él se la quedó mirando, expectante.

—Mi nombre es Diana Anderson. Soy doctora y directora de la Unidad de Terapia Intensiva del hospital Vita, que es donde estamos.

— Okey… —Él intentaba captar cada palabra que ella decía.

—¿Aún no recuerdas tu nombre?

—No.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí, por favor. —Su corazón volvió a acelerarse.

—Bien. Tu nombre es Oscar Frech —dijo la doctora.

—Oscar… Frech —repitió él, asimilándolo.

—Exacto.

—No me suena familiar —se lamentó.

—¿Sabes cómo terminaste aquí?

—No, pero me gustaría saberlo.

—No te asustes. Puedo contarte un poco cuáles son las razones por las que no recuerdas nada y cómo llegaste. —Diana se inclinó hacia adelante en la silla—. Pero, si es demasiado para ti, no diré nada más hasta que estés listo para saber y comprenderlo todo.

—De acuerdo. —La voz de Oscar seguía rasposa.

—Llegaste al hospital tras un horrible accidente con tu auto. No te diré cómo por ahora, solo que estabas en un estado que iba más allá de lo crítico. —Hizo una pausa para dejar que él fuera procesando lo que le decía—. Te sometimos a múltiples procedimientos. Lo único que no pudimos hacer fue que vuelvas a estar consciente.

—Suena terrible.

—Sufriste un derrame cerebral. Por eso tuviste aquel accidente.

—¿Un derrame?

—Sí… Por eso diría que es normal que falle tu memoria.

—Entiendo.

—Lo que no es normal es que hayas despertado así.

—¿A qué se refiere?

—A que es prácticamente un milagro que estés vivo, despierto y

hablando como lo estás haciendo —respondió. La doctora permaneció en silencio unos momentos y procuró observar las reacciones de su paciente. Como le pareció que estaba bastante tranquiló, prosiguió—: Oscar, unos momentos antes de despertar, te habíamos dado por muerto.

—¿En serio? —Él no podía creer lo que le estaba diciendo.

—Sí. Tu corazón se detuvo, dejaste de respirar. Intentamos reanimarte, pero no lo logramos. Te habías ido. Pero luego, después de varios minutos, volviste.

Él asintió con la mirada perdida. Diana no iba a decirle más porque creía que había sido suficiente por el momento. Trataba de transmitirle algo de tranquilidad con la mirada.

—¿Puedo preguntarle algo? —preguntó Oscar.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo permanecí en coma?

Ella lo miró sin decir nada por varios segundos.

—¿Realmente quieres que te lo diga ahora?

—Por favor.

—Bueno…

—¿Cuánto tiempo?

Ella clavó los ojos en los suyos, dio un largo suspiro y luego solo lo dijo:

—Estuviste en coma por doce años.

Él tuvo una sensación de sofoco y ansiedad, y pidió quedarse solo una vez más.

9

Oscar

Penumbra; un envolvente manto negro, infinito. Un silencio interrumpido por ecos de sonidos confusos. Luego, un destello de luz y la penumbra otra vez. Y después, en el centro, el rifle apuntándole. El sonido de un disparo. Dos. Tres.

Despertó.

Se sentía ahogado, le costaba respirar. Miró hacia todos lados, sin distinguir nada en la oscuridad. Se obligó a calmarse. Respiró profundo una vez tras otra, hasta que el pánico se disipó, al menos un poco. Mientras se acomodaba en la cama, comenzó a distinguir las formas en la negrura de la habitación. Cuando miró a su izquierda, se sorprendió al ver a una mujer dormida en la silla. No era la doctora Anderson… ¿Quién era? La vio enderezarse en la butaca hasta quedar sentada. Sus miradas se cruzaron, y ella se apresuró a levantarse para encender la luz.

—Oh, por Dios, es cierto —dijo con voz temblorosa—. Has vuelto. Estás despierto.

—Hola…

—Hola. —Una lágrima cayó por su mejilla; volvió a sentarse—. No puedo creerlo.

Él solo la miraba, intentando reconocerla. Rostro redondo, figura delgada, cabello castaño y ondeado. No sabía quién era.

—Soy yo —dijo ella, como si le hubiera leído la mente—. Soy Celia, tu esposa.

Silencio. Oscar no supo si le parecía bueno o malo el hecho de estar casado. Sin dudas, era positivo tener a alguien que lo conocía y que lo amaba, pero ¿cuán bueno sería si no podía recordarla?

—Hola —volvió a saludarla, atónito.

—Hablé con la doctora. Me contó lo que sucedió y vine lo más pronto que pude. Sé que esto es difícil y confuso, pero no temas, todo estará bien. —Parecía estar conteniendo más lágrimas—. Ahora que estás de vuelta, estarás bien.

Le preguntó si se acordaba de ella y él negó con la cabeza.

Ambos se quedaron callados, mirándose. Él intentaba reconocer a la mujer con la que se había casado; ella miraba al hombre que había permanecido ausente por tanto tiempo y trataba de procesar todas las emociones que ello le traía.

—¿Qué sucede? —preguntó él al ver que su expresión de alivio cambiaba a otra más afligida.

—No es nada —dijo ella enseguida, ahora sin evitar el llanto—. Es solo que es demasiado. Todo esto ha sido demasiado.

—No llores… —Él no supo si lo dijo para consolarla o por lo incómodo que lo ponía verla llorar sin saber qué hacer.

Celia le comentó un poco sobre la charla que había mantenido con Diana y la información acerca de su estado que intentarían obtener lo antes posible. Él asentía, más enfocado en los detalles del rostro de ella que en lo que decía.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza —respondió él.

—Debería llamar a la doctora. Le dije que le avisaría cuando despertaras.

—Está bien.

—Iré por ella.

La mujer salió de la habitación y una vez más se quedó solo, al menos por un momento. Intentó procesar todo lo que le que había dicho Celia, su esposa. Estaba casado con ella, pero no la reconocía para nada. De inmediato, a su mente regresó todo lo que le había dicho la doctora: que había tenido un accidente con el auto debido a que había sufrido un derrame cerebral y que había estado en coma por doce años. Sintió verdadero terror. ¿Doce años inconsciente? ¿Todo ese tiempo perdido? ¿Tanto tiempo viviendo sin vivir? ¿Qué edad tenía cuando le sucedió? ¿Qué edad tenía ahora?

—Hola, Oscar. —La doctora Anderson entró al cuarto, seguida por Celia—. ¿Cómo te sientes?

—Mi cabeza sigue doliendo.

—Está bien, resiste un poco. Mañana comenzaremos con los estudios. Te haremos una resonancia y veremos cómo está todo ahí adentro ahora que estás consciente otra vez. Si ese y los demás resultados son positivos, podremos hacer algo con el dolor de cabeza, en caso de que siga persistiendo.

—¿Qué edad tengo? —soltó él.

—¿Qué? —La pregunta repentina descolocó a la doctora.

—¿Qué edad tengo? —repitió.

—Oscar… —Celia lo observó con una mirada compasiva que a él le molestó.

—Necesito saber cuántos años tenía cuando llegué aquí y cuántos tengo ahora. ¡Díganme! —Por primera vez levantó la voz, que seguía algo ronca.

—Tienes cuarenta y cinco años —respondió Celia—. Cuando tuviste el accidente tenías treinta y tres, y ahora tienes cuarenta y cinco.

Él no dijo nada. Celia y la doctora lo miraron, expectantes, en alerta ante una reacción turbulenta. Lo único que hizo fue pedirles que lo dejaran ver su rostro. Necesitaba verse. Ellas intercambiaron miradas, pero supieron que no iban a poder evitarlo mucho más.

—Toma —le dijo Diana, sacando su celular del bolsillo de la bata—, puedes usar esto. —Se acercó a él y se lo mostró.

Él sostuvo el teléfono en su mano temblorosa y lo observó. Diana le explicó que una de las tantas funciones de los celulares actuales era que podían usarse como cámara de fotos y videos. Le demostró como el lente grababa la habitación en la que estaban. Oscar miraba, sorprendido. Luego, la doctora pulsó la opción de selfie, le mostró el rostro de ella en la pantalla y le explicó que, cuando estuviera listo, podía usarlo del mismo modo para verse.

A la confusión que sentía se le sumo el miedo. Oía el latido de su corazón en sus oídos. De a poco, acercó el aparato y lo alzó frente a él. La pantalla mostraba un rostro. ¿Era el suyo? ¿Ese era él? Cuando se vio, se sintió paralizado: era como si estuviera viendo un video de las facciones de alguien más. Pero era lo que la cámara estaba captando en ese momento; era su reflejo, y él no lo reconocía.

Le devolvió el celular a Diana y les dijo a las dos que quería estar solo. Celia intentó insistir, pero él le pidió que saliera de la habitación. Ella no pudo decir nada. Miró a Diana, quien asintió con la cabeza, sabiendo que por el momento no podían hacer nada más. Debían darle espacio, darle un momento con su confusión y su dolor.

—Volveré mañana —indicó Celia antes de salir.

Cuando ambas se fueron, Oscar comenzó a llorar. Lloró desconsoladamente por horas, preso de la desesperación por no saber nada de lo que estaba ocurriendo, por no ser capaz de reconocerse a sí mismo. ¿Cómo era posible? ¿Qué había hecho para merecer eso?

10

Oscar

Al día siguiente, se despertó y escudriñó su mente una vez más; todo seguía igual. Recordaba que estaba en el hospital y todo lo que había ocurrido desde que había despertado, pero nada de lo que había sucedido antes.

Respiró hondo y se obligó a mantener la calma. Sabía que, si sucumbía al pánico y la furia como antes, no avanzaría. Y quería avanzar, quería recordar.

Lo ayudaron a acomodarse en la silla de ruedas y se lo llevaron. La doctora Anderson le presentó al doctor Moss, quien le realizaría la tomografía. Le explicó el procedimiento y le pidió que estuviera muy quieto. Cuando el escaneo hubo terminado, otra vez lo movieron a la silla de ruedas y lo llevaron a un cuarto contiguo. La espera pareció eterna. Oscar ansiaba que todo estuviera bien, aunque también deseaba que, si había algo malo, lo pudieran detectar y hacer algo al respecto. Cuando comenzaba a imaginar opciones poco agradables, los doctores regresaron.

Aunque no comprendió del todo algunas palabras más técnicas, sí entendió lo principal que le dijeron: su cerebro estaba como si nunca le hubiera pasado nada, todo en su interior estaba en perfecto estado. Tenía el cerebro de una persona normal; no había ningún tipo de secuela. Oscar se sintió aliviado por primera vez desde que todo aquello había comenzado. Aún no recordaba nada, pero su cerebro estaba bien, por lo que seguramente sería cuestión de tiempo para recuperar sus recuerdos.

Como si le hubiera leído la mente, la doctora agregó:

—No debes preocuparte por no recordar nada de lo que sucedió. No creemos que se deba a algo físico, sino más bien a algo psicológico, como un estado de shock en tu memoria o un bloqueo por lo traumático que ha sido todo. O tal vez no lo recuerdas porque estabas… muy alcoholizado. —Bajó la mirada; luego, volvió a sonreír —. Debo ser directa y advertirte que tal vez no vayas a recordar el accidente, ni nada más, pero, bajo estas circunstancias, no nos sorprendería que algo de tu memoria vuelva.

—Está bien. Gracias.

De vuelta en su cama del hospital, la doctora le aconsejó dormir un poco.

—¿Cuándo podré ir a la sala de rehabilitación motriz? —lanzó él.

Ella no dijo nada.

—Si todo está bien, quiero salir del hospital cuanto antes —agregó él —, pero no quiero depender de una silla de ruedas. Al menos, no por mucho tiempo. Necesito comenzar a mover las piernas, ejercitar los músculos.

—Oscar, lo entiendo. Es solo que debemos ser cautelosos…

—Por favor, quiero intentarlo —insistió antes de que ella pudiera seguir.

—Está bien —dijo Diana—. Arreglaré para que vayas mañana. Yo podría tomarme unos veinte minutos y estar ahí, observando. Te explicarán todo y te guiarán con pequeños ejercicios para ver cómo responden tus músculos. Pero, por favor, entiende que debemos tomarlo con calma.

—De acuerdo.

—Okey. Mañana me encargo de todo.

La doctora Anderson salió y él cerró los ojos, dispuesto a permitirse un momento de disfrute de lo bueno que había sacado del día. Su cerebro estaba bien, no había secuelas de nada. Sería cuestión de tiempo para que volviera a sentirse él mismo.

Se mantuvo unos minutos así. Cuando estaba a punto de dormirse, escuchó un ligero golpeteo en la puerta de la habitación. Abrió los ojos y vio a Celia.

—Hola. —Ella sostenía algo en las manos—. Llegué hace un momento. Estuve hablando con la doctora y me contó sobre la tomografía. Es maravilloso que no hayan detectado nada malo.

—Sí, es un alivio. —Él no supo qué más decir.

—Traje unas fotos —dijo ella—. Quiero que las tengas aquí y las mires cada vez que quieras. Tal vez ayuden con tu memoria. —Se acercó y se las dio.

—Gracias —dijo él, mirando la primera de ellas.

En la foto estaban los dos en una mesa, aparentemente en un restaurante, con grandes platos de pasta ante ellos. Ambos sonreían; él tenía un brazo alrededor de ella. Celia le dijo que eso había sido un año antes del accidente. Pasó a la segunda foto, en la cual estaba él con otra mujer. Detrás de ellos, docenas de personas yendo de un lado a otro en lo que parecía ser un parque de diversiones o alguna clase de feria.

—Ella es tu hermana, Fiona.

Oscar clavó los ojos en Celia.

—Está de viaje por trabajo, pero vendrá tan pronto como le sea posible para verte. No podía creerlo cuando se lo conté, estaba feliz y emocionada.

Oscar asintió sin saber qué decir. Pasó a la siguiente y última foto. En ella, un joven adolescente miraba directo a la cámara con ojos enigmáticos.

—¿Quién…? —No pudo completar la pregunta, ya que intuyó lo que ella respondería.

—Ese es Brandon —le dijo—. Es nuestro hijo.

11

Brandon

Brandon había estado serio todo el día. Mientras caminaba con su amigo David después del trabajo, no dejaba de pensar en el día anterior, en la llamada que había recibido su madre y lo que aquello significaba. Celia había vuelto de la cocina con el celular en la mano. Cuando vio su mirada llena de lágrimas, él le preguntó qué sucedía. Fue entonces que ella le dijo que habían llamado del hospital y que su padre había despertado.

Repetía la escena en su mente sin parar. Tras encender dos cigarrillos y ofrecerle uno, David por fin se atrevió a intentar sacarlo de su ensimismamiento.

—Oye, ¿cómo te sientes?

—¿Cómo crees?

—No lo sé, Brandon, por eso te lo pregunto. Es decir, sé que hoy no ha sido un día fácil para ti, pero…

—No, no lo ha sido. —Su tono era tan gélido como su actitud—. Estuve todo el día pensando en mi padre, como si realmente necesitara eso. Pensé en mi relación con él, en todos los años que llevaba en coma… Y ahora, de repente, está despierto, así como así.

—Pero eso es bueno, ¿cierto?

—Para él, sí, claro. ¿Para mí? Con sinceridad, no tengo idea.

—Escucha, sé que nunca has tenido una buena relación con él, pero ¿no te alegra que haya despertado?

—No, David. Cuando mi padre tuvo ese accidente, fue un gran golpe para mi madre y para mí. Ella estaba destruida, yo me sentí terrible y culpable por haber deseado tantas veces que se alejara. Por haber deseado… —Hizo silencio por unos segundos—. Fue una época horrible, pero supongo que poco a poco lo fui superando. Los últimos años estuve bien, tranquilo; he logrado cosas. Y ahora regresa de repente, vuelve a revolucionarlo todo…

David intentó comprender los sentimientos de su amigo, pero sabía que no podría. Lo único que podía hacer era estar para acompañarlo y darle su apoyo.

—Tranquilo. Todo estará bien.

Brandon emitió un largo suspiro y luego lo miró.

—Necesito pedirte un favor —dijo.

—Lo que necesites.

—¿Puedo vivir contigo por un tiempo?

12

Oscar

Había estado despierto casi toda la noche. Seguía en shock por las noticias que su esposa la había dado hac ía horas. A decir verdad, todavía le costaba creer que aquella mujer era su esposa; saber que tenía una hermana lo descolocó. Y enterarse de que también tenía un hijo terminó por dejarlo pasmado. Un hijo, un chico de veinticuatro años. Brandon . No podía creerlo. ¿Por qué rayos no recordaba ni siquiera a su familia? ¿Por qué no recordaba a su propio hijo? No sabía si sentir rabia o miedo, furia o dolor.

—¿Dónde está él? ¿Cuándo vendrá a verme? —le había preguntado a Celia, entre el estupor y la urgencia de verlo en carne y hueso para constatar que era real.

—Oscar…

—¿Qué?

—Él ya sabe que despertaste… pero no vendrá a verte. No puede.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Ahora solo debes ponerte mejor —le había contestado ella.

Se pasó horas mirando las fotografías, tratando de evocar recuerdos, pero no consiguió nada. Lloró y se miró en el pequeño espejo que le habían dejado en la mesita a su lado, pero solo vio un rostro que no le decía nada. ¿Cómo era posible? Ni siquiera se reconocía a sí mismo. No reconocía sus manos ni su piel; era como mirar a un extraño. Odiaba eso, y se odiaba por no encontrar la forma de traer todo de vuelta a su memoria. Finalmente, cayó en un sueño derrotado y vacuo.

Al despertar, sintió que le pesaban los párpados y le dolía la cabeza. Vio que había vuelto a dejar las fotos y el espejo en la mesita, pero no quería saber nada de eso en ese momento. Justo cuando creyó que no podría estar de peor humor, vio a la doctora Anderson entrar a su habitación.

—Buenos días. Adivina qué.

—¿Qué? —No estaba de humor para seguir la corriente.

—Buenas noticias, me autorizaron a llevarte a rehabilitación. Enseguida vendré a buscarte, así que prepárate.

Al fin, una noticia buena. De repente, los ánimos de Oscar se elevaron y sintió que eso era justo lo que necesitaba para tener la sensación de que avanzaba.

Quince minutos más tarde, se encontraban en la sala de rehabilitación motriz y muscular, en donde primero le explicaron todas las intervenciones que le habían practicado durante el tiempo que estuvo inconsciente para evitar que sus músculos se debilitaran por la falta de movimiento. A continuación, le hicieron unos masajes en las extremidades para que estas entraran en calor. Tras eso, comenzaron

con movimientos simples y lentos con los brazos, a los cuales les agregaron un mínimo peso de mancuernas pequeñas. Luego, con él todavía en la silla de ruedas, le pidieron que levantara una pierna y que la bajara, para después repetirlo con la otra. Pudo hacerlo, así que solo restaba continuar con otros ejercicios simples.

Mientras realizaba unos movimientos con los brazos y las piernas, el director médico Ryan Davis ingresó a la sala, saludó a los terapeutas y a la doctora Anderson, y, por último, se presentó con Oscar.

—Me han contado que eres prácticamente un milagro —dijo—. Felicitaciones por haber regresado.

—Muchas gracias.

—¿Y cómo va?

—De maravilla —respondió Diana—. Lo está haciendo excelente.

—Eso es muy bueno, me alegro.

—Ya me estoy sintiendo mucho más animado —confesó Oscar.

—Debes estarlo —respondió Ryan—. Y en cuanto a la memoria, tranquilo, no te presiones en exceso. Estás aquí, con nosotros, y eso es lo importante ahora. Disfrútalo.

—Gracias —respondió él, reconociendo que el director Davis estaba en lo cierto.

Cuando no quedaron dudas de que Oscar era más que capaz de realizar los calentamientos y pequeños ejercicios, él preguntó si lo dejarían intentar caminar. La terapeuta estuvo de acuerdo en que no era riesgoso hacer la prueba al estar bien asistido. Diana asintió, aunque una parte de ella temía que su paciente fuera a desilusionarse y quisiera rendirse.

La terapeuta y su asistente lo ayudaron a levantarse, sosteniéndolo con cuidado y firmeza, mientras este asimilaba el peso de su cuerpo en las piernas. Lo hicieron aferrarse a las barras paralelas de la pasarela y, sin dejar de sostenerlo por los costados, comenzaron a avanzar con lentitud para alentarlo a mover un pie y luego el otro.

—Despacio… tú puedes… —Lo animaba la terapeuta, mientras él sentía como aumentaba su confianza con cada pequeño paso.

—¡Eso es! —Diana lo miraba admirada.

En poco más de diez minutos, habían llegado al final de la pasarela. Sentaron a Oscar de nuevo en la silla de ruedas y lo aplaudieron con orgullo. Él, con lágrimas en los ojos y el corazón desbordante de alegría, les agradecía.

—Esto es impresionante —exclamó el director médico.

—Gracias. —Él no daba crédito de lo que había logrado.

Cuando lo regresaron a su habitación, lo único que quería era estar de pie y seguir ejercitando sus piernas, pero le habían indicado que ya había sido suficiente por aquel día, ya que no debía exigir de más a sus músculos de repente.

—Si sigue yéndome bien en esto, podrán darme de alta pronto, ¿verdad? —preguntó a la doctora Anderson.

—Si sigues en estas buenas condiciones, sí —respondió ella—. Estás avanzando muy rápido, lo cual es maravilloso. Pero, a la vez, queremos asegurarnos de que no haya un colapso repentino o algún inconveniente inesperado, por eso seguiremos evaluándote unos días más y, si todo sigue bien y no hallamos razones para mantenerte aquí más tiempo, podrás ir a casa.

—Es lo que más quiero, salir de aquí —dijo, ansioso. Necesitaba ver el entorno de su verdadera vida. Sentía que era eso lo que faltaba, pero, al mismo tiempo, no sabía qué esperar.

13

Oscar

Desde aquel momento, Oscar procuró no pensar demasiado en la limitación mental que sufría ni en la posibilidad de que no volviera a recordar. Solo se concentró en recuperar la fuerza y la firmeza que le permitirían caminar. Quería largarse de allí, ir a casa. ¿Sería diferente una vez que lo hiciera? ¿Podría el entorno que no había visto en años disparar sus memorias enterradas en lo más profundo de él? Lo único que sabía era que no quería seguir encerrado en aquel hospital.

Así, siguió con la rehabilitación y la terapia por dos semanas más, en las que, poco a poco, fue ganando más confianza y autonomía. Entretanto, Celia lo visitaba y le iba contando cosas sobre él para que las siguiera absorbiendo y procesando internamente. Aunque todavía nada era diferente dentro de su cabeza, él insistía en no perder la esperanza.

Algo que lo incomodaba, sin embargo, era que las veces en que preguntó por su hijo, su esposa cambió de tema o lo evadió, sin decir nada más al respecto. Él prefirió no insistir, pero se preguntaba qué pasaba. ¿Por qué su hijo no iba a visitarlo? Se dijo que, en el momento indicado, exigiría respuestas.

Miró la mesita que había al lado de la camilla, donde reposaban el cuaderno y el bolígrafo que Celia le había dejado. Ella dijo que le había anotado cierta información importante, como su nombre, edad y fecha de nacimiento; y los nombres de ella, su hijo y su hermana. Lo básico que necesitaba seguir procesando. También había escrito unas letras con muchos espacios en blanco para que él pudiera practicar su escritura si quería, algo que además lo ayudaría a matar algo de tiempo. No lo había intentado aún, pero se dijo que ya lo haría.

Lo poco que Celia llegó a contarle sobre ella durante sus visitas había sido sobre su trabajo en venta de autos. Le dio algunos detalles que Oscar no pudo retener y le adelantó que ya había acordado tomarse tres semanas libres del trabajo cuando lo llevaran de vuelta a casa para acompañarlo en esos días y ver cómo iba todo.

Los días pasaron y solo quedaba darle el alta. Le explicaron que debían hacerle seguimientos periódicos para controlar que todo siguiera bien, hasta estar seguros de que ya no sería necesario, y también le dieron ejercicios, tanto físicos como mentales, para promover una mejor evolución de su estado.

***

A pesar de que ya era capaz de caminar, le advirtieron que debía seguir usando la silla de ruedas y, de a poco, ir disminuyendo el tiempo que se desplazaba con ella. Le otorgaron un bastón para utilizar de sostén en los momentos que caminara, hasta tanto lograra un soporte total y seguro con sus músculos.

—Y llegó el momento —Diana desplegaba su mayor sonrisa—, hora de irte de aquí. ¿Nervioso?

—Bastante —respondió Oscar, riendo—. Muy ansioso.

—Saben que pueden llamarme a mí o al hospital por cualquier cosa. Y, por favor, no faltes a los controles.

—Por supuesto que no.

—Descuide, estará bien vigilado —bromeó Celia.

Se despidieron y ella lo llevó hasta el auto. Lo ayudó a acomodarse en el asiento del acompañante, guardó la silla de ruedas en el baúl y luego arrancó. Oscar respiraba profundo, sentía los fuertes latidos de su corazón. La ansiedad aumentaba con cada kilómetro que recorrían. Miraba por la ventana, observaba las calles, las casas y negocios que pasaban, los árboles, las personas. Veía el cielo abierto, luminoso, y se sentía agradecido, a pesar de no saber lo que le esperaba.

14

A veces pienso en cómo me sentía en aquellos momentos y es como si todo mi ser volviera a estar allí; otras, lucho por recuperar todas las sensaciones y los pensamientos que se habían apoderado de mí. Eran demasiados.

También pienso en cómo se sentían los demás: la sorpresa, la alegría. Estaban encantados por «el regreso», por «la resurrección». Todo el mundo, maravillado; todo el mundo, atónito.

Para todos era una especie de demostración de que los milagros pueden ser reales, de que nunca hay que perder la fe por completo. Los llenaba de esperanza, de luz y de optimismo.

Lo cierto es que, a pesar de ver esa luz, yo sentía que la oscuridad seguía al acecho, que no se daría por vencida. Sentía que todo era demasiado bueno muy de repente y que, así como la magia había sucedido, se esfumaría como cenizas.

15

Oscar

Cuando estuvieron cerca de su vecindario, Celia le fue indicando rápidamente algunos sitios: la carnicería donde compraban cada semana, el supermercado, el parque y la iglesia, aunque le aclaró que nunca fueron a esta última. Oscar iba observando todo, con una mezcla de entusiasmo y desconocimiento. Para él, era ingresar en un lugar nuevo y recibir indicaciones, pero, al menos hasta el momento, nada le resultaba familiar. Dentro de él sintió la lúgubre amargura de la desilusión, pero mengu ó con la simple alegría de saber que estaba cada vez más cerca de casa.

Por fin, doblaron en su calle. Cuando Celia le avisó que ya estaban por llegar, él se quedó más quieto en el asiento, apenas miraba de un lado a otro; tenía miedo de lo que sentiría si no reconocía nada. Mientras la velocidad del auto iba aminorando, el ritmo de su corazón se fue acelerando. En el jardín de una casa, una mujer regaba sus plantas; en otra más adelante, alguien dejaba un paquete en la puerta.

—Ya estamos llegando —anunció ella.

Él inspiró profundo para mantenerse lo más calmo posible, pero sintió como si quedara paralizado, clavado en el asiento; como si no hubiese sido real que podía moverse con normalidad. Celia detuvo el auto y lo miró; al notar lo nervioso que estaba, tomó su mano y le dijo que todo estaba bien.

—Llegamos —indicó, y señaló la casa frente a la cual se detuvieron—. Aquí es, este es nuestro hogar.

Oscar se inclinó un poco para ver lo mejor posible. El exterior estaba pintado de blanco y se veía sencilla. Tenía una ventana con rejas marrones que exhibía una pequeña maceta con un cactus espinoso. Como era de esperar, no la reconoció, pero Celia le dijo que no importaba; apenas habían llegado.

Se tomaron un tiempo para que él no se abrumara. Ella le dio lo que quedaba del agua mineral que había comprado y él vació la botella.

—Llegó el momento —dijo pasados unos minutos—. ¿Estás listo?

—Sí —respondió él, aunque no sabía si lo estaba.

Celia sacó del maletero la silla de ruedas; luego, lo ayudó a bajar del auto y a sentarse en ella. Él observó mejor la fachada: tenía una sola planta y no era tan grande como las casas lindantes. Ella abrió el portón y lo llevó por el pequeño camino hasta la puerta de madera, introdujo la llave y, por fin, entraron.

Ante él había una sala de estar con paredes forradas en tapiz gris, adornadas con un par de cuadros de paisajes y un gran reloj de marco negro. Un sofá blanco, una mesita negra y dos sillones descansaban frente a una gran pantalla plana, la cual Oscar se quedó mirando. Celia le dijo que esa televisión la había comprado él, que siempre le había gustado mucho. En otro rincón había un estante con libros y revistas, sobre el cual reposaban fotos familiares enmarcadas.

Mientras Oscar asimilaba el lugar, Celia se apartó para permitirle tomarse su tiempo. Él estudiaba cada objeto, cada esquina, esperando que le dijeran algo, que le trajeran algún momento del pasado a su memoria; que le indicaran que él ya había estado ahí, que había sido parte de ese lugar… Pero nada de eso ocurría. Esa podría ser la casa

de cualquiera y él no lo sabría. Sin embargo, ignoró los sentimientos y miró a Celia para que lo llevara a la siguiente habitación.

—Este es el comedor. —Ella volvió a ponerse a su lado—. Es pequeño pero, a su manera, encantador.

El comedor consistía en una mesa redonda con cuatro sillas de pino barnizadas y dos cuadros: una foto de muchos girasoles y una imagen de Celia, de Brandon y del mismo Oscar. Él se quedó mirando esta última, sin dejar de sorprenderse por estar viendo a unos extraños, incluso al contemplar su propio rostro. Una lágrima brotó de su ojo y, sin decir nada, abrió una puerta que había a un lado. Era el baño. Solo echó un vistazo y cerró la puerta nuevamente.

Se dirigió a lo que era la cocina, que incluía un gran refrigerador, una mesa con tres sillas, una cocina con horno en tonos cromados y un lavavajillas, además de alacenas con platos, ollas, utensilios y copas.

—Aquí solíamos desayunar por las mañanas.

—Lindo —dijo él.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —respondió—. No lo sé… —se sinceró al instante—. Nada de esto me resulta familiar o conocido. Sin recuerdos. Nada.

—Solo queda ver los dormitorios, pero podemos esperar…

—No. Quiero hacerlo ahora.

—Bueno.

Entraron a una habitación amplia, con una cama de dos plazas en medio y una mesita de luz a cada lado. Había un gran armario adosado a la pared, la cual era de un tono blanco marfil, y el piso estaba cubierto por una gruesa alfombra azul oscuro.

—¿Este es nuestro cuarto? —preguntó.

—Sí.

Oscar no podía verla parada detrás de él, pero notó que ahora era ella la que estaba lagrimeando. Lo llevó por el mismo pasillo hasta otra puerta, que abrió muy despacio.

—Este es el cuarto de Brandon —dijo, pasando las manos por sus mejillas para secarlas.

Oscar observó. Una cama de una plaza, un escritorio con una silla, un armario mediano y un mueble con estantes donde había libros, carpetas, discos de música y un pequeño estéreo. Celia se sentó en la cama y ambos quedaron frente a frente.

—¿Por qué no me fue a visitar? —preguntó él.

Ella suspiró, como tratando de mantenerse entera; parecía luchar entre la determinación y la duda.

—Brandon y tú no estaban bien —expuso—. En realidad, siempre tuvieron una relación tensa y chocante, y antes de que te pasara lo que te pasó, él estaba muy molesto contigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Celia hizo una pausa. Cerró los ojos, apretó los labios y respiró profundo. Cuando los abrió de nuevo, lo miró con cautela antes de responderle:

—Por tu alcoholismo y tu forma de tratarlo, entre tantas otras cosas.

Ambos se quedaron en silencio.

—Él ya no soportaba tu manera de ser —continuó Celia, ahora mirando al suelo—. Eras soberbio, petulante, querías que todo fuera a tu manera. Lo tratabas mal, lo insultabas… —Su voz se quebró; negaba con la cabeza con expresión dolida—. Un día se cansó y los dos tuvieron un fuerte enfrentamiento. Tú lo empujaste muy fuerte; él se cayó y se golpeó las costillas con una silla.

—Por Dios… —Oscar estaba atónito por lo que escuchaba. ¿Realmente había sido capaz de ejercer violencia contra su propio hijo?

—Y una noche tuviste el accidente, quedaste en coma y Brandon, de alguna forma, te resintió más. Pasó de tener un padre alcohólico y odioso a tener un padre en permanente estado de inconsciencia. Habías pasado de estar presente para humillarlo o ignorarlo a no estar presente para nada. No sabía cómo sentirse.

—¿Me odiaba por haber tenido un accidente?

—No te odiaba, Oscar. Nunca te odió. Solo odiaba la situación. ¡Era un niño! Tenía doce años cuando ocurrió, y tuvo que seguir creciendo sin ti. Imagínalo: la pubertad, la adolescencia, todo con el recuerdo de una figura paterna que no fue como le hubiese gustado y que ya no sabía si podía recuperar.

—¿Y ahora? Ahora estoy aquí. Estoy de vuelta. ¿Dónde está?

Celia lo miró sin decir nada.

—¿Qué? ¿Dónde está él?

—Fue a quedarse en casa de uno de sus amigos —contestó, bajando la mirada una vez más—. No quiere verte.

—¿De verdad?

—No quiere verte, en serio. Al menos es lo que me dijo. Le insistí, pero dijo que no estaba listo y que no sabía cuándo lo estaría.

—¿Sabe que regresé y aun así no quiere verme? De verdad debo haber sido terrible con él.

—Oscar…

—¿Qué? Si no quiere saber nada conmigo después de todo esto es porque fui el peor padre del mundo. No puedo creerlo…

—No te alteres, no te va a hacer bien.

—¿Por qué no seguiste insistiendo? ¿Por qué no le dijiste que todo eso ya pasó y que tal vez me ayudaría verlo?

Ella se quedó en silencio una vez más y luego contestó:

—Porque entiendo lo que siente —dijo, clavándole la mirada—. Tú y yo también estábamos peleados cuando tuviste el accidente.

Oscar intentó absorber esa mirada profunda, dolida. Deseó descifrar lo que reflejaba y así entender todo lo que había ocurrido.

—¿También te trataba mal a ti? —preguntó.

Celia esbozó una sonrisa amarga.

—Era mucho más que eso, Oscar —dijo—. Estábamos por divorciarnos.

16

Oscar

Las cosas parecían ponerse peor a cada momento. Oscar no solo tenía que hacerse a la idea de tener una esposa y un hijo, sino, además, saber que en el pasado había sido prácticamente una basura con ellos.

Celia le explicó que antes del accidente estaban peleados, como sucedía cada vez más a menudo. Ella estaba sobrepasada y le había hablado de divorciarse, pero él se negaba y le restaba importancia, como hacía con todo. Siempre le decía que mejoraría, pero nunca terminaba de hacerlo, aunque ella seguía creyéndole.

Se quedaron mirándose por un momento. Los ojos de ella contenían un mar de emociones en su interior. Era como si quisiera llorar, reír, gritar y mantener la calma, todo al mismo tiempo. Los ojos de Oscar manifestaban confusión, desasosiego y miles de preguntas, pero sabía que no era el momento. Apenas había llegado, debía concentrarse en acomodarse en la casa, asimilar el espacio y descansar.

—Lo he pensado y creo que debes dormir en nuestra habitación —expresó Celia—. Creo que usar la cama en la que solías dormir siempre, despertar ahí, puede ayudarte a reencontrarte dentro de esta casa. Tal vez te ayude a recordar. Yo dormiré en el cuarto de Brandon.

—De acuerdo —dijo él, y se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en cómo dormirían. Para Celia, él era su esposo, al cual acababa de recuperar luego de años; para él, ella era alguien que no recordaba, una desconocida—. Gracias —agregó, imaginando lo difícil que era aquella situación para ella, y más después de saber un poco

más sobre su relación.

Celia le preparó una bañera con agua caliente para aflojar los músculos y aliviar la tensión de todo. Lo llevó a la puerta del baño y lo ayudó a ponerse de pie. Oscar vio que le dejaba unas toallas limpias sobre una silla a un lado de la bañera y una bata colgada del respaldo.

—¿Te ayudo? —preguntó ella.

Él la miró.

—Oh. No, gracias. Yo puedo.

—¿Seguro? No quiero que te caigas.

—Seguro. Me sentaré en la silla para… quitarme la ropa, y luego me meteré con cuidado.

—Está bien —respondió Celia—. Cerraré la puerta, pero estaré atenta. Llámame si me necesitas.

—Sí. Gracias.

Oscar se desvistió. Antes de meterse en la bañera, se miró al espejo una vez más. El contorno de su rostro, las facciones, las cejas finas, las fosas nasales: iba descubriendo todo de forma continua. La impotencia de ver a un extraño en su propia mirada lo seguía hundiendo. Tenía ganas de llorar y de estallar al mismo tiempo por la rabia; ganas de romper el espejo en pedazos y que quedara tan destrozado como él se

sentía. Miró fijo sus ojos para vislumbrar algo dentro de ellos que le diera una pista sobre su identidad, sobre su persona. Se repetía que tenía que ser positivo, pero hasta ese momento lo que había escuchado sobre él mismo había sido terrible: alcohólico, malhumorado, violento. ¿En realidad había sido así? ¿Por qué?

Necesitaba calmarse, que su mente y sus sentidos se apaciguaran. Se metió con cuidado en la bañera y su cuerpo se fue hundiendo en el agua, que se sentía de maravilla. Fue como sumergirse en un fluido reparador y descontracturante. Cerró los ojos y se permitió dejar de pensar y solo disfrutar de aquel momento.

Cuando salió del baño, totalmente relajado, le agradeció a Celia, quien lo ayudó a sentarse en la silla de ruedas. Ella se alegró de verlo en un mejor estado. Le indicó que estaba por preparar la cena, pero Oscar quería dormir.

—Necesito aprovechar esta distensión. Las últimas noches en el hospital dormía cada vez menos por la ansiedad.

—Entiendo. Vamos, así te pones cómodo —dijo, mientras lo trasladaba hacia la habitación—. Prepararé la cena de todas formas, por si te despiertas con hambre.

Ya en la cama, lo cubrió con las sábanas. Le llevó una botella con agua y un vaso, los cuales colocó en una de las mesitas de luz.

—Espero que descanses bien. —Se lo quedó mirando por un momento —. Esto es muy abrumador, Oscar, pero quiero que sepas que honestamente espero que te recuperes por completo. No sé qué haremos después, pero, de verdad, voy a ayudarte en todo lo que pueda.

Acto seguido, le entregó el cuaderno que le había llevado al hospital.

—Gracias.

—Sé que no quisiste usarlo cuando estabas internado, pero sigo creyendo que esto puede serte de mucha ayuda. Ya sabes que tienes algunos datos sobre ti y nuestra familia, y puedes usarlo para anotar cualquier cosa que creas recordar, para expresarte; puede ser terapéutico. También tienes las letras del alfabeto en varias hojas para que las practiques y luego unas palabras sencillas para que intentes replicarlas.

Él abrió el cuaderno una vez más y volvió a ojear unas oraciones de la primera página:

Oscar Frech. 45 años.

Casado con Celia. Padre de Brandon.

Hermana: Fiona.

Sintiéndose incómodo, pasó varias páginas y se detuvo en una al azar. En ella encontró varias palabras con un espacio para que él escribiera junto a ellas.

—Gracias, Celia. No tengo palabras para todo lo que has hecho y estás haciendo. Gracias por recibirme aquí. O por traerme, mejor dicho. —Le regaló una sonrisa—. De verdad lo aprecio.

—No tienes que agradecerme, soy tu esposa.

Él la miró sin poder decir más nada. Ella pareció entenderlo. Apagó la luz, le dejó la lámpara de noche encendida y le indicó que podía apagarla cuando quisiera. Tras desearle buenas noches, cerró la puerta y lo dejó.

Oscar miró a su alrededor, cada rincón iluminado por la tenue luz de la lámpara y con sombras que manifestaban cómo se sentía en su interior. Allí había dormido por años con su esposa. ¿Hacía cuánto tiempo estaban casados? ¿Celia se lo había mencionado? No estaba seguro, no se acordaba. Ni su mente ni sus sentidos le traían ningún recuerdo: ni la textura o la suavidad de las sábanas; ni la almohada mullida, con un leve perfume a vainilla; ni la comodidad del colchón. Apagó la lámpara, se tapó casi por completo y cerró los ojos; esperaba, al menos, tener un buen descanso.

***

Su interior ardía. Sus pies se movían rápido. Se agitaba de un lado a otro. Gritaba con furia. Veía oscuridad. Olía algo penetrante: alcohol. Sentía golpes fuertes en los hombros, en el rostro. Y gritos. Oía gritos de una mujer. Alaridos. «¡No!», se oyó exclamar a todo pulmón.

Y entonces oyó un disparo.

Abrió los ojos y se sentó en la cama, con el corazón acelerado. Su respiración se entrecortaba, y sentía como si estuviera a punto de ahogarse. Encendió la lámpara y sus pupilas fueron de un lado a otro con desesperación, hasta que identificó el lugar en donde estaba. Recordó el momento en el que había comenzado a dormirse y se calmó al darse cuenta de que había tenido una pesadilla. Una horrible y muy realista pesadilla. Había sentido como si en realidad estuviera sucediendo.

Respiró profundo y después tomó agua. Se quedó allí, en silencio, todavía viendo esas pocas imágenes, aunque ahora más difusas. Luego, le surgió la turbia pregunta: ¿Había sido una pesadilla? ¿O acaso había sido un recuerdo lo que su mente proyectó en sueños?

Tuvo que esforzarse por no paralizarse.

Intentó recuperar las imágenes completas de lo que había visto, pero solo vislumbraba destellos de ellas: sus pies moviéndose erráticamente, una negrura muy similar a la que había en la habitación antes de encender la lámpara, los gritos. Y el disparo. No podía olvidarlo. No dejaba de escuchar el estruendo, lo sentía en sus oídos.

Si era un recuerdo, ¿qué había sucedido? ¿Y cuándo? Su mente no soportaba más incógnitas, pero, a la vez, las seguía generando. Se quedó envuelto en la noche, cuya tranquilidad y silencio distaban por completo de la sensación de caos y turbulencia que sentía en su interior, hasta que, una vez más, se quedó dormido. Esta vez, para despertar con las primeras luces del día sin haber tenido otro sueño, pero igual de agobiado por aquel que seguía presente en él.

17

Diana

—M e temo que ya es hora de irme —dijo la señora Brown.

—Está bien. La veré cuando vuelva.

La doctora se la quedó mirando mientras salía, convencida de que la dulce Margaret Brown se merecía el viaje que estaba a punto de emprender. Después de todo, era la única persona que visitaba a Amelia, que estaba en coma hacía ya cuatro años. A Amelia no le quedaba nadie de su familia, pero lo que entristecía más a Diana era ver que parecía tener una sola amiga: la señora Brown era la única que iba a verla cada vez que podía escabullirse de sus obligaciones como directora de una importante compañía textil de vanguardia y de sus otros cientos de proyectos. Ahora, después de años de trabajar sin parar, por fin se tomaría unas vacaciones, aunque eso significara esperar un poco más para volver a ver a Amelia.

En ese momento, vio entrar a Norah y Horacio. Era la primera vez que no estaban abrazados o tomados de la mano. A medida que se acercaban, Diana percibió una tensión entre ellos, además de notar las adustas expresiones en sus rostros.

—Hola, buenos días —los saludó.

—Hola —respondió Norah, apenas la miró por un segundo antes de bajar la vista.

—Vamos.

Los acompañó al cuarto de su hijo, como cada semana; esta vez iba por delante de ellos. Cuando abrió la puerta y los vio entrar, notó que Horacio no se acercó tanto a Miguel como su esposa, quien, al igual que siempre, le acarició las manos. Iba a preguntarles si estaban bien, pero intuyó que, tal vez, no era buena idea y que, a lo mejor, pasar un rato con su hijo los haría apaciguar lo que estuvieran sintiendo.

—Espere —la detuvo Norah cuando estaba a punto de salir.

—¿Sí?

—¿Qué pasó con el paciente?

—¿Qué paciente?

—El que había despertado. —Diana la miró—. ¿Realmente despertó? ¿Está vivo?

—No puedo hablar de eso —respondió.

—¿Sí o no?

El silencio de Diana no hacía mucho por ocultar la respuesta en su mirada.

—Despertó —murmuró Norah, leyendo su expresión—. Está vivo. No puedo creerlo. ¿Y cuánto tiempo llevaba en coma?

—Norah, no voy a decirle nada. Debe concentrarse en su hijo.

—¿Concentrarme? Cada día de mi vida lo concentro en él, incluso cuando no estoy aquí. Creí que usted ya sabía eso. Y cada día tengo la esperanza de que suceda un milagro. Algo como lo que le pasó a ese hombre.

—Cada paciente en un caso único, ya se los dije. Ni siquiera nosotros podemos explicar cómo pudo despertar.

—¿O sea que es posible que suceda lo mismo con Miguel?

—Norah, basta —intervino Horacio, pero sus ojos reflejaban que también se preguntaba lo mismo.

—A veces pienso que deberíamos desconectarlo y acabar con todo esto —confesó Norah.

—No puedo soportarlo… —Horacio sacudió la cabeza y salió de la habitación.

Diana no supo qué hacer, pero, al ver que la mujer se quedaba mirando a Miguel con lágrimas en los ojos, fue tras Horacio.

—¿Días difíciles? —Lo miró con empatía—. Tranquilo, no creo que fuera la intención de Norah decir algo así, es solo su frustración.

—Yo también he sentido eso —reconoció él—. También estoy frustrado. Esta semana fue un infierno. Siempre intento mantenerme firme, pero cada vez parece más difícil.

—Es entendible. No puedo imaginar lo que debe sentir, y créame que me siento mal de no ser capaz de decirle otra cosa aparte de que deben seguir adelante y no pensar en nadie más que en su hijo y, sobre todo, en ustedes. Cuídense ustedes también, no pierdan la unión.

El hombre hizo silencio y miró hacia la habitación de su hijo. Después de un momento, sus ojos se clavaron en Diana.

—Doctora Anderson —dijo casi en un susurro—. Ahora seré yo el que lo pregunte. ¿Está segura de que no puede hacer nada para que Miguel despierte también?

Ella se quedó en silencio. El frío del aire acondicionado en los pasillos le erizó la piel de los brazos. Los ojos de Horacio estaban fijos en los suyos, desesperados, clamorosos.

—No, Horacio —respondió con voz suave—. No puedo hacer más de lo que hago cada día.

Él asintió y, una vez más, ella no supo lo que había detrás de esa mirada.

18

Oscar

Cuando se levantó, fue al baño y se lavó los dientes con un cepillo nuevo que Celia le había dejado listo; evit ó mirarse demasiado en el espejo. Salió y fue a la cocina, esperando encontrar a su esposa, pero no estaba allí. Se dirigió a la sala de estar y tampoco la vio, aunque escuchó su voz. Estaba afuera.

Se acercó a la ventana y corrió un poco la cortina para asomarse. Celia estaba charlando con una mujer que le sonreía y asentía, para luego responderle cosas que él no llegaba a escuchar. De repente, los ojos de la mujer se dirigieron hacia él; lo saludó con un movimiento efusivo de manos y una sonrisa todavía más amplia. Celia se había volteado y también lo observaba, sonreía al ver que él le devolvía a la desconocida un saludo menos entusiasta.

Se sentó en uno de los sillones y la esperó. Cuando volvió a entrar, ella traía algo.

—Nos hizo un pastel —dijo—. Bueno, te hizo un pastel a ti, como gesto de bienvenida. Dijo que ojalá te guste. Claro que yo también lo probaré.

—¿Quién era?

—Oh, es Gloria, una de nuestras vecinas. Está muy contenta de que hayas regresado. Nos dejó los mejores deseos y dijo que le encantaría invitarnos a cenar.

—Qué amable.

—Claro que sé que es muy pronto, pero, por cortesía, le dije que le avisaremos. Todos los vecinos están muy contentos.

—¿Todos? ¿Ya saben todos que he vuelto?

—Bueno, no todos, pero la gran mayoría. Al menos los que solían saludarnos y hablar con nosotros. Entre Gloria y un par de señoras más, los chismes y rumores siempre han corrido rápido por aquí. Me desperté y había varias tarjetas de felicitación que habían pasado por debajo de la puerta; luego, encontré un par más dentro del buzón.

—Guau. No sé qué decir.

—Tranquilo, lo importante es que te pongas cómodo aquí y, poco a poco, saldrás a recorrer el vecindario e irás viendo algunas caras. Hay un par de amigos que quieren venir a visitarnos cuanto antes, pero quiero estar segura de que estés de acuerdo y listo.

—Está bien.

***

Mientras Celia terminaba de servir el té, Oscar esperaba sentado ante la mesa de la cocina, todavía agobiado por las sensaciones de la pesadilla que había tenido. No estaba seguro por qué, pero algo le decía que había sido más que un mal sueño, y se estremecía ante la posibilidad de que aquello hubiera sido un recuerdo manifestándose

en su subconsciente. Por un lado, era una buena señal que recordase algo, por más indescifrable que fuese; por el otro, que comenzara a evocar una escena así le hacía preguntarse de qué otras cosas horribles él no se acordaba.

—¿Descansaste bien? —Celia lo examinaba al sentarse frente a él.

—Sí… hasta que tuve una pesadilla. Luego me costó un poco volver a conciliar el sueño.

—¿Una pesadilla?

—Eso creo. —Oscar la miró, inseguro de lo que iba a preguntarle, pero con la certeza de que necesitaba hacerlo—. ¿Recuerdas algo… sobre un disparo?

—¿Qué? —Ella dejó el pan con jalea que estaba a punto de morder.

—Un disparo. Soñé con una discusión, una pelea, seguida de un disparo. Fue horrible. Aún puedo escucharlo.

Ella lo miró de forma detenida, en silencio. Oscar no supo si estaba pensando qué decir o si en realidad no lo sabía.

—Tal vez haya sido una verdadera pesadilla —respondió tras unos minutos, y dio un gran mordisco al pan.

—También lo creo, pero ¿por qué una pesadilla sobre eso? Mi mente está literalmente en blanco; podría haber tenido una sobre el hospital

o algo de lo poco que viví desde que volví a estar consciente. Pero tuve una pesadilla sobre una terrible discusión que terminaba con un disparo. Así, de la nada.

Ella siguió comiendo y bebiendo el té en silencio, pensativa.

—Había gritos de una mujer —siguió él.

Ella lo miró otra vez.

—¿Hay chances de que hayas sido tú? —preguntó él con cautela.

—¿Me estás preguntando si discutimos y gritamos alguna vez? Miles, de hecho. ¿Si te he disparado alguna vez? Por Dios, no.

—O si yo te disparé…

Celia soltó una pequeña carcajada sin poder evitarlo.

—Nunca hubieses sido capaz. Solo amenazabas con suicidarte, con lanzarte delante de un tren, cosas así. Has llegado a decirme que me matarías, pero, incluso en tu voz iracunda, notaba la impotencia de alguien que nunca haría algo así.

—Entonces…

—Entonces, fue una pesadilla —lo interrumpió—. Deja de pensar en ello y toma tu desayuno, el té se está enfriando.

Él intentó descifrar si a Celia le parecía una tontería el tema o si estaba tratando de cortar la conversación. Si lo que vio en sueños era real, era lo bastante grave como para que él se lo hubiera contado cuando ocurrió. Aunque también estaba la posibilidad de que se lo hubiera ocultado y ella nunca se enterara. Dudaba de ella, pero tal vez era porque no le agradaba dudar de sí mismo.

19

Oscar

—A noche saqué un par de álbumes con fotos impresas para mostrarte —dijo ella de repente—. Quiero que las veas, contarte sobre ellas. Tal vez te ayude a recordar algo.

—De acuerdo, gracias.

Ante él había dos carpetas: una rectangular con tapa negra y otra más grande, cuadrada, de color verde. Ambas contenían imágenes digitales que Celia y él habían impreso para resguardar al estilo de las viejas fotografías de antes.

—Cuando estés listo —dijo Celia, que lo miraba expectante.

Él abrió la carpeta negra y comenzó a observar las fotos. Celia y él sentados en el césped; Celia con una copa de vino, con cabello más largo y apariencia más joven; lo que parecía una reunión de amigos o una fiesta con muchas personas, todos sonrientes. Fotografías de ocasiones que no rememoraba, de las cuales su mente no tenía registros. Se detuvo en una de Celia con un bebé en brazos: su hijo.

—Es de la semana en que nació Brandon. Era tan pequeñito —dijo ella.

Oscar no decía nada. No podía dejar de mirar a aquel bebé. No quería

parpadear, así sus pupilas absorberían por completo la imagen. Por un segundo, creyó sentir algo al mirar esos pequeños ojos, pero el retrato no tenía una buena iluminación y el rostro del bebé no se veía tan bien como le hubiera gustado.

—¿Hay más fotos de él por aquí? —preguntó, al mismo tiempo que pasaba las hojas.

—Sí.

Celia lo ayudó a detenerse donde había tres o cuatro fotos de Brandon de niño. Una de ellas se veía mucho más iluminada, pero cuando se quedó mirándolo no sintió lo mismo que en la anterior. Luego, se detuvo en una donde ya era un adolescente.

—Esa es de hace unos cinco años —le informó ella—. Se la tomó uno de sus amigos.

En la foto, Brandon sostenía una lata de refresco mientras levantaba el dedo medio de la otra mano hacia la cámara. Al observar su mirada, Oscar notó que los ojos lucían más cerrados, más apagados; incluso parecían reflejar cierta amargura. ¿Por qué cosas habría estado pasando en esos tiempos? ¿Cuántas de todas las turbaciones posibles de un adolescente había sufrido? ¿Lo habría necesitado, lo habría extrañado? ¿Cuánto le había afectado no tener a su padre al lado? Una parte de la respuesta la sabía, pues Celia le había contado que su hijo estaba muy molesto, tanto que se fue a vivir con un amigo y se rehusó a verlo.

—Quiero verlo —dijo con un hilo de voz.

—Ya podrás hacerlo —respondió Celia después de un momento—. Vamos paso a paso, ¿de acuerdo?

Oscar asintió. Sabía que no había mucho más que pudiera hacer.

—Vuelve a contarme sobre ti.

—Mejor te contaré sobre nosotros.

Cerró el álbum y respiró profundo antes de hablar.

—Soy Celia Ward… tu esposa. Nos conocimos en una feria de la capital a la que habías ido con unos amigos. Pasamos el resto de la tarde juntos, charlando y comiendo. Nos dimos nuestro primer beso esa noche y nos volvimos a ver al día siguiente. Me invitaste a comer con tus amigos, una parrillada. Fue divertido. Desde entonces, no volvimos a separarnos.

Mientras hablaba, Celia tenía la mirada perdida, como sumida en aquellos tiempos, aún tan vivos y accesibles para ella, y tan perdidos para él.

Le contó que un año después se casaron y al poco tiempo quedó embarazada. El padre de Oscar trabajaba en una compañía de computación, así que le enseñó todo lo que sabía y comenzó a trabajar con él, y siguió allí incluso después de que él falleciera. Celia trabajaba limpiando casas. Le dijo que los padres de ella siempre los ayudaron y se quedaban con Brandon, ya que no podían pagar una niñera.

Al año siguiente, Celia consiguió empleo en una empresa de venta de autos como vendedora telefónica y Oscar comenzó a hacer reparaciones y programación de computadoras por su cuenta, lo que en aquella época era un furor con el auge de los ordenadores

hogareños. Y aparte de trabajar en casa, consiguió empleo en un centro técnico.

Él la escuchaba atento, imaginando todo lo que iba contando. Era raro estar escuchando cosas sobre su vida sin recordarlo, sin visualizar imágenes reales de aquello que oía, sino creando otras que sabía que serían totalmente distintas si eran comparadas con la realidad.

—Ambos seguimos en nuestros trabajos —continuó Celia—. Yo fui ascendida a encargada del grupo de telemarketing a los dos años, y tú decidiste dejar la empresa para trabajar en casa a tiempo completo. En eso te iba muy bien, hasta que comenzaste a tener períodos en los que no trabajabas, no hacías nada. Por fortuna, nos arreglábamos bien cuando solo dependíamos de lo que yo ganaba, ya que muchas veces me quedaba y hacía horas extra, pero cada vez discutíamos más al respecto…

Se detuvo. Sus ojos estaban vidriosos. Su respiración más rápida. Parecía luchar por contenerse y seguir hablando.

—Luego, llegaron los años en que todo se fue desmoronando. Bebías cada vez más. Como te mencioné antes, nunca habías tenido una relación excelente con Brandon, pero él estaba más grande y tú estabas cada vez más ebrio, lo que provocaba choques terribles, gritos, peleas. A veces se quedaba a dormir en otras casas todas las noches porque no quería estar cerca de ti. —La voz de Celia comenzó a temblar a pesar de sus esfuerzos por controlarse—. Estabas negado a mejorar, a progresar; era como si todo lo que te importara fueran tus botellas y latas de cerveza. Después, tuviste el accidente y quedaste en coma.

»Por un tiempo no supe qué hacer. Fue como si mi vida se hubiera detenido. Poco a poco, comprendí que no tenía más alternativa que seguir adelante, y lo hice. Seguí ascendiendo en el trabajo y hoy soy una de las gerentes, lo cual es genial y me hizo sentir realizada… pero nunca tuve a mi esposo al lado para compartirlo con él.

Celia se detuvo y se secó las lágrimas. Se hizo un profundo silencio entre ellos, el aire parecía más pesado. Oscar no sabía qué decir.

—Bueno, claro que, de alguna forma, compartía eso y otras cosas contigo cuando te visitaba. Te lo contaba todo —continuó.

—Gracias —dijo él—. Por haber estado conmigo todos estos años, aunque yo haya estado dormido, inconsciente o lo que sea. Aunque todavía no recuerdo, lo valoro, de verdad.

—De nada. —Ella secó otra lágrima.

—Sobre el accidente…

—¿Sí?

—Quiero que me lo cuentes. Que me digas cuándo fue, qué pasó ese día o esa noche, por qué terminó así.

Ella lo miró.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Está bien, te lo diré.

20

¿En qué estoy pensando ahora? En aquella noche en la que todo cambió. La noche en la que sus ojos repletos de suplicio se clavaron en los míos y no pude hacer nada para esquivarlos. La noche en la que le pregunté qué había pasado.

Ten cuidado con lo que pides, ten cuidado con lo que deseas.

Tantas veces volví a aquella noche… Tantas veces quise borrar ese momento.

Ella no sabía cómo decírmelo, y creo que gran parte de ella no quería hacerlo, pero yo insistí. Yo se lo pedí. Quería saber qué había pasado, así que me lo dijo, porque no había alternativa.

Aquel instante marcó un antes y un después. Todo cambió a partir de esa noche. Cuando me lo contó todo, sentí que las tinieblas que me habían estado rodeando toda mi vida finalmente me consumieron por completo.

21

Oscar

—O currió durante la noche —comenzó a relatar Celia—. Para darte el contexto completo, habíamos estado discutiendo todo el día. Era domingo, y yo quería descansar, pero tenía que ocuparme de ordenar, lavar y limpiar porque tú no querías hacer nada. —Esta vez, su voz denotaba más calma—. Brandon había salido con una chica, así que estábamos solos. Primero, te lancé indirectas para que hicieras algo; luego, te pedí ayuda directamente. A medida que pasaba el tiempo y seguías tirado en el sillón, mirando televisión y bebiendo cerveza, fui perdiendo la poca paciencia que me quedaba y empecé a gritarte.

Oscar trataba de imaginarse en ese estadio de ocio y vicio, a la vez que procesaba la idea de que se comportaba de aquella manera. Debía reconocer que sonaba chocante, entendía el hartazgo que había provocado en Celia.

—Discutimos y gritamos. Te eché en cara todo lo que sentía, lo que no hacías, lo que no me brindabas, y aunque negabas todo, luego ocurrió algo: te quebraste. Comenzaste a llorar, y yo creí que era por lo ebrio que estabas, así que tú llorabas y yo me reía. Empezaste a decir que eras una persona horrible, que eras un caso perdido, que no podías volver atrás. Dijiste que lo habías arruinado todo; que no había sido tu intención, pero que ya no había forma de arreglarlo. Yo no sabía a qué te referías, pero cuando te fuiste con tu auto diciendo que ya no lo soportabas, dejé de creer que estabas delirando. Fue demasiado tarde.

—Conduje ebrio.

—Sí. Ya estabas inconsciente cuando llegó la ambulancia. Constataron que habías ingerido más de cuatro veces el nivel de alcohol permitido. No se explicaban siquiera cómo lograste hacer tantos kilómetros antes de estrellarte con el gran poste contra el que impactaste.

—¿Saben dónde estaba yendo?

—Habías ido al bar, pero luego me llamaste y me dijiste que era el fin, que no podías más. Entré en pánico; no sabía qué pensar. Más tarde, me contactaron para avisarme que habías tenido un accidente. Estabas a varias calles del bar en el que habías estado toda la noche, pero no estabas camino a casa, sino que ibas en sentido contrario al que tomarías para regresar.

—¿Tienes idea de adónde podría haber estado yendo?

—No. Primero creí que podrías estar con Walter, por eso fui a su casa, y…

—¿Walter? —preguntó él.

—Walter, tu mejor amigo.

Otra persona a la que no recordaba. Quería preguntarle más sobre ese amigo, pero no era el momento de enfocarse en eso.

—Luego me dirás más sobre él… Entonces, ¿fue así como ocurrió?

—Bueno, lo que pudimos reconstruir. Nunca supe por qué estallaste

así aquel día, y ahora temo que nunca lo sabré.

Otra vez se quedaron en silencio. Él observaba a esa mujer que había soportado a un hombre alcohólico y holgazán y, sin embargo, lo había acompañado sin cesar durante todo el tiempo que permaneció en el hospital.

—¿Es extraño tenerme aquí así? ¿Es duro tener que ayudarme después de todo eso?

—Oscar…

—No puedo ni imaginar cómo debes sentirte. Es decir, te dije en la cara que no te recuerdo, que no me acuerdo de nada, y aun así me traes a casa y haces lo posible para que me sienta bien. Incluso me cuentas esas cosas horribles que padeciste por mi culpa…

—Cosas del pasado, Oscar. Ya pasaron y no se pueden cambiar. Creí que te había perdido, pero ahora estás aquí, y no puedo dejarte solo. No lo haré.

—¿Sigues amándome? —La pregunta salió de él antes de procesarla.

—Claro que te amo. —Celia habló después de respirar profundo—. Siempre lo haré. Solo que ahora la situación es distinta… y complicada.

—Cuando me ves, ¿ves a ese hombre que fui, el que hizo esas cosas horribles? ¿O al hombre que conociste y del que te enamoraste?

—Te veo a ti, como estás ahora: necesitado de ayuda, de guía. Te veo distinto. —Lo miró con profundidad—. No hablo de tu condición, de que te estás recuperando o de que aún no puedes caminar, sino de otra cosa, algo que no termino de descifrar. Hay algo diferente en ti, para bien.

—¿En serio?

—Sí. Algo en tus ojos, en tu presencia. No puedo explicarlo, pero me hace creer que todo esto pasó por algo. Quizás, por más horrible que haya sido todo, fue para bien.

—Yo también quiero creer eso. —Él le sonrió, agradecido por el comentario.

—Bien, ¿quieres practicar con el bastón?

—Sí.

—De acuerdo, iré por él.

22

Oscar

—¿T e gustan los bombones? —preguntó Celia.

—Están ricos, muy ricos.

—Si los vecinos siguen trayendo cosas para comer, recuperarás el peso que perdiste en cuestión de días.

El celular de Celia sonó desde la cocina y ella se levantó para contestar. Mientras ella hablaba, Oscar se terminó el último bombón que le habían traído como obsequio. Se recreaba en el sabor del chocolate, que le causaba un placer familiar.

Celia volvió con el celular en la mano. Se sentó frente a él otra vez y lo miró en silencio por varios segundos.

—Mis padres quieren venir a verte —dijo—. Bueno, quieren venir desde el día que te traje aquí. Les dije que primero tenías que habituarte un poco a la casa y todo eso, pero siguen insistiendo… ¿Te parece bien que vengan mañana?

—Sí —contestó él, aunque sintió una punzada de pánico al imaginarse la situación. No sabía si estaba listo para ver a otras personas que no reconociera. Sin embargo, luego pensó que tal vez los rostros de sus suegros fueran los que le causaran algún recuerdo—. Está bien, claro

que pueden venir. Después de todo, son tus padres y mis… suegros. Por favor, dime que me llevaba bien con ellos.

—Bueno…

—Por Dios, no me digas que me detestaban. ¿Sabían lo mal que estábamos?

—Nunca les di detalles, pero lo intuían. Muchas veces tuvieron que consolarme. Mi padre te había tomado mucho rencor. Sin embargo, cuando le pedí ayuda con el dinero para el hospital y todo lo necesario, no se negó. No te lo había dicho, pero es que estaba nerviosa al pensar en todo eso.

—Gracias por decírmelo antes de verlo…

—Descuida, saben que no recuerdas nada y les pedí que traten de ser delicados, que no te invadan.

—Está bien, gracias. —Oscar solo esperaba que todo saliera bien.

***

Charles y Meredith Ward llegaron a las cinco de la tarde. Celia los recibió sonriente pero nerviosa. Al entrar, se encontraron con Oscar, que iba en su silla de ruedas.

—¡Oscar, qué gusto volver a verte en tu hogar! —exclamó Meredith, dándole un delicado abrazo que lo sorprendió.

—Gracias, el gusto es mío.

—Hola, Oscar. Qué bueno tenerte de regreso —lo saludó Charles, estrechando su mano con fuerza; su seriedad no coincidía con sus palabras.

—Buenas tardes. Muchas gracias.

Se quedaron un rato en la sala de estar mientras se ponían al día con Celia, quien les contaba cómo había ido todo durante esos últimos días y, a la vez, trataba de incluir a su esposo en la conversación, aunque él solo asentía o respondía palabras breves. Cuando creía que no se darían cuenta, echaba vistazos a los padres de Celia y trataba de detectar algún mínimo recuerdo de ellos. No tenía ninguno.

—Creo que uno de estos días ya dejará de necesitar la silla de ruedas y se moverá solo con la ayuda del bastón —decía Celia cuando él volvió a prestar atención a lo que hablaban.

—Fantástico. Es un verdadero milagro —dijo Meredith con una mirada cálida.

Un rato después, se dispusieron a cenar. Celia había preparado pollo al horno, papas a la crema y una ensalada. Colocó en la mesa unos bollos que había traído de la panadería y que lucían deliciosos. Cada vez que Oscar probaba un bocado de su comida, se sorprendía por lo rico que ella cocinaba.

La miró mientras hablaba y se dijo, no por primera vez, que era una mujer hermosa. En ese sentido, comprendía sin problemas el hecho de que en el pasado se hubiera fijado en ella, pues poseía una belleza

deslumbrante.

Mientras comían, Meredith y Celia conversaban. Oscar las escuchaba y asentía cuando creía debido, algo mareado por la oleada de palabras en tonos agudos que salían a borbotones de ambas; sin dudas, eran charlatanas. Charles, en cambio, se mantuvo serio y solo intervenía con monosílabos o alguna frase acompañada de una sonrisa hacia su hija y luego una mirada hacia Oscar. «¿Qué le sucede a este tipo?», se preguntó él.

—¿Y no recuerdas nada de nada? —preguntó Meredith cuando volvieron a hablar de lo bueno que era tenerlo en casa otra vez.

—Nada de nada —respondió él, negando con la cabeza—. Es horrible.

—No lo dudo —asintió ella—. ¿Pero es posible que recuperes la memoria?

—No me aseguraron nada. Es tan posible que vaya recordando de a poco o que, de repente, vuelva todo a mí como que nunca vuelva a recuperar la memoria.

—Dios mío…

—Pero Celia está haciendo todo para ayudarme y para cuidarme.

—Pues qué suerte para ti —espetó Charles—. Ella siempre ha estado a tu lado. Incluso en los momentos en que tú no estuviste para ella.

—Papá… —Celia le dirigió una mirada de reproche.

Oscar los miró y siguió comiendo.

Cuando terminaron de cenar, Celia se levantó para llevar los platos a la cocina y su madre la siguió para ayudarla. Oscar se quedó sentado, justo frente a Charles, quien había seguido hablando muy poco y mirándolo serio durante toda la comida. Al estar solos frente a frente, Charles se inclinó hacia adelante y le clavó la mirada.

—Escucha, Oscar, es muy triste que hayas perdido la memoria. Es triste y también es muy conveniente.

Él se quedó mirándolo, tieso.

—¿Te dijo Celia que fui yo quien la ayudó con los costos de la internación y las intervenciones?

Oscar no dijo nada.

—Claro que no me agradaba la idea, pero ella me lo pidió con todo su amor, estaba muy afligida. Lo hice por ella, no por ti. —Sus ojos parecían de fuego—. Porque, por si no lo sabes, te dejo en claro que yo sí tengo mi memoria intacta y recuerdo todo: tus actitudes, tus borracheras y todas las veces que oí a mi hija llorar en el teléfono por lo miserable que la hacías. Así que solo quiero que sepas que, si esto es una estrategia para hacer que ella olvide todo eso, no te va a funcionar, porque yo me encargaré de hacerla recordar.

Volvió a acomodarse en la silla y bebió un largo trago de agua. Oscar no dijo ni una palabra. Cuando Celia regresó con Meredith y preguntó

si querían café, dijo que le dolía la cabeza y le pidió que lo llevara al cuarto porque necesitaba estar acostado. Se despidió tratando de guardar el respeto a pesar de la incomodidad. Mientras intentaba dormir, no dejaba de pensar en las palabras de Charles.

23

Oscar

Veintidós años antes

—W alter, necesito tus consejos —dijo Oscar sin tratar de ocultar su desesperación.

—Tranquilo, no es el fin del mundo —respondió él con una carcajada —; de hecho, es solo el comienzo…

—Por favor, no me asustes. Solo dime por qué me siento tan nervioso, tan ajeno a esto. Es como si estuviera viéndolo todo sin saber qué hacer, como si mi hijo fuese el bebé de alguien más. Cuando empieza a llorar, me quedo congelado esperando a que venga su padre, y luego recuerdo que soy yo. Hasta que reacciono, llega Celia. O bien uno de sus gritos me saca de mi letargo, y recién ahí caigo en la cuenta de que esto me está sucediendo a mí, que debo hacer algo para estar a la altura de las circunstancias.

Su amigo volvió a reír y puso una mano sobre su hombro para darle a entender que comprendía totalmente lo que estaba diciendo, que lo había pasado.

Walter y Oscar habían sido amigos toda la vida: crecieron en el mismo vecindario y, aunque Walter era tres años mayor, siempre habían conectado de maravilla. Compartieron vueltas en bicicleta, partidos de fútbol y torneos de videojuegos. Ahora padre de dos niños, uno de cuatro y otro de apenas un año, Walter seguía siendo el que tenía más

experiencia en cosas de la vida y, por lo tanto, Oscar volvía a recurrir a cualquier ayuda que pudiera brindarle, aun si solo fuera una frase tranquilizadora. Las palabras de su amigo tenían la virtud de hacerlo ver las cosas desde otros puntos de vista, de calmarlo y aliviar la tensión para abordar todo con más temple.

Ambos estaban sentados en el patio de Walter. Su hijo pequeño descansaba en sus brazos y el otro jugaba con un auto que pertenecía más a un tacho de basura que a las manos de un niño.

—Mira, te diré la verdad —comenzó Walter mientras lo miraba con la franca expresión que Oscar tan bien conocía—. Esto no es fácil, ni lo será, pues… nunca. Sé que sonará como una frase de libro de autoayuda, pero la paternidad es un desafío de todos los días, y sabes que te lo digo por experiencia. Este loquillo —hizo un gesto mirando a su hijo mayor— tiene ya cuatro años, y créeme que cuando pienso que lo tengo todo controlado y aprendido, surge otra cosa. Hay demasiadas inseguridades, tantas dudas que a veces cuesta dormir.

Oscar asentía y lo observaba. Su amigo siempre había sido una persona segura, confiada y con tanta facilidad para desenvolverse en todos los ámbitos que era difícil imaginárselo vacilando y siendo presa del desasosiego. Pero, supuso Oscar, todos deben tener lados que los demás no pueden ver ni imaginar.

—Sin embargo —continuó su amigo—, al final de cada día, solo puedes estar seguro de que hiciste lo mejor y disponerte a seguir esforzándote, a seguir dando todo, aunque parezca que no entiendes nada. —Bajó la mirada para observar a su otro pequeño entre sus brazos—. Cuando sientes que no sabes lo que necesita, lo que quiere, lo que siente… al final, todo vale la pena simplemente por el regalo de tenerlos.

Ambos se quedaron en silencio, pero Walter lo rompió al instante con una de sus enérgicas carcajadas, que sobresaltó a su bebé.

—Vaya, eso sí que estuvo profundo —dijo entre risas, sacudiendo la cabeza—. ¡Esto de la paternidad hace estragos!

Oscar compartió la diversión, pero luego se aseguró de agradecerle con sinceridad porque, una vez más, había logrado poner otra perspectiva a una situación que él no sabía abordar.

—Gracias, amigo. Eres el mejor —dijo, y le dio un abrazo de despedida—. Ya veremos cómo sigue esto. Desde luego, no creo que me vaya tan bien como a ti. —Miró a los hijos de Walter, uno en sus brazos y otro pegado a sus piernas, y deseó poder cultivar ese tipo de conexión con su pequeño recién nacido.

La esperanza interior duró poco. Esa misma noche, mientras arrullaba a Brandon para intentar que se durmiera, el pequeño no dejaba de llorar. Oscar probó darle el biberón, pararse y pasearlo de un lado a otro, recostarlo de distintas formas sobre su regazo, pero no había caso.

—¡Celia, no quiere callarse! ¡Ven, por favor!

—¡Ya voy! ¿Acaso no puedes contenerlo un minuto? —gritó ella desde el baño.

—¡Estoy tratando de contenerlo hace veinte minutos y no para de llorar! —rebatió él.

—Dámelo. —Celia apareció con una bata y una toalla alrededor de su cabello. El suelo estaba mojado porque ni siquiera se había secado.

—Dios, me duele la cabeza —se quejó Oscar, y se indignó al ver una vez más que Brandon se calmaba en los brazos de su madre—. Este bebé me odia —sentenció.

—No te odia —respondió ella e hizo al lado su cansancio para empatizar con él—. Solo necesitas más práctica.

—O sea que tú ya venías entrenada…

—Claro que no, pero soy su madre. No sé, tal vez sea natural que se calme mejor conmigo, pero no te desanimes, ya te lo dije.

—Sí, sí —respondió, sin hacerle caso.

Celia se llevó a su hijo y volvió cinco minutos después.

—Ya se durmió, está en su cuna.

—No sé cómo lo haces.

—Yo tampoco —dijo ella con una risa y le besó los labios—. No te preocupes, ya lo lograrás. Esto recién empieza.

Sus palabras fueron casi las mismas que Walter le había dicho. Ojalá él y Celia tuvieran razón, se dijo, porque, si no lograba desenvolverse en eso, no sabía cómo podría seguir.

24

Oscar

Oscar seguía mejorando su caminata con ayuda del bastón. Había estado toda la mañana recorriendo la casa, yendo de un lado a otro para afianzar su confianza al estar de pie y fortalecer sus piernas. Celia había estado atenta a él todo el tiempo y lo seguía de cerca por si necesitaba su ayuda o perdía el equilibrio. Él había paseado su mirada por los rincones una vez más, pero todavía no reconocía aquel espacio, ni las luces y sombras que lo conformaban. Sin embargo, el avance físico le permitía mantenerse optimista, al menos por el momento.

Cuando llegó la hora de descansar, Celia se ocupó de masajear sus piernas para que los músculos se relajaran, algo que debían repetir minuciosamente para permitir su recuperación. Lo había hecho desde que lo llevó a casa, pero algo se sintió distinto ese día. Tal vez fuera porque ella ya se volvía cada vez más consciente de que él en verdad estaba allí; no era un sueño ni su imaginación. O quizás se debía a que en el contacto con el cuerpo de Oscar volvía a recuperar algo que había perdido hacía mucho tiempo. Algo que, incluso sin saberlo, anhelaba.

Intentó observar su rostro con discreción y descubrió que él la estaba mirando. Ambos se sostuvieron la mirada por un minuto, y ella se preguntó qué habría dentro de esa mente rota, si acaso quedaba algo de todo lo que habían vivido y compartido. Se preguntó una vez más cómo era posible que su propio esposo no la reconociera y también volvió a preguntarse qué había distinto en él que hacía que mirarlo a los ojos resultara familiar y nuevo a la vez.

Cuando volvió a concentrarse, notó que sus masajes se habían vuelto

una larga caricia en las piernas de Oscar. Lo miró una vez más, como disculpándose, y apartó las manos, pero él esbozó una sonrisa. Siguieron mirándose, incapaces de quitar los ojos del otro, hasta que el sonido del celular de Celia los sacó de su hipnotismo. Ella miró la pantalla y vio que era Diana quien la llamaba.

—Doctora Anderson, ¿qué tal?

—Hola, Celia, ¿cómo estás? Disculpa que te moleste, pero tengo algo que decirte. —La voz de Diana iba acompañada de los múltiples sonidos de la calle. «Seguro va manejando», se dijo Celia.

—¿Qué sucede? —preguntó, intentando evitar alarmarse sin razón.

—Hoy me llamó un reportero, Zac Morris. Me dijo que vive en tu vecindario y que se enteró sobre Oscar…

—Oh… —Celia se quedó sin palabras por un instante.

—Me pidió hacerme unas preguntas. Dije que no, pero insistió tanto que terminé accediendo. Dice que quiere saber un poco sobre Oscar y cómo fue todo. Te aseguro que trataré de no ser demasiado específica.

—De acuerdo… pero…

—Solo acepté para sacármelo de encima, pero quería que lo sepas. Veré cuáles son sus intenciones reales y le daré unas migajas para que termine cuanto antes. También le advertiré que no se acerque a ustedes; ahora deben disfrutar y ocuparse de que Oscar esté lo mejor posible.

—Gracias, por supuesto que esa es la prioridad. Y gracias por informarme de esto. Conozco a Zac, al menos por cruzármelo un par de veces, aunque nunca tuve diálogo con él. Estaré atenta y me ocuparé.

—Genial. Me encontraré con él esta tarde; más tarde te diré cómo termina eso.

—Sí, llámame por favor. Y gracias una vez más.

—¿Cuándo debes llevarlo al primer control de seguimiento? —preguntó Diana para cambiar de tema, aunque ya sabía la respuesta.

—Mañana —respondió Celia.

—De acuerdo. Debo colgar, Celia. Luego hablamos.

—Hasta luego.

Ella colgó y volvió a mirar a Oscar, esta vez con una mirada totalmente distinta a la que le había dirigido minutos antes. Él notó el cambio y, por lo que había oído, le preguntó qué pasaba. Ella se lo contó.

—¿Zac Morris? ¿Un reportero vive en la ciudad?

—Sí. No te lo mencioné porque no me pareció importante. Además,

vive en el extremo opuesto a nosotros y se mueve más cerca del centro de la ciudad, donde están las oficinas en las que trabaja. No es alguien que suela ver seguido por aquí, solo me lo he cruzado un par de veces.

—Y va a entrevistar a la doctora sobre mi caso…

—Sí. Debo contactarme con él, buscarlo, antes de que se atreva a venir a casa. No quiero que nadie así nos moleste. Lo último que necesitamos es un reportero queriendo hablar contigo.

—Es cierto, no me interesa en lo más mínimo algo así.

***

Más tarde, mientras Celia se daba una ducha, Oscar repasaba las notas de su cuaderno. Las leía y las repetía en su mente una y otra vez.

«Mi nombre es Oscar Frech. Tengo cuarenta y cinco años».

«Soy esposo de Celia Ward y padre de Brandon Frech. Tengo una hermana llamada Fiona».

«Trabajo reparando y programando computadoras y equipos electrónicos».

—Y, al parecer, era un borracho, mal esposo y peor padre —agregó en voz alta al tiempo que cerraba el cuaderno.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes. Con esfuerzo, se levantó con ayuda del bastón. Necesitaba tomar agua.

Mientras caminaba hacia la cocina, miró por la ventana del pasillo, que tenía las cortinas abiertas para dejar entrar la luz natural. Se detuvo al notar que en la casa de al lado había un hombre observando hacia su ventana. Lo miró sin reparo para ver si el sujeto se iba o cerraba sus cortinas, pero, en vez de eso, este se lo quedó mirando también. Oscar sintió la penetrante mirada, incluso con los metros que los separaban. A continuación, el hombre elevó su brazo derecho y lo movió en forma de saludo, con una expresión extraña en el rostro. «¿Qué carajos?», pensó. Sin devolverle el saludo, cerró las cortinas.

—¿Todo bien? —La voz se Celia lo sobresaltó.

—Sí, bien —respondió, aunque su voz tembló ligeramente—. Debo preguntarte algo.

—¿Qué cosa?

—¿Quién es nuestro vecino? —Hizo un gesto en dirección a la ventana.

—Oh… —El rostro de ella cambió por un segundo, pero enseguida intentó adoptar una expresión neutra—. Es Isaac, un hombre tranquilo y solitario. Solo le decimos hola y adiós si nos cruzamos, pero no mucho más. Es algo extraño.

—¿Extraño? —La curiosidad de Oscar aumentó.

—Sí. No tiene esposa, ni hijos, ni nada. Rara vez recibe visitas.

Trabaja mucho. Pasa su tiempo encerrado en su casa; a veces sale por la noche y vuelve al día siguiente.

Él asintió, absorbiendo la información.

—¿Acaso estaba…? —Celia miró las cortinas y luego a Oscar—. ¿Estaba mirando hacia acá por la ventana?

—Sí…

—Olvidé que solía hacer eso.

—¿Solía hacerlo? ¿Cuándo?

—No importa —dijo mientras sacudía su cabello húmedo y lo desenredaba con las manos—. Le diré que deje de hacerlo, es espeluznante.

Oscar no supo por qué, pero sintió que ella había querido evadir el asunto. ¿Habría algo más que no le quería decir? Cuando ella se hubo alejado, dio un paso hacia el costado y, con cuidado, corrió la cortina para mirar hacia afuera una vez más. Allí seguía el hombre, plantado en el mismo lugar.

«Isaac».

Antes de cerrar la cortina, vio que su vecino volvía a saludarlo.

25

Celia

Trece años antes

Celia había llegado cansada a casa después de un larguísimo día de trabajo. Había tenido una de esas jornadas en las que terminaba con un nivel de agotamiento más alto que el regular, en las que solo quería desprenderse de todo y olvidar, conseguir un poco de relajación. Desafortunadamente, aquella tarde no pudo lograrlo.

Apenas entró, le sorprendió ver que la televisión estaba apagada, pero más le extrañó no ver a Oscar desplomado en el sillón con una lata de cerveza en la mano. Cuando se dirigió a la cocina para beber un poco de agua, encontró a Brandon cortando algunas verduras.

—¿Qué haces? —preguntó sin saludarlo—. ¿Dónde está tu padre?

—Estoy preparando la cena.

—¿Otra vez? ¿Y tu padre? Eso debería estar haciéndolo él. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Brandon no movía su vista de las zanahorias. Se encogió de hombros como si no tuviera idea de lo que su madre le estaba preguntando, pero Celia sabía que no era así.

—Te pregunté dónde está tu padre, contéstame.

—Se fue —soltó él.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Te enojarás.

—Me enojaré si no me lo dices. Y cuando me entere será peor.

Su hijo suspiró y se rindió.

—Se fue… a la casa de Isaac. Dijo que estaría al lado con él.

Los ojos se Celia se oscurecieron, y aunque intentó mantener su semblante, no pudo evitar que su rostro se desfigurara de la rabia.

26

Diana

Eran casi las siete y media de la tarde. Diana salió del hospital y camin ó directo a su auto. La voz de alguien que llamaba su nombre la sobresaltó. Volteó y vio que un hombre se acercaba a ella. Zac Morris, supuso, y recordó que ese día iría a verla.

Mientras él se aproximaba desde el otro lado del estacionamiento, pudo tomarse su tiempo para observarlo bien: era un hombre de baja estatura, cabello rubio y piel muy blanca. Por lo general no se fijaría en un hombre así, ya que su debilidad eran los hombres trigueños y morochos, como su esposo, pero había algo en aquel tipo que le resultaba atrayente. Tal vez era la forma en que caminaba, con una seguridad innata; o su manera de vestir, con finos zapatos marrones y una chomba al cuerpo que destacaba una figura no musculosa, pero sí bien estilizada; o esa media sonrisa en aquel rostro que cuanto más se acercaba, más definido se volvía.

—Diana, muy buenas tardes. Soy Zac Morris, un placer conocerla. —La saludó mirándola con unos ojos celestes que la descolocaron.

—Hola, igualmente —dijo casi tartamudeando, pero al instante se compuso y subió la guardia.

—Pido disculpas por robarle un momento, pero es en realidad importante para mí.

—¿Para usted o para su trabajo? —soltó ella para mostrarse sin

tapujos, aunque se sonrojó.

—No tengo malas intenciones con esto —respondió él, sin perder su media sonrisa. Su voz tenía una ronquera natural que terminaba de cerrar el conjunto de atractivo y seducción que emanaba.

—Bien, dígame, ¿qué es lo que quiere preguntarme?

—¿Lo haremos aquí, en medio del estacionamiento? ¿No quiere que vayamos por un café? Yo invito.

—No, gracias, estoy apurada. Hagámoslo aquí. —Volvió a sonrojarse tras pronunciar la última frase.

—De acuerdo. Tengo entendido que usted está a cargo del área de terapia intensiva del Hospital Vita… ¿Correcto?

—No me pregunte cosas que ya sabe. Le dije que no tengo tiempo. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué es lo que en realidad quiere saber?

—Veo que se anda sin rodeos, me agrada.

Ella se encogió de hombros y le dedicó una mirada perspicaz.

—Por lo general, no recuerdo muchas coberturas positivas de periodistas en televisión. La mayoría busca sensacionalismo, exprimir el jugo que ven en las historias de pacientes. Pacientes que la han pasado mal, pero ustedes solo lo resaltan para usarlo como estrategia emotiva.

Zac se la quedó mirando. Aunque se borró su sonrisa, mantuvo una mirada aguda y enfocada en su cometido.

—Está bien, comencemos de nuevo. A ver… ¿Es cierto que uno de sus pacientes llevaba más de diez años en estado de coma y despertó recientemente?

—Sí, es cierto.

—¿Así de la nada? ¿Cómo fue?

—No voy a darle detalles.

—Vamos —insistió—. Mire, si no cubro esto ahora, vendrán decenas de otros reporteros detrás de mí en las siguientes semanas. Si me da algo, puedo declarar que fue en exclusiva y recalcar que no hablará con nadie más. Claro que usted será la encargada de mantener eso.

Ella seguía con los brazos cruzados y forzando una mirada fría, pero en su interior reconocía que podían ponerse de acuerdo en eso.

—Está bien, solo le diré esto: estaba en estado inconsciente y, de repente, volvió en sí, como si se hubiese desmayado hacía apenas minutos.

—Increíble. ¿Qué sintió cuando ocurrió?

—Para ser sincera, me sorprendí mucho. Fue un shock, no lo esperábamos. Obviamente, siempre tenemos fe en la recuperación, pero fue algo tan repentino y único que nos descolocó. Para bien, desde luego.

—¿En qué estado se encontraba el paciente al volver a la vida?

A Diana le causó algo de molestia la expresión «volver a la vida», pero la dejó pasar. No quería extenderse con explicaciones que no venían al caso; así, terminaría la entrevista cuanto antes.

—Solo diré que se encuentra bien y en rehabilitación para fortalecer sus músculos y habilidades motoras, pero tampoco daré detalles del paciente.

—¿Es cierto que perdió la memoria y no recuerda nada?

Entonces también sabía eso. Era claro que le había llegado mucha información. No le iba a dar el gusto de confirmárselo.

—No puedo ni voy a hablar más del paciente.

—¿Le gusta su trabajo?

La pregunta la sorprendió.

—Por supuesto, amo mi trabajo. Es mi propósito, mi motor.

—¿Es difícil estar a cargo de personas que están en un estado inerte?

Diana no dijo una palabra. Solo le dedicó una mirada fría, no necesitó más.

—¿Cuán posible es que suceda con otro paciente lo que ocurrió con este? ¿Todos tienen chance de despertar?

—No todos los casos son iguales y, lamentablemente, no, no todos tienen la misma chance. Pero nunca se pierden las esperanzas. Lo que pasó en este caso en particular ya es extraordinario, por lo que nunca se puede descartar que suceda con otras personas.

—Muchas gracias.

—¿Es todo?

—Sí, tengo lo que necesito. Muchas gracias.

—¿Lo que necesita? Espero no deforme mis palabras para usarlas a su gusto.

—Por favor, no soy lo que soy por deformar las palabras de la gente, doctora.

—Lo que usted es es un reportero, y sé qué tipo de trucos pueden tener bajo la manga. —Se sintió reiterativa, pero se quedaba sin otros mecanismos de defensa.

—Mi único truco es ser lo más honesto posible, pero no se preocupe, sus palabras no serán torcidas.

—Eso espero.

—Debo irme. Una vez más, muchas gracias. —Zac amplió aún más su sonrisa, y Diana sonrió como reflejo a pesar de querer permanecer seria.

—Por nada. —Se lo quedó mirando mientras se alejaba y dejaba un agradable perfume bailando a su alrededor.

27

Oscar

Pasos apresurados. Oscuridad. Respiración agitada. Calor. Más oscuridad.

Y un grito.

Un grito desgarrador.

Despertó sobresaltado, sacudiendo los pies como si quisiera correr, igual que corría en la pesadilla.

«Carajo. ¿Qué diablos fue eso?».

Su corazón parecía a punto de estallar. Su piel sudaba. El horrible grito aún retumbaba en sus oídos. Otra vez, otro grito en sus sueños. Un grito femenino… ¿Acaso era el grito de Celia?

No pudo volver a dormir; se quedó leyendo las anotaciones y palabras que su esposa le había dejado en el cuaderno. Se dispuso, por primera vez, a intentar practicar. Tomó un lápiz y comenzó a escribir.

AVE.

CIELO.

LUNA.

GRITOS. GRITOS. GRITOS.

Cuando reaccionó, había garabateado la palabra tres veces. La tachó y la volvió a tachar, cubriéndola de rayones. Cerró el cuaderno y solo se quedó con los ojos apretados. Aún seguía perdido, todavía no entendía. Quería entender.

***

—¿Oscar?

Entreabrió los ojos y se preguntó en qué momento se había quedado dormido otra vez.

—¿Oscar? Llamó tu hermana.

—¿Mi hermana? —murmuró vagamente.

—Sí, despierta.

Con un profundo bostezo, se enderezó y se restregó el rostro. Ahora con los ojos bien abiertos y tratando de enfocarse, escuchó a Celia.

—Llamó tu hermana —repitió ella—. Dijo que hubo retrasos y cancelaciones en los vuelos, así que demorará un poco más en venir. Llegará en dos días.

—¿Dos días?

—Sí. En dos días estará aquí contigo para acompañarte.

—Está bien. —Oscar se preguntaba cómo se sentiría estar cerca de su hermana sin recordarla. ¿Sería lo mismo que estar con Celia? A ella todavía no la reconocía del pasado, solo la iba conociendo día a día en el presente.

—También siguen llamando tus amigos, quieren verte.

Él no respondió.

—¿Te gustaría verlos? Cada vez están más impacientes por reencontrarse contigo.

—No me siento listo aún —confesó—. Tan solo pensar en que vendrá mi hermana me está poniendo nervioso… Tal vez después de ver cómo me siento con ella… Que esperen un poco más.

—Por supuesto, se los diré —respondió Celia mientras acariciaba su cabello.

Oscar la miró y ella apartó la mano.

—¿Quieres un té?

—Sí, gracias.

28

Diana

Diana observaba a Miguel Santeliz casi sin parpadear. Miró su reloj por sexta vez y suspiró. Norah y Horacio no aparecían. ¿Dónde estaban? Nunca llegaban tarde, nunca faltaban a visitar a su hijo. ¿Les habría pasado algo?

—Toma. —La voz de Lucy la sobresaltó.

—¡Lucy! Casi me matas del susto.

—Es mi habilidad con las personas —bromeó ella y acomodó su corto flequillo mientras le tendía un vaso de café.

—Gracias —suspiró Diana.

—¿No han llegado? ¿Estás preocupada?

—Me parece extraño; ellos nunca faltan. Cada semana están aquí.

—Lo sé. Tal vez hoy no pudieron venir por alguna razón.

—Creo que me lo habrían hecho saber.

—O tal vez no… ¿Los llamaste?

—Estuve a punto de hacerlo un centenar de veces, pero no quiero molestarlos.

—Pues, entonces, necesitas calmarte. Debo ocuparme de algo, regreso luego a verte.

—Está bien —respondió casi sin escuchar a su compañera.

Finalmente, buscó el número de Norah y la llamó. El tono sonaba insistente en su oído, pero ella no respondía. Por fin, se activó el buzón de voz.

—Diablos —murmuró. A continuación, intentó con el número de Horacio.

Tono, tono, tono…

—¿Hola? —La voz del hombre fue tan repentina y brusca que la asustó.

—Horacio, qué bueno escucharlo. No quiero molestar, pero estaba algo preocupada porque no llegaron a ver a Miguel a tiempo como cada semana y…

—No pudimos ir hoy. Lo siento si se preocupó. —Él respiraba de

forma acelerada—. Es que… tuvimos que encargarnos de algunos asuntos.

—¿Está bien, Horacio?

—Todo está bien. —Sonaba distraído, cortante.

—Intenté llamar a Norah, pero no contestó. ¿Está con usted?

—Ella… —Hubo un par de inhalaciones violentas—. Sí, ella está aquí.

Diana notó la vacilación.

—¿Me la puede pasar?

Silencio. Respiración agitada.

—¿Horacio?

—No puede hablar ahora. Disculpe, debo colgar. Adiós.

Fin de la llamada.

Diana sintió un escalofrío incómodo. ¿Qué había sido eso? Horacio sonaba demasiado extraño y evasivo. ¿Y por qué respiraba como si hubiese terminado de correr una maratón?

Al salir de la habitación, no podía quitarse la sensación de extrañeza e incertidumbre.

29

Diana

—M ami, mira cómo peiné a mi muñeca. Mami. ¡MAMI!

—Oh, ¡está hermosa, hija! —le dijo Diana, saliendo de sus pensamientos.

—¿Todo bien? Estás demasiado pensativa. Te ves intranquila. —Stefan le acarició el dorso de la mano.

—Horacio y Norah... Ellos me tienen algo preocupada. —Diana le explicó lo que había pasado esa mañana y, como siempre, se sintió aliviada de compartir sus inquietudes con su esposo.

—¿Tú crees que pasó algo malo?

—No lo sé. Pero algo estaba mal; cuanto más lo pienso, más me convenzo de eso. No creo que Norah haya estado con él cuando lo llamé, y si lo estaba, no creo que haya sido una buena situación.

—¿Volviste a llamarla?

—No. Por alguna razón sentí que tal vez no era buena idea…

—Llámala. —Stefan la miró con esa firmeza que hacía que no fuera necesario aconsejarle las cosas dos veces.

Diana marcó el número y puso el celular en su oído. Cerró los ojos mientras esperaba que la voz de Norah rompiera con su ansiedad.

No contestaba.

Buzón de voz.

La doctora cortó, desanimada.

—Intenta otra vez —sugirió Stefan.

—No creo que…

El celular de Diana comenzó a sonar en su mano. Miró la pantalla.

—¡Es ella! —exclamó con alivio. Contestó—: Hola, Norah, disculpe la insistencia, es que…

—Hola. Solo quería decirle que hoy no pudimos ir a visitar a Miguel —la interrumpió la mujer—. Hubo unas… complicaciones. Si llamaba por eso, le pido disculpas, pero todo está bien.

Norah no sonaba agitada ni vacilante como Horacio. En cambio, parecía muy apurada, pronunciaba una palabra tras otra sin apenas respirar.

—¿Está segura de que todo está bien? Hablé con su esposo hoy y…

—Sé que habló con él también. Me sorprende que esté tan preocupada por nosotros. —Hizo una pausa de unos segundos y continuó—: Hoy discutimos mucho, pero luego le hice ver que no estoy tan errada, que merecemos paz después del pesar y de tanto tiempo de vivir en la incertidumbre. Decidimos dejar de estar quietos y lamentarnos.

A Diana le alegraba oír eso, pero sentía que había algo raro en el tono de Norah.

—Qué bueno —respondió—. Solo quería asegurarme de que todo estuviera bien.

—¿Sabe cuándo estará todo bien? —La voz de Horacio irrumpió con fuerza; él también estaba escuchando—. Cuando Miguel vuelva a estar bien.

Diana suspiró y negó con la cabeza, ya cansada del asunto.

—Les dije que yo…

—Usted debe darlo todo —lanzó él—. Nuestro hijo merece que lo dé todo, y espero que realmente lo esté haciendo.

La llamada se cortó.

No entendía por qué, pero Diana se sintió abrumada. Sus ojos se pusieron llorosos.

—Tranquila, solo están muy afectados por todo —la consoló Stefan cuando ella le contó lo que le dijeron.

—Lo sé, lo sé. Me sigo repitiendo que no lo dicen en serio, que no quieren actuar así, pero es que… —Las lágrimas se soltaron.

—No llores. —Él la rodeó con un brazo—. Tranquila. Ya recapacitarán.

—Es que…

—¿Qué?

Ella se secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—¿Y si no lo hacen?

30

Brandon

Brandon estaba mirando televisión cuando su celular comenzó a vibrar. Atendió sin mirar quién llamaba. Era Celia.

—Hola, mamá.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. ¿Cómo está David?

—Muy bien. Ha salido con su novia.

—No sabía que tenía novia, qué bueno.

—¿Y cómo va todo con…?

—¿Tu padre?

—Sí.

—Bien, supongo. Todavía no recuerda nada. Su recuperación física es cada vez mejor, sin embargo. Vendrá tu tía a visitarlo, así que espero que eso lo ayude.

Ambos se quedaron en silencio.

—Hijo…

—No empieces. No quiero que sigas insistiendo.

—¿No vendrás a verlo? ¿De verdad no quieres hacerlo?

—Sabes que no quiero hacerlo. No lo haré.

—Es tu padre.

—No lo es.

—¡Brandon!

—Adiós, mamá.

Cortó y apagó el celular. Aumentó el volumen de la televisión y siguió mirándola como si nada.

31

Oscar

Celia se quedó con la palabra en la boca. Miró la pantalla de su teléfono por unos segundos, pero al final lo apoyó en un estante y se sentó en la cama.

Oscar, que la observaba desde el marco la puerta, se alejó despacio, tratando de no hacer ruido con su bastón, y se fue a su habitación. Cerró la puerta y, como ella, se sentó en la cama, pensativo.

«¿No vendrás a verlo?». Las palabras de Celia resonaban en su mente. «¿De verdad no quieres hacerlo?».

La angustia que sintió por la certeza de que había sido tan malo con su hijo como para que él no quisiera tenerlo cerca se sumó a una fuerte necesidad de verlo. Algo en él necesitaba oír a Brandon, enfrentarse a lo que sea que tuviera que decir… Aunque no estaba seguro de querer hacerlo.

32

A veces lo dudo, y otras tengo toda la certeza: él me odia.

¿Por qué no quiere verme? ¿Por qué no le interesa estar cerca de mí?

Me pregunto si hubo algún momento en el que algo se quebró entre nosotros o si siempre ha sido así.

Me pregunto si me lloraría si muero. Si me extrañaría o me olvidaría rápidamente, si le daría igual... Basándome en su actitud e indiferencia, diría que para él no sería muy duro perderme.

Pero… ¿qué haría yo si fuese al revés?

¿Lo lloraría si muriese? ¿Lo extrañaría? ¿Me lamentaría por todo el tiempo perdido o me bastaría la certeza de que no había nada que yo pudiera hacer? Porque es cierto: no hay nada. No más de lo que ya he intentado. Ya lo decidí hace tiempo.

Decidí que ya no haría nada para llamar su atención. Que no esperaría que cambie, porque nunca lo hará. Nunca verá lo bueno en mí. Nunca me valorará.

Es extraño, lo conozco tanto y, a la vez, siento que no lo conozco. Es despreciable sentirse así. Nadie debería hacerlo. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?

Quisiera… quisiera que él se sienta tan miserable como yo. Que él se sienta ignorado, que él se sienta despreciado.

Y, por más aberrante que sea, debo confesarlo: a veces quisiera que deje de existir.

33

Oscar

Fiona llegó pasadas las seis de la tarde. Oscar estaba en la ducha y Celia estaba a punto de ponerse a preparar la cena. La recibió con un abrazo y la hizo pasar.

—Me alegra tanto que estés aquí. ¿Cansada por todos los contratiempos del viaje?

—La verdad es que sí. ¡Quería llegar y cada vez parecía más difícil! ¿Dónde está él? —preguntó mientras miraba alrededor con emoción.

—Se está duchando, enseguida terminará. Yo estaba por hacer la cena. Debes tener mucha hambre.

—En realidad, siento que tengo el estómago cerrado en estos momentos. ¡Estoy demasiado emocionada! Te juro que, cuando me llamaste y me lo dijiste, yo… simplemente no lo podía creer. —Su voz se quebró y le cayeron las lágrimas que tenía contenidas. Celia la abrazó.

—Lo sé, es maravilloso.

Fiona sacó un pañuelo y limpió su rostro; mientras, Celia le sirvió un vaso de agua y lo puso frente a ella en la mesa. Bebió un sorbo y ambas permanecieron mirándose en silencio, nerviosas.

—Hola…

Las dos voltearon. En el umbral de la cocina se encontraba Oscar, con el cabello húmedo despeinado, una camiseta gris y unos pantalones a cuadros. Se sostenía con la ayuda de su bastón. Fiona lo miró con los ojos muy abiertos y se llevó las manos a la boca, que no podía cerrar.

—¡Dios mío! ¡Oscar! —Se levantó y fue disparada a abrazarlo. Él le palmeó la espalda con incomodidad mientras ella lo envolvía con fuerza entre sus brazos—. ¡No puedo creerlo! ¡Estás aquí! ¡Estás vivo! ¡Te extrañé tanto, hermano!

Él no decía nada, solo intentaba mantener el abrazo sin alejarse de aquella mujer, de su hermana.

—Oh, ¡lo siento! —Por fin lo soltó y mantuvo su vista fija en él—. ¡Mírate, estás hermoso! ¡Oscar, soy Fiona! ¿Te acuerdas de mí? —Sus ojos lo contemplaban con expectativa y esperanza.

—Yo…

—Soy Fiona, tu hermana mayor. La que jugaba contigo todos los días, la que te cuidaba. La que… —Una vez más no pudo contener el llanto.

—Lo siento —atinó a decir él y miró a Celia en busca de ayuda.

—Tranquila, Fiona —dijo ella mientras se acercaba a ambos y rodeaba a la mujer con un brazo—. Te dije que no puede recordar nada, no te pongas mal. Lo importante es que estás aquí, que están juntos. Y eso

tal vez sea justo lo que necesita.

Fiona asintió entre sollozos.

—Lo siento. —Ahora fue ella quien se disculpó.

—No es nada. —Él la miraba y se esforzaba por encontrar algo de ella en su mente quebrada—. ¿Podemos hablar… a solas?

Celia lo miró. Fiona levantó su rostro y derramó un par de lágrimas más. Le dijo que sí con un murmullo tembloroso.

—¿Estás seguro? —le preguntó Celia.

—Sí, estaré bien.

—De acuerdo. Yo estaré aquí, preparando la cena. Si me necesitan, llámenme. Y, Fiona —esperó a que la mirara a los ojos—, recuerda lo que te dije.

—Sí —respondió ella, y ambos se dirigieron a la habitación de Brandon.

Celia se quedó sola y se dispuso a cortar una cebolla, pero antes se sirvió una copa de vino.

***

Abrió la puerta del cuarto y dejó pasar a Fiona, que miró el espacio y se sentó en la silla del pequeño escritorio de su sobrino. Él dejó el bastón y, con cuidado, se acomodó en el borde de la cama. Ambos se miraron, expectantes, aunque de distinta manera.

—Así que… eres mi hermana —musitó él.

—Sí… —Fiona tenía los ojos llorosos y le comenzó a temblar el labio inferior—. Oscar, no sabes lo que te hemos extrañado, lo que hemos rezado por ti…

—Gracias.

Silencio. Él la miraba de arriba abajo, estudiándola. Le preguntaba a su mente si había un atisbo de recuerdo de ella, de algún momento compartido, pero esta no le daba respuesta.

—Necesito que me cuentes algo —pidió él de repente—. Descríbeme algún día que hayamos pasado juntos, algún juego que jugáramos de niños… Cualquier recuerdo en el que estemos los dos. Tengo miedo. Tengo miedo de no recordar nunca, pero quiero hacerlo. Lo necesito.

Ella lo miró con intensidad y asintió. Comenzó a buscar en su propia mente qué contarle.

—Recuerdo el día que papá nos llevó a ver a los caballos… —dijo ella, casi susurrando. Cerró los ojos y sonrió.

—¿Caballos?

—Sí. Un día nos trajo un paquete de juguetes de plástico pequeños con formas de animales y los dos comenzamos a jugar. A ti te encantaba el caballo, jugabas con él y decías que era tuyo, no me lo compartías. Estabas obsesionado.

Oscar visualizó la figura del caballo de plástico, pero se dio cuenta de que no la estaba recordando, solo la estaba imaginando para intentar que aquella imagen le generara un verdadero recuerdo.

—Te encantaba tanto que papá un día nos llevó a una pequeña granja que había cerca de la ciudad. Había vacas, gallinas, cerdos… ¡hasta un pavo real! Y resulta que tenían caballos en un establo. Papá nos acercó a verlos y, para su sorpresa, tú les tenías miedo. —Fiona se rio.

—¿Les tenía miedo?

—Así es. Te dio terror ver aquellos caballos tan grandes. No sé por qué, si eran muy lindos y tranquilos. La cuestión es que te dio pavor y comenzaste a llorar. Papá no estaba seguro de por qué, así que trataba de acercarte más para que los acariciaras, pero tú te ponías a gritar más fuerte. —Otra carcajada—. Papá terminó indignado de que siguieras jugando con el caballo de juguete en el pasto y que no quisieras saber nada con los caballos reales.

Oscar se quedó pensando. Aunque no lo recordaba, le gustaba esa historia. Además, le gustaba que involucrara a su padre y algo que intentó hacer por él.

—No lo recuerdo, pero gracias por contármelo.

—De nada —dijo ella. Se quedó callada y luego volvió a mirarlo a los

ojos—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—¿Realmente no recuerdas ni una cosa de lo que pasó antes del accidente?

—Nada.

—Porque, si recuerdas algo, lo mínimo, o algo que no te animes a compartir, puedes contar conmigo. —Su mirada era profunda y directa.

—Gracias.

—No sé qué pasó aquella noche o las anteriores. No sé por qué terminaste así. Pero, Oscar, nos diste el peor susto del mundo. Nos angustió de una manera horrible que te haya pasado algo así… Saber que, de alguna forma, seguías en este mundo, pero ya no estabas con nosotros.

Él no supo qué decir.

—Por lo que entendí de parte de Celia, Brandon se fue a quedarse con un amigo. ¿En serio no quiere verte? No puedo creer que, después de todo, las cosas sigan igual entre ustedes.

—¿Igual? ¿Qué sabes de mi relación con Brandon? —Él sonó a la defensiva, pero genuinamente quería saber algo que lo ayudara a

entender la distancia de su hijo.

—Solo que no se toleraban, que eran como perro y gato. En un tiempo, hasta hubo cierta armonía porque ni siquiera se trataban, pero luego tú comenzaste a hacérsela difícil otra vez… Oscar, estabas mal con él y estabas mal con Celia. Y yo…

—¿Tú qué?

—Y yo te extrañaba. Habíamos dejado de hablarnos hacía años.

Eso era algo nuevo para él.

—Te alejaste. Dejaste de llamarme, dejaste de escribirme y dejaste de contestar cuando era yo quien te llamaba. Cuando los visitaba, no estabas. O bien te quedabas mirando televisión o en el cuarto, y no me registrabas. No registrabas a nadie a tu alrededor.

Él solo la miraba mientras ella se desahogaba.

—Te alejaste de todos, incluso cuando estabas cerca de ellos. Solo te dedicabas a beber, holgazanear, ir con tus malos amigos, pasar la tarde y la noche en bares… Nunca entendí por qué te hundías cada vez más, hasta que pasó lo que pasó y… —Se quebró y comenzó a sollozar—. Yo solo pedía recuperarte. Que vuelvas a nosotros y tener una segunda oportunidad contigo.

—Lo siento, es que no… Yo no recuerdo nada de eso. Suena horrible, pero no lo recuerdo.

—Oscar, seme sincero —dijo ella—. ¿No lo recuerdas o no quieres recordarlo? ¿Estás simulando que olvidaste todo porque no te atreves a enfrentar lo que eras?

Él le dirigió una mirada perpleja y soltó una carcajada molesta.

—¿Qué? ¿Crees que estoy fingiendo? —le preguntó alzando la voz, indignado.

—No he dicho eso —aclaró Fiona, sin inmutarse.

—Pero lo implicaste. —Oscar la miraba con recelo.

—Creo que tal vez es más fácil pretender que nada pasó —continuó ella, cuidando el tono que usaba—, convencerse de que todo aquello se borró de repente y que ahora solo queda seguir adelante. Creo que tal vez tú…

—¡Basta! —la interrumpió él casi gritando—. No estoy mintiendo, ni simulando, ni nada de eso. Realmente no tengo recuerdos de todo eso. Y lo avalan los análisis y los doctores, si no me crees a mí.

Se quedaron callados, mirándose.

—Es solo que —su voz adquirió un tono más delicado— cuando alguien se aleja tanto de todos, cuando hiere tanto a las personas y no hay marcha atrás, ¿cómo haces para recuperarlos? ¿Cómo intentar restaurar algo que rompiste? Tal vez no se pueda, tal vez no te acepten. Y tú te alejaste, nos lastimaste… Y creo que, al hacerlo, en el fondo, querías lastimarte a ti…

Él la miró mientras analizaba sus palabras, procurando no tomarlas a mal.

—¿Cuál era tu trabajo? ¿Eras psicóloga? —Sonaba más tranquilo.

Ella sonrió.

—No, soy traductora. Trabajo en muchos eventos y para todo tipo de compañías, empresarios y artistas alrededor del mundo.

—Suena genial.

—Lo es.

Ambos se habían serenado. Sonaron dos golpecitos en la puerta y se escuchó la voz de Celia del otro lado.

—La cena está lista.

—¿Vamos? —Fiona le sonrió una vez más.

—Vamos —contestó Oscar y, sin aceptar su ayuda, se levantó y agarró su bastón.

34

Oscar

Mientras cenaban, Fiona y Celia charlaron sobre trabajo y sobre la vida, y trataron de incluir a Oscar al compartir anécdotas sobre un pasado que para él no existía. Él en verdad se esforzaba e intentaba ubicarse en esas historias que su hermana contaba o en los momentos que Celia describía, pero no lo lograba. La frustración se volvía cada vez más amarga dentro de él y le costaba seguir ocultándola. Un rato después de comer, Fiona les dijo que debía irse.

—Me encantaría quedarme, pero soy parte de un evento del que me es imposible desligarme ahora. —Describió una importante presentación de una saga de libros de una autora famosa internacionalmente cuyo nombre Oscar no retuvo. La presentación sería en Italia, y Fiona sería la traductora de la autora para el público del lugar—. En cuanto termine y pueda encontrar una forma de reorganizar mi agenda, volveré para quedarme más días en la ciudad y pasar más tiempo con ustedes. Oscar, estoy tan feliz de verte bien…

Él intentó sonreír, pero no lo consiguió. Fiona tomó su mano, lo miró a la cara y le dedicó una cálida sonrisa. En ese momento, él experimentó algo sorprendente. Vio en su mente una imagen de ella con el pelo recogido como en ese preciso instante, extendiéndole la mano de esa misma forma y sonriéndole, y escuchó su voz en su cabeza: «Soy Fiona Frech. Encantada de conocerlo». La misma mirada, la misma sonrisa. Vio alrededor de ella un enorme escenario y sillas repletas de gente.

Se quedó paralizado.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al ver su confusa expresión—. ¿Te sientes bien?

Celia lo observó, también preocupada. Le ofreció sentarse, pero él negó con la cabeza sin poder hablar. Aún con la mirada clavada en Fiona, aún visualizando aquellas imágenes, aquellos… ¿recuerdos?

—Creo… creo que recuerdo algo —musitó por fin.

—¿Qué? ¿En serio? —Celia se sorprendió.

—Eso creo… —murmuró Oscar—. Te recuerdo… —Señaló a Fiona y abrió más los ojos—. Estábamos en alguna clase de evento o algo así… Había muchas sillas, mucha gente, y tú… Tú te presentabas. Me saludabas y me decías tu nombre…

—¿Qué? —Ella lo miró incrédula—. ¿Tú y yo en un evento? ¿Y yo presentándome contigo? No es posible: tú nunca fuiste a ninguno de mis eventos. ¿Y por qué me presentaría si soy tu hermana? —Su mirada reflejaba perplejidad.

—Yo… no sé, pero lo recuerdo. Lo veo.

—Debes estar confundido —dijo Celia con suavidad—, debe ser un error de tu mente… Tal vez por tus ganas de poder recordar, tal vez…

—Es muy claro, pero confuso —siguió él, parpadeando sin cesar mientras intentaba conservar aquellas imágenes para verlas mejor. O tal vez, incluso, ampliarlas y así poder descubrir algo más.

Fiona intercambió una mirada con su cuñada. Ambas esperaron unos segundos antes de hablarle otra vez.

—Estás cansado —susurró Celia—. De seguro es una confusión de tu mente, un intento de crear un recuerdo mezclado con que estás procesando ver a tu hermana después de todo lo que sucedió…

—Sí. —La voz de Fiona fue casi inaudible, pero su mirada clavada en él brillaba con intensidad. Oscar la miró, buscando alguna clase de explicación, pero no la halló.

Fiona se disculpó y volvió a despedirse. Celia la acompañó a la puerta mientras Oscar se quedaba inmóvil en medio de la sala, sorprendido y confundido por lo que había visto.

Cuando su esposa volvió, lo acompañó a la habitación, lo ayudó a acostarse y le deseó buenas noches, sin más. Él se quedó pensando en todo lo que había vivido esa noche y, sobre todo, en aquellas imágenes de Fiona presentándose y saludándolo de manera formal. ¿En verdad habría sido una alucinación, una confusión mental? Algo le hacía sentir que no, pero ¿qué sentido tendría si fuera real? ¿Y por qué le dirían lo contrario?

Las horas pasaron y no lograba dormirse. Por perturbador que fuera, no pudo evitar preguntarse si Celia y Fiona serían capaces de mentirle sobre todo aquello. Y, en ese caso, ¿por qué lo harían?

Y la pregunta más grande: ¿Cuál sería la verdad que podrían ocultar?

35

Oscar

Dos días después, Oscar estaba terminando su té cuando Celia volvió del supermercado con dos grandes bolsas de papel llenas de cosas.

Él había estado pensando mucho en la noche en que Fiona los visitó y en lo que vio en su mente. Pensó en la reacción de ella y de su esposa, en lo sorprendidas que se veían, y también en su propia incertidumbre. Si bien había llegado a considerar que lo que visualizó era real y que ambas mentían al decir que no, prefirió concluir que no tenía sentido. Celia se había dedicado a cuidarlo desde que despertó, y lo seguía haciendo; daba todo de ella, incluso cuando parecía cansada. Fiona había demostrado lo emocionada que estaba por reencontrarse con él. A pesar de que todavía le costaba hacerse a la idea de ser familiar de aquella mujer, algo en la mirada de su hermana le había transmitido una verdadera emoción. Y era algo que no se podía fingir, o al menos eso creía.

Reflexionó sobre el día anterior, en el que Celia lo ayudó a relajarse y le escribió más palabras en el cuaderno para que él siguiera practicando. Luego, le había permitido ayudarla a hacer emparedados y se rieron juntos. Pasar ese tiempo divertido con ella y ver la dedicación que ponía lo hizo convencerse de que sí estaba confundido y su mente le podía jugar malas pasadas. De seguro el hecho de ver a Fiona por primera vez se mezcló con la información que le dio sobre su trabajo y generó la idea de una situación que jamás pasó. Eso se dijo a sí mismo, e hizo que se sintiera mejor.

—Ha salido el artículo —dijo Celia, lo que lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Qué?

—Que ha salido el artículo del reportero sobre Diana. Sobre ti. Al final tuvo la decencia de no venir a molestarnos, pero igual nos mencionó. Es decir, no menciona nuestros nombres, pero claramente todos nuestros vecinos saben que se refieren a nosotros y, en especial, a ti. Todo el que me vio esta mañana en el mercado y de camino aquí me felicitó por eso.

—¿Me lo lees?

—¿Estás seguro?

—Sí.

Celia tomó el periódico, que había traído en una de las bolsas, y comenzó a leer en voz alta. El artículo describía la labor de la doctora Anderson y hablaba acerca de que uno de sus pacientes había despertado del coma luego de más de una década. Si bien se sintió reconfortado ante la ausencia de su nombre, le resultaba extraño escuchar hablar de lo que estaba viviendo como si fuese una experiencia de alguien más, alguien anónimo.

A continuación, seguían unas palabras que Zac Morris había obtenido de Diana, en las que su pasión se hacía notar. Para su sorpresa, no había mucho más, solo varias frases y metáforas sobre nacer de nuevo y revivir que Celia dijo que le parecieron un tanto ridículas. Para cerrar, se aclaraba en negrita que la doctora Anderson no daría más entrevistas ni seguiría discutiendo sobre ningún paciente con nadie.

—¿Es todo?

—Sí, es todo. —Ella le sonrió y él no pudo evitar hacer lo mismo.

Ambos se mantuvieron la mirada por un tiempo que él no fue capaz de medir. Sentía que su atracción hacia ella crecía cada vez más.

—¿Puedo hacerte una pregunta… sobre nosotros? —dijo, sorprendiéndose a sí mismo.

—Sí…

—¿Dónde fue nuestra luna de miel?

Celia lo miró en silencio, descolocada. Le costó encontrar su voz para responder, aunque al fin logró decir:

—En Canadá. Fue en Toronto. Yo siempre había querido conocer allí, así que decidimos ir. Y fue hermoso. —No pudo evitar sonreír—. Pasamos muchas tardes y noches en restaurantes, hicimos muchas caminatas y expediciones, conocimos lugares maravillosos. Hubo muchas risas, mucho amor y mucho sexo —agregó riendo. Luego, enmudeció de repente, estupefacta y avergonzada.

Él también se quedó en silencio. Celia negó con la cabeza y soltó una carcajada que, aunque intentó evitarlo, se convirtió en llanto que soltaba una aflicción que había intentado mantener cautiva, pero que ya no podía soportar. Oscar se acercó y la abrazó para consolarla, pidiéndole que se tranquilizara.

—Lo siento —sollozaba—. Te he extrañado tanto, Oscar. ¡Te extrañé muchísimo! Y te sigo extrañando. Eso es lo peor: te sigo extrañando, porque estás aquí conmigo, pero, a la vez, es como si no estuvieses. No

puedes recordar quién eres, quién eras, quién soy, ni quién fui para ti… ¡y esto me resulta muy difícil! —Siguió desahogando su pesar con lágrimas infinitas mientras se aferraba a él.

Oscar se sentía desesperado. No le gustaba verla así, quería que dejara de llorar. La apartó con delicadeza y sostuvo su rostro, secando sus lágrimas. Ella fue serenándose soltando largos suspiros, sin dejar de mirarlo a los ojos, en tanto que él miraba los de ella. Se contemplaron con profundidad: él acariciaba su rostro, ella suspiraba.

Y se besaron.

Se besaron con suavidad, con delicadeza. Él, con incertidumbre y con temor, pero con el deseo de sentir sus labios en los suyos; ella, con alivio, con un despertar de sus sentidos, con necesidad, con hambre…

Celia lo besó con más intensidad, con mayor pasión y urgencia. Oscar se dejó llevar, liberando algo que no sabía que estaba dentro de él; algo instintivo, ferviente. De pronto, sus manos comenzaron a recorrerse uno al otro, a sentirse. Se permitieron desvestir sus cuerpos y sus almas.

***

Abrió los ojos y sintió una relajación especial. Percibió también un peso sobre él. Casi dio un respingo, pero enseguida supo que era ella.

Celia.

Con lentitud, levantó su cabeza y vio la de ella apoyada sobre su pecho, al igual que su cuerpo. Se habían dormido en el sofá. Sobre la

espalda de Celia había una manta a cuadros, la que descansaba sobre el respaldo cuando empezaron a…

Cerró los ojos. Suspiró. No podía creerlo.

¿Cómo fue que sucedió? ¿Cómo llegaron a eso? ¿Cómo se lo permitió? ¿Qué pasaría ahora?

Celia se movió levemente y bostezó. Se incorporó con cuidado y, casi sin mirarlo, le dio los buenos días. Él hizo lo mismo. Ella se cubría el cuerpo con los brazos mientras buscaba su sostén, la blusa y el resto de la ropa que la noche anterior no había terminado de levantar. Oscar vio su camiseta en el suelo y se la puso. Sus calzoncillos estaban debajo de él.

—Qué noche… —dijo ella mientras terminaba de colocarse el pantalón de jean.

—Qué noche… —repitió él sin saber qué más decir. La miró y esa vez mantuvo su mirada hasta que ella hizo lo mismo.

—¿Estás bien? —preguntó Celia.

—Sí… ¿Tú?

—Bien.

—De acuerdo.

—Escucha, lo siento —soltó ella.

—¿Por qué?

—Es que no era mi intención. Tú… tu estado… yo…

—¿Mi estado? No tuve problemas para hacerlo en «mi estado», ¿cierto? El que debe disculparse soy yo, que me dejé llevar y…

—Basta. Oscar, es vergonzoso admitirlo, pero yo necesitaba eso. Mi cuerpo lo necesitaba y simplemente no pensé. No quiero incomodarte ni nada, solo que…

—¿Te arrepientes?

Ella se quedó callada.

—¿Te arrepientes? —repitió Oscar.

—No…

—Pues, yo tampoco.

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—Mira, aquí está uno de tus calcetines.

Celia dio unos pasos y lo tomó. Vio que el otro seguía en el suelo y se inclinó para recogerlo. Cuando se incorporó, miró hacia la puerta de entrada y vio algo. Al acercarse, notó que era un sobre. Lo tomó y lo abrió. Miró a Oscar, petrificada.

—¿Qué sucede? —preguntó él—. ¿Qué es eso?

—Es… —Titubeó, pero luego adoptó una expresión despreocupada—. Es un volante de un restaurante. —Lo hizo un bollo junto con el sobre —. Bueno, voy a lavarme la cara y los dientes.

Se alejó y se encerró en el baño. Deshizo el bollo que tenía en la mano y volvió a mirar aquel papel, su corazón palpitaba con temor.

No era un volante, era una amenaza.

36

Hay momentos en que todo parece estar bien, todo se siente en armonía.

Los días nos engañan mostrándonos que nada malo ocurre; que, por muy incómodas o infelices que sean algunas situaciones, de algún modo, logramos subsistir y seguir adelante.

Pero, de pronto, algo cambia. Algo se quiebra y una nueva sombra oscurece el cielo. Un nuevo fango humedece el suelo donde estamos parados y nos damos cuenta de que, a pesar de que nos percibamos asentados, podemos volver a hundirnos y caer en las fauces del abismo.

37

Celia

«No mereces vivir».

Eso decía el papel que encontró en el sobre que alguien deslizó por debajo de la puerta. «No mereces vivir». Eso era una amenaza ¿Quién lo habría escrito y dejado en su casa? ¿Y por qué?

Un escalofrío le recorrió toda la espalda hasta la nuca. Notó que sus manos temblaban un poco. Abrió el grifo y se mojó la cara, que, de pronto, parecía arder.

Durante el resto del día se hizo esas mismas preguntas y, mientras seguía actuando normal, trataba de convencerse de que tal vez era solo una broma, una travesura, un malentendido. Aunque… ¿de qué otra forma podría interpretar aquella frase? Era verdad que no era una amenaza directa; no decía «te voy a matar» o «vas a morir». Sin embargo, «no mereces vivir» no estaba muy alejado de eso. ¿Qué más podrían significar esas palabras?

Otra cosa que la incomodaba era no habérselo dicho a Oscar, pero de eso estaba segura: no quería asustarlo ni preocuparlo. No quería involucrarlo en aquello sin saber bien de qué se trataba.

Seguía dándole vueltas en su cabeza. ¿Por qué ese mensaje? ¿Por qué razón alguien…?

Entonces, creyó encontrar una posible respuesta. El diario.

El artículo que Zac Morris había escrito para el periódico de la ciudad y en el cual hablaba acerca de los índices de supervivencia de los pacientes en coma, entrevistaba a la doctora Anderson y se refería a un paciente que había logrado despertar luego de años…

Sí, tenía que ser eso.

Seguramente alguien lo leyó y, por alguna razón, consideraba que Oscar no merecía estar despierto, estar vivo. Pero ¿por qué? ¿Cómo había conseguido su dirección aquella persona? También cabía la posibilidad de que fuera alguien que ya los conocía, que sabía dónde vivían.

Una vez más, se sintió trémula. ¿Acaso estaban en peligro? ¿Debería reportar que recibió esa carta? Pero Oscar se enteraría. Podría ocultárselo, aunque no estaba segura. ¿Y si solo era una carta? ¿Si solo era un descargo de esa persona y eso era todo…?

Decidió que, por el momento, no haría nada. Trataría de olvidarlo y no darle importancia. Pero, si volvía a suceder algo similar o relacionado a aquello, no tendría más remedio que accionar.

38

Oscar

Mientras iban camino al hospital para los controles médicos, había una tensión distinta entre ellos, como si las cenizas de aquella flama que ardió de repente flotaran a su alrededor. Celia notaba las miradas de reojo de Oscar, y él sentía la respiración artificialmente calma de ella. Cuando llegaron a un área más tranquila, el auto se detuvo en la sombra.

Al principio, balbucearon algunas frases que habían dicho al despertar y encontrarse en esa situación, pero luego Celia se puso más sensible. Le repitió que se había sentido muy sola todos esos años y le confesó que no había podido mantener ninguna relación con otro hombre porque su culpa y su enojo la hacían cerrarse en todo.

Oscar sabía que ese enojo se debía a las actitudes que él había tenido y trató de entenderla, por eso le volvió a pedir perdón a pesar de no recordarlas. La mirada que le devolvió Celia fue tibia, como si hubiera algo más detrás. Algo que no quería decir. Él prefirió dejarlo pasar, ya que todavía le costaba reconocer qué significaba cada una de sus expresiones y no quería que ella lo notara paranoico.

Coincidieron en que sería mejor seguir tratándose como lo venían haciendo y no imponerse ninguna presión ni dar paso a la incomodidad entre ellos. Si algo volvía a pasar, dejarían que fluyera. Sin embargo, no se centrarían en eso; era más importante que Oscar consiguiera estabilidad y se enfocara en recuperarse a sí mismo primero.

***

Al volver del hospital, ambos se sentían contentos y aliviados. Todo estaba bien, él seguía mejorando. El control motriz de Oscar evolucionaba a pasos agigantados, ya estaba a punto de dejar la asistencia del bastón por completo.

Mientras que en el área cerebral las condiciones de su memoria se mantenían iguales, era reconfortante saber que seguía sin haber señales de una causa física para su amnesia. Le recomendaron otra vez que viera a la terapeuta, pero él volvió a negarse; por mucho que deseara ser capaz de recordar algo, no quería que alguien más hurgara en su subconsciente. Tampoco quería sentirse obligado a concentrarse o a rebuscar algo que no sabía si seguía ahí dentro. Con los ejercicios y técnicas de ayuda que le habían otorgado le bastaba para ocuparse él mismo y a su ritmo de su recuperación cognitiva.

—No es que quiera presionarte, pero ¿estás seguro de que no quieres ver a ningún psiquiatra? —Celia se lo preguntó sin mirarlo mientras conducía de regreso a casa.

—Estoy seguro.

—Es decir, tal vez sea eso lo que necesitas. Quizás…

—Tengo miedo —la interrumpió él. Ella lo vio de reojo y notó que él tenía la mirada fija hacia adelante.

—¿Miedo?

—Sí. No quiero exponerme a eso porque me asusta lo que pueda

pasar, lo que pueda recordar o cómo eso pueda suceder. ¿Qué tal si me acuerdo de muchas cosas de golpe y me altero, estallo de la conmoción? Sería demasiado. Sé que tendría ayuda, pero no quiero arriesgarme a pasar por eso. Prefiero que, si sucede, sea a mi ritmo y a mi manera, de forma natural.

—Te entiendo —respondió Celia después de un corto silencio.

Cuando bajaron del auto, Oscar vio a su vecino de al lado —«Isaac», se recordó— barriendo su porche. El hombre le clavó la mirada al instante y no dejó de observarlo durante los segundos que tardó Celia en llegar a su lado. Ella enseguida lo notó y, evadiendo la mirada de Isaac, apresuró el paso, prácticamente empujando a Oscar hasta la puerta para poder entrar.

—¿Qué sucede? —preguntó él ante la reacción de su esposa.

—Es mejor mantenerse alejado de él —sentenció ella—. Confía en mí, no te conviene involucrarte con ese hombre

Oscar no dijo nada. Entró y la dejó cerrar la puerta, impactado por la clara aversión de Celia hacia su vecino.

39

Celia

Trece años antes

Mientras Celia preparaba la cena, le había pedido a Oscar que pusiera la mesa. Para su sorpresa, él había accedido sin chistar, lo que no era normal. Pensó que tal vez tendrían una cena pacífica y a gusto para variar, pero comenzó a sospechar que había algo más cuando notó la actitud esquiva de su esposo. Ella le hablaba de los ingredientes que iba utilizando y él respondía «sí, suena bien» sin mirarla; cuando le remarcaba que estaba preparando las papas fritas como a él tanto le gustaban, asentía o murmuraba algo incomprensible. Caminaba de un lado a otro y miraba alrededor, pero, sobre todo, miraba el reloj que colgaba en la pared de la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó finalmente—. Ya siéntate, la cena está casi lista.

—No cenaré aquí hoy —respondió Oscar.

—¿Cómo que no cenarás aquí? ¿Adónde piensas ir?

—Cenaré con Isaac, me invitó a comer pizza.

—¿Nuestro vecino Isaac? ¿Ese tipo? ¿Desde cuándo eres amigo de él?

—Desde que comenzamos a hablar y una tarde me invitó a su casa. Es un buen sujeto, charlamos y vemos partidos juntos.

—Y beben cerveza… —acotó ella al ver que Oscar sacaba unas latas de la nevera—. ¿Y no se te ocurrió decírmelo mientras me veías preparar todo esto? —Hizo un gesto señalando el pollo al horno que había preparado, las papas fritas y los utensilios de cocina desparramados por la mesa.

—Brandon llegará en cualquier momento, pueden cenar los dos. A él también le encantan las papas fritas. Lo que sobre, lo comeré luego.

—Ni siquiera sabes si Brandon vendrá hoy. Está con sus amigos y tal vez se quede a dormir en casa de David.

—Pues…

—Pues nada. Simplemente te vas a ir a la casa de al lado y dejarme aquí sola. No me gusta ese tipo, nunca me agradó. Es extraño.

—¿Nunca te agradó o ahora no te agrada solo por el hecho de que somos amigos?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que odias a todos con quienes paso el tiempo. No te gusta que esté con otras personas, quieres que esté siempre contigo.

—¡Porque ya nunca estás conmigo! Te vas con tus amigos, mejor dicho, con tus compañeros de bebida, y me dejas sola y aburrida. Yo me ocupo de la casa y tú no haces nada.

—Otra vez con lo mismo…

—¡Sí, otra vez con lo mismo! ¡A ver cuándo lo entiendes!

—No pienso oír este discurso otra vez. Me voy.

—Sí, mejor vete. Vete con Isaac, ¡idiota!

Oscar la ignoró y se marchó, cerrando la puerta con aire despreocupado, como si no le importara nada.

—¡Idiota! —volvió a gritar Celia. Entonces, agarró la cuchilla y la clavó con fuerza en medio del pollo, una y otra vez.

40

Diana

Diana había acompañado a su compañera y amiga Lucy al centro comercial. Lucy tenía la fiesta de cumpleaños de uno de sus primos y sabía que asistiría Neil, un muchacho que a ella en verdad le gustaba, amigo de su prima, así que quería aprovechar la oportunidad para verse bonita y llamar su atención. Le pidió ayuda a Diana para escoger un vestido para la ocasión y ella aceptó encantada. Mientras bebían un café luego de recorrer tiendas, Lucy expresó lo contenta que estaba con la elección: un vestido color verde esmeralda, suelto y delicado, que le llegaba hasta las rodillas. Era muy fresco y perfecto para la estación del año.

—¡Me encanta! Gracias por ayudarme a encontrarlo.

—No puedo creer cómo hasta un vestido suelto hace resaltar tu figura, ¡qué envidia!

—Lo dices como si no tuvieras un cuerpo estupendo.

—¡Cállate! Siento que mi cintura se vuelve cada vez más grande.

—¡Tú cállate y deja de decir tonterías, estás perfecta!

Siguieron las carcajadas y, tras un largo suspiro, Diana se quedó mirando hacia un punto indefinido.

—Cielos, ¿qué anda ocurriendo en esa cabecita?

—Estoy preocupada.

—Déjame adivinar: los padres de Miguel Santeliz, ¿cierto? Hemos hablado mil veces de aprender a desconectar del trabajo, amiga. Claro que nunca pudiste hacerlo realmente, pero…

—Es que en serio me siento mal por ellos. Primero era solo Norah, pero ahora también Horacio se está volviendo insistente e intimidante. Él se mantenía más tranquilo y, de repente, parece que está tan obsesionado como Norah. Creo que ella le está llenando la cabeza.

—Pues no les prestes atención. Muéstrate más distante. Si quieres, puedo encargarme de ellos por un tiempo.

—No creo que esa sea la solución.

—Bueno, fíjate cómo sigue todo. Y sabes que, si no cambia o empeora, deberemos hacer algo al respecto.

—Sí —susurró Diana. Sabía que Lucy tenía razón, aunque no le agradaba la idea de actuar en contra de ellos. Seguía intentando verlos como padres desesperados y sobrepasados por la situación, pero temía que la cosa se pusiera peor.

—Bien, pasemos a algo en realidad importante —exclamó Lucy para cambiar de tema—. ¿Cuál de estos collares debería usar con el vestido? —preguntó a Diana mientras le mostraba fotos de su teléfono

para que le diera su opinión.

***

Una hora más tarde, Diana aparcó el auto en su casa. Como siempre, tenía las ventanillas bajas. En cuanto apagó el motor, y antes de que pudiera abrir la puerta, el rostro de Norah apareció fuera de la ventana. Diana se sobresaltó y dio un grito ahogado. ¿De dónde había salido? Antes de que alcanzara a reaccionar, vio que Horacio estaba con ella.

—Doctora, por favor, necesitamos hablar con usted —dijo Norah, sin apartarse para dejarla bajar.

—¿Hablar de qué? —La tensión de Diana iba en aumento.

—Doctora, por favor, tenga piedad. Tiene que hacer algo por nuestro hijo, ¡tiene que ayudarlo a despertar! —Horacio ahora comenzaba a sonar como su esposa.

—Ya hemos hablado de esto más de una vez. No es algo que yo pueda hacer, no tengo poder sobre eso.

—¡Por favor! El tiempo sigue transcurriendo, y es tiempo que pasamos sin nuestro hijo, momentos que vivimos sin él. ¡Ya no sabemos qué más hacer! —Norah estaba suplicante.

Diana apartó las manos del volante y giró más su cuerpo. La mujer la observó moverse, pero no se despegaba de la ventana, su cabeza estaba casi dentro del auto.

—Norah, Horacio, tienen que irse, por favor.

Ellos se quedaron inmóviles, mirándola con los ojos bien abiertos.

—Está bien. Si se tranquilizan y me dejan bajar, hablaremos —dijo con tono convincente.

Ellos se miraron y se apartaron del vehículo. Diana abrió la puerta. Despacio, salió del auto y la cerró. Se paró frente a ellos y notó que estaba temblando.

—Escuchen, no han perdido a su hijo; él sigue ahí, resistiendo, como siempre lo ha hecho. No deben perder la esperanza. No es solo una frase. En serio, no pierdan la esperanza, porque en cualquier momento puede cambiar todo. —Los miró y suspiró—. Imagino que la situación no es fácil para ninguno de los dos, pero no se dejen caer.

—Por favor, ayude a Miguel. Tiene que ayudarlo a despertar —insistió Norah—. Leí el periódico, el artículo sobre usted y sobre su paciente que despertó del coma, ¡está vivo! Queremos que nuestro hijo también vuelva a vivir, a hablar, a caminar. Queremos que nos abrace. ¡Lo necesitamos! —Rompió en llanto y Diana tuvo que rodearla con los brazos para que no se desplomara en el suelo.

—No llore, deben seguir siendo fuertes.

—¡Ya hemos sido más que fuertes! —gritó Horacio con una expresión más furiosa que de angustia—. Estamos hartos de esperar, de soñar, de imaginar. ¡Nos sentimos como idiotas!

—Horacio, usted no era así. —Diana se apartó de Norah y se acercó más a él, mirándolo fijamente en un intento de llegar a su alma—. Usted daba fuerzas a Norah, la tranquilizaba. Parecía entender todo este proceso, por más difícil que sea.

—Y ahora entiende de otra manera —la interrumpió Norah.

—Es cierto —asintió él, con los puños apretados—. Ahora veo que no podemos seguir pasivos y débiles. Algo tiene que cambiar.

—Pues yo ya he sido clara —dijo ella mientras miraba a su alrededor. Había un vecino afuera de la casa de enfrente, aunque era probable que, si los había visto, para él solo estuvieran conversando.

—¿Entonces no va a hacer nada para ayudar a Miguel?

—¿Más de lo que ya hago? No puedo. No les voy a prometer algo en vano. Ahora, deben irse, por favor. Se los estoy pidiendo con amabilidad.

Norah y Horacio se miraron. Ella asintió, se acercó a Diana y le susurró:

—Se va a arrepentir de esto.

41

Brandon

Aunque había intentado resistirse, David lo invitó a cenar con su familia. Quería que se distrajera y pasara un momento distinto. Durante la comida, Brandon no dejó de sentirse extraño e incómodo, pero también fascinado. Observaba a aquellas personas como si estuviesen en la pantalla de un televisor: sus expresiones, sus interacciones, la forma en que bromeaban entre ellos y se reían a carcajadas.

Brandon nunca había tenido algo así con su familia; al menos, no totalmente. Con su madre había llegado a forjar una relación que, aunque tenía sus altibajos, por lo menos se sostenía y entre ellos podía haber diálogos y charlas, a pesar de que no fueran las más profundas. Con su padre, en cambio, nunca hubo chance. Los pocos intercambios pacíficos entre ellos se reducían a pequeños momentos, que pronto quedaban esfumados por la ignorancia, el desprecio y la incomprensión. Eran agua y aceite. ¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué tanta distancia, tanto choque? Aunque no lo reconocía, esa incapacidad de su padre por tener un vínculo real con él lo había hecho sentirse miserable y enojado muchas veces.

Al notar la mirada de su amigo sobre él, supo que tenía que esforzarse por estar presente en aquel momento, debía dejar de observar e intentar participar de la charla.

El padre de David le preguntó cómo iba el trabajo y él pudo contarle un poco sobre su experiencia; a partir de ahí, surgieron otros temas triviales de los que pudo dar su opinión. No había una nube oscura flotando sobre aquella familia, pero él la sentía sobre sí mismo, aunque todos simularan que no estaba allí: no se tocó el tema de la

familia de Brandon, y mucho menos el regreso de su padre, que era la razón por la que él se estaba quedando con David. Supo que su amigo les había advertido que era mejor no hablar sobre ello.

El padre de su amigo era un hombre risueño y carismático. Le gustaba compartir anécdotas divertidas y burlarse de sus hijos, pero siempre de forma cariñosa. Según Brandon observó, se llevaba muy bien con el novio de Susy, su otra hija. Por supuesto que se llevaban bien. En esa familia no había espacio para conflictos.

Se despidieron, y David pidió un auto para que los llevara a su casa. Se quedaron esperando en la acera, pero cuando el vehículo llegó, Brandon no subió.

—Ve tú; yo iré a otro lado y regreso más tarde.

—¿Qué? ¿Adónde vas?

—Descuida, nos vemos luego.

—Oye, ¡Brandon! —David gritó desde el interior del auto, pero al ver que se alejaba caminando, le indicó al conductor que arrancara. Sabía que no era conveniente hacer nada cuando actuaba de esa forma.

42

Oscar

Era una tarde cálida de domingo. En la radio sonaba una estación de música retro que a Celia le encantaba escuchar mientras limpiaba y ordenaba. Oscar estaba lavando los platos, ya que era una de las cosas que podía hacer sin moverse tanto, aunque, mientras presionaba la esponja espumosa dentro de los vasos, ya estaba pensando en intentar caminar sin el bastón, que en aquel momento reposaba apoyado en la mesa detrás de él.

Su experiencia con la música había sido algo extraña. Al oír distintas canciones, había llegado a sentir que conocía algunas de ellas; sabía que las había escuchado, pero ninguna generaba nada dentro de él. Aunque recordaba algunas letras, y eso lo motivaba, no pasaba mucho más. Con alguna que otra había vislumbrado una carretera, como si viajara en auto o autobús, y fue lo más cercano a un recuerdo.

Aquella tarde, sin embargo, ocurrió algo distinto.

Una canción finalizó y, cuando comenzó la siguiente, Oscar se quedó paralizado.

Los acordes, el ritmo del rasgueado de la guitarra, el tempo, la batería, las notas del piano… Escuchó con más atención y trató de seguir la letra. Cuando llegó el coro, de repente recordó el título: Have You Ever Seen the Rain? Conocía esa canción, claro que sí. Pero, además, lo transportó instantáneamente a un momento de su vida que pudo ver con claridad: él, sentado en una silla; sus propias manos tocando una guitarra acústica mientras su pequeño bebé chillaba y lloraba en

una cuna frente a él. Él seguía tocando la canción y cantando para que se calmara. Oyó su propia voz entonándola, pronunciando las palabras de la letra, mirando a su hijo, que se debatía entre seguir llorando o ceder a la atención y la calma que le provoca el sonido. Por fin, el pequeño dejó de llorar y hasta parecía disfrutar de la canción. Pudo sentir el orgullo y la felicidad dentro de sí. «¡Cielo, ven!» llamó a su amada para que presenciase la escena. «¡Amor, se calmó con la canción!». Escuchó los pasos de ella acercándose y…

—¿Estás bien? —Celia lo sacó del recuerdo. Lo miraba con atención, preocupada de verlo tan estático y con la mirada fija en la pared.

Él se volteó y volvió al presente, a pesar de que deseaba seguir viendo la escena. Habría dado cualquier cosa por seguir ahí, por ver cuánto más recordaba.

—¿Estás bien? —repitió Celia.

—Yo… recordé algo —susurró él, casi de forma inaudible.

—¿Qué?

—Recordé algo. ¡Recordé algo con esa canción! —exclamó, apuntando al celular que estaba transmitiendo la señal de la radio en los altavoces inalámbricos. La canción ya estaba a punto de terminar.

—¿En serio? —Ella lo miró, sorprendida por su alegría.

—¡Sí! Recordé… —La emoción hacía que le sea difícil articular las palabras—. Recordé que estaba tocando esa canción, Have You Ever Seen the Rain? La tocaba con la guitarra en el cuarto de Brandon

cuando él era bebé. Él estaba llorando y yo tocaba y cantaba la canción para él, para calmarlo. —Sus ojos estaban humedecidos y en sus labios se dibujaba una sonrisa emotiva—. Él seguía llorando, pero luego se iba tranquilizando hasta que al fin dejaba de llorar. Y yo me ponía contento y te llamaba para que lo veas…

Se quedó en silencio y miró a Celia con sus ojos aún muy abiertos, intentando aferrarse a esas imágenes que habían pasado por su cabeza, queriendo atraparlas y no soltarlas más. Ella no decía nada; entonces, él se concentró en ella, que tenía una expresión que no supo descifrar.

—¿Tú recordaste eso?

—Sí —dijo él, sonriendo más para transmitirle su seguridad y alegría.

—Yo… no creo que sea un recuerdo —dijo ella lentamente, como queriendo ser cuidadosa—. No creo que sea un recuerdo verdadero.

—¿Qué? ¿Por qué?

Celia hizo una pausa y suspiró; luego, respondió:

—Porque tú no tocas la guitarra. Nunca tuvimos una en casa ni has tocado para nuestro hijo. —Dejó que Oscar fuera asimilando lo que decía y continuó—: Dices que en el recuerdo me llamabas para que viera la escena, pero eso nunca ocurrió, Oscar. Es algo que nunca pasó.

—Pero yo… —Él se sintió descolocado—. Acabo de recordarlo.

—Mira, no te dije esto, pero cuando Brandon era bebé fue una época muy difícil. Para ambos, pero en especial para mí. Tú no estabas muy seguro de poder ser un padre o de querer serlo.

Oscar sintió como si recibiera una bofetada. Otro golpe más en forma de información sobre lo malo que había sido en el pasado. Ya lo estaban cansando.

—Estabas dudoso, confundido, inseguro. ¡Hasta te fugaste por dos días! Luego regresaste y me pediste perdón. La cuestión es que yo tampoco la estaba pasando bien: estaba exhausta, incluso deprimida, pero seguí adelante. Trataba de encargarme de nuestro hijo, y tenía que esforzarme el doble porque parecía que tú no eras capaz de hacer nada. Así que estoy segura de que si en algún momento te hubiera encontrado tocando la guitarra para nuestro hijo como si todo estuviese bien, te habría asesinado.

Oscar se la quedó mirando, sin palabras.

—Tranquilo, es solo una expresión —aclaró Celia—. Pero así es como me sentía.

—Pero yo lo vi… —insistió, más para convencerse a sí mismo que a ella.

—Debe ser algún recuerdo fundido con otra cosa, un juego de tu mente, pero no es cierto…

—Supongo que sí. Debo secar los platos —dijo, volteándose hacia el lavabo otra vez.

—Tal vez deberías descansar.

—No, estoy bien. Gracias.

—De acuerdo. Iré a colgar la ropa.

—Okey.

Cuando Celia lo dejó solo, una lágrima se deslizó por la mejilla de Oscar. No era una de tristeza, sino de rabia.

43

Oscar

Él terminó con los platos y se pus o a fregar la mesa y barrer la cocina mientras Celia tomaba una ducha. Trataba de contenerse, pero por dentro estaba ardiendo. No dejaba de preguntarse qué era lo que acababa de experimentar; tampoco dejaba de sorprenderle la respuesta de Celia, que, aunque con delicadeza, le aseguró totalmente que lo que vio en su cabeza no podía ser cierto. Con todo, las imágenes seguían reproduciéndose en su mente, ahora más difusas, y lo hac ían cuestionarse qué creer.

La explicación más viable era que ella tuviera razón: lo que había visto solo era una fabricación de su quebrado subconsciente, generada por el deseo ferviente de recordar algo. ¿Era la mente humana capaz de algo así? ¿Podía alguien tener una memoria de algo que nunca ocurrió? Sabía que, dadas las circunstancias, era más que probable que eso fuera lo que le acababa de suceder.

Y aun así… No paraba de darle vueltas. No dejaba de sentir que había algo más allí; la chispa de una flama que no llegaba a ver por completo. ¿Y si…? ¿Y si lo que vio sí era un recuerdo real?

Se permitió, por un momento, evaluar la posibilidad. Si aquello era cierto, si en verdad lo vivió, ¿cuándo había sucedido? Vislumbró el rostro del bebé que había visualizado: pequeño pero rechoncho, con rizos de cabello claro y revuelto. Había visto una imagen de su hijo de bebé y no se parecían. En la foto de Brandon, su cabello era oscuro y, aunque corto y escaso, era lacio. También era así en una fotografía más reciente. ¿Habría tenido el cabello claro de bebé y luego se le oscureció?

También estaba el asunto de la guitarra. Celia le aseguró que él nunca tuvo una y que jamás tocó para el bebé ni para ella. Volvió a ver la imagen de una fracción de su cuerpo mientras tocaba la melodía y movía los dedos para formar los acordes. Pudo sentir la textura de las cuerdas y el ligero peso de la guitarra en su regazo, y percibir una vez más la vibración del sonido. ¿Podía un recuerdo falso ser tan vívido?

Si él no sabía tocar la guitarra, ¿cuándo y dónde había sucedido aquello? Si ese bebé no era Brandon, ¿quién era? Recordó el momento en que se interrumpió la visión.

«¡Cielo, ven! ¡Amor, se calmó con la canción!».

Volvió a escuchar los pasos de ella acercándose y, en esa ocasión, pudo ver cómo seguía: la vio llegar. Vestía una blusa blanca y una falda hasta las rodillas con lentejuelas. Su cabello rubio y lacio, sus ojos celestes mirándolos a ambos, la sonrisa en sus finos labios…

Dejó el repasador en un costado de la mesada y sintió un escalofrío que lo hizo tiritar.

Esa mujer no era Celia.

44

Oscar

Celia despert ó a Oscar y él se incorpor ó con dificultad, tanto por el sueño como por el dolor de cabeza que sentía. No se lo dijo a ella, porque sospech ó que era debido a las horas que había pasado la noche anterior pensando en lo que había recordado.

—Buen día. —Celia estaba bien vestida, maquillada y lucía una elegante cola de caballo—. Escucha, debo ir al trabajo —dijo, consternada—. Necesitan mi ayuda urgente. Al parecer, un empleado ha estado utilizando datos recopilados de los clientes para hacer compras en línea con sus tarjetas de crédito y quién sabe qué más. Hackeó el sistema de información. Desde ayer están recibiendo decenas de reclamos y se está saliendo de control. Mi jefe me dijo que me considera una experta en calmar, contener y asistir a los clientes cuando tienen dudas o quejas, así que me pidió que vaya a ayudarlos con ese desastre. Necesito ir por un par de horas para encargarme de eso y luego volveré.

—Está bien —contestó Oscar, apenas terminando de entender todo lo que le había dicho.

—¿Crees que puedes quedarte solo por un rato?

—Sí.

—Genial. Te dejé las cosas para el desayuno listas en la cocina. No abras la puerta a nadie si golpean.

—Bueno… —Él asintió, pero había duda en su expresión.

—No quiero que ningún vecino entrometido ni ningún reportero te bombardeen con preguntas, es por eso que te lo digo.

—Entiendo…

—Y, por favor, camina con el bastón, aunque ya no lo necesites. No quiero que te caigas o que te pase algo mientras no estoy.

—De acuerdo.

—Ya tienes mi número en el celular, pero lo dejé escrito en la puerta de la nevera junto con el número de la oficina, por las dudas.

—Okey.

—Bien, ya debo irme. Quiero terminar con esto rápido. Adiós. —Se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Adiós. —Él la miró mientras salía de la habitación, pensativo.

***

Desayunó sin encender la televisión ni la radio; prefirió quedarse con sus pensamientos, como si estos lo rodearan y fueran una compañía

más. Se permitió repasar por milésima vez la imagen que había aparecido en su mente: él tocando y cantando para su hijo, una mujer rubia acercándose y mirándolos con una sonrisa. No era ella, no era Celia. Entonces, ¿quién era?

Se recordó que, luego de tanto reflexionar, había llegado a la conclusión de que no podía ser cierto lo que había visto. Se lo reafirmó a sí mismo otra vez. Celia tenía razón, eran imágenes creadas por su subconsciente. Además, ¿por qué le mentiría? Si ella supiera que todo eso era cierto, se lo diría. ¿O no?

O quizás era cierto y era una parte de su vida que Celia no conocía. Según ella le había contado, estaban juntos desde muy jóvenes. ¿Era posible que él le hubiera ocultado algo así? Sabía que no había sido ni un esposo ni un hombre ideal, ¿pero habría sido capaz engañarla, de tener una segunda familia secreta? Le parecía demasiado, incluso para lo poco que había escuchado sobre su vida antes del accidente. Y, sin embargo, había algo en esas imágenes que hacía eco en su mente, que fluía más allá de su comprensión.

Se levantó y, a pesar de lo que Celia le había pedido, comenzó a caminar sin la asistencia del bastón. Movimientos lentos y cuidados mientras miraba a su alrededor. Las paredes, los colores, el piso, el aire. ¿Reconocía algo de esto? ¿Por qué nada le despertaba una parte dormida de él? ¿Por qué nada lo arrancaba de ese limbo? Acariciaba los muebles para sentir sus texturas; cerraba los ojos e intentaba evocar momentos, pero parecía no haber nada.

En la parte baja de un estante, encontró uno de los álbumes de fotos que Celia le había mostrado. Lo sacó, se sentó en el sillón y lo abrió. Fotos de él, de ella, de ambos juntos, pero ninguna la decía nada; era como escuchar a alguien hablando sin entender lo que dice.

Una foto de Brandon lo hizo detenerse. Su hijo, a quien todavía no había podido encontrar en persona, quien estaba tan enfadado con él que no quería verlo ni siquiera en esas circunstancias. Una vez más, lo

invadieron las preguntas sobre cuán despreciable había sido con él, pero procuró ignorarlas. Más fotos de Brandon, de pequeño y de bebé. Otra vez vino a su cabeza la imagen de aquel niño que calmaba su llanto con el sonido de la guitarra. Un bebé rubio y con rizos, distinto a Brandon.

Comenzó a dolerle más la cabeza. ¿Qué era real? ¿Qué era mentira? ¿Por qué lo que le parecía recordar no concordaba con las pruebas de su vida que tenía frente a él? No recordaba a su hijo Brandon, sino a otro bebé. No recordaba a Celia, pero había visto a otra mujer en su mente. Tampoco recordaba a su hermana, aunque sí la había visto presentándose como si se conocieran por primera vez.

Nada tenía sentido.

Y, de pronto, dejó de cuestionarse por qué y se preguntó algo diferente: ¿Y si lo que él recordaba sí era cierto?

Él no sabía nada de su vida, solo lo que Celia le contaba y lo que su hermana le había dicho, que había sido muy poco. ¿Y si lo que le contaron no era verdad? Nunca había visto a Brandon, nunca había hablado con él. ¿Era realmente su hijo? ¿Seguía vivo? ¿Acaso existía? Ni siquiera tenía pruebas de eso, más que las fotografías. Pero podían ser de cualquier persona, incluso podrían ser falsas. ¿Era posible que...?

No.

No podía ser.

¿O sí?

Estaba temblando, aunque tenía calor. Notó que estaba sudando. Tenía sed.

Volvió a levantarse y caminó hasta el refrigerador, donde vio los números que Celia había anotado. Abrió la puerta en busca de agua fría y se sorprendió al ver, al fondo y tapada por varios envases, una botella de cerveza. Se la quedó mirando. ¿Celia tenía cerveza en el refrigerador? ¿Incluso después de que él había sido un ebrio y de que, según ella, hubieran peleado incontables veces al respecto?

Recordó todo lo que le ella le había contado sobre como él se la pasaba bebiendo y se preguntó qué pasaría si tomaba un poco, si acaso sería eso lo que desencadenase recuerdos. ¿Se atrevería a beberla? ¿Se arriesgaría a hacerlo?

45

Diana

—¿Cuántos quieres? —preguntó la panadera a Nancy.

—¡Los quiero todos! —respondió la pequeña.

La mujer y Diana rieron.

—Llevaré tres cuartos —dijo Diana—. Y tres cuartos de los míos.

En la panadería del barrio hacían unos exquisitos panes saborizados. Nancy adoraba los de queso, mientras que a Diana le encantaban los de orégano. Era un preciado ritual caminar juntas e ir a comprar los panes, pero lo que la niña más disfrutaba era ir comiendo un pan de queso mientras volvían a casa. Ese día, Diana también se tentó y sacó uno de sus panes de orégano para degustar en el camino.

—Mira, mami, ahí viene Paul —anunció Nancy.

Ella asintió y le sonrió mientras lo veía acercarse. Paul era estilista y un amigo de Diana. Ella era su clienta desde hacía varios años, aunque últimamente pasaba cada vez más tiempo hasta que volvía a su salón. Él cambiaba de estilo y color de cabello de manera frecuente, y esta vez lucía una melena roja con puntas anaranjadas: un verdadero fuego.

—Paul, ¡qué lindo verte!

—¡Hola! ¿Cómo están?

—Bien, ¿qué me cuentas? ¿Adónde vas?

—Estoy yendo a la casa de un amigo… —respondió con una amplia sonrisa.

—¿Un amigo? ¿Y por eso tanta felicidad?

—Bueno, puede que sea más que un amigo —admitió él.

—La última vez que hablamos dijiste que ibas a estar solo y que no querías saber más nada con nadie por un tiempo.

—Y ya pasó un tiempo —remató; ambos rieron a carcajadas—. Me parece a mí que ese pelo necesita una nutrición… —Elevó una ceja mientras le sonreía.

—¡Lo siento! Debo pasar a que lo dejes bonito otra vez. Es que estas últimas semanas he estado algo sobrepasada. Prometo que iré pronto, ¿sí?

—De acuerdo, escríbeme.

—Sí. Adiós, Paul. ¡Suerte con tu «amigo»!

—Adiós. —Él se fue riendo.

Aunque el día era soleado, había un viento que hacía pequeños remolinos de tierra y elevaba las hojas secas, haciéndolas bailar por las aceras. Dos adolescentes paseaban a un labrador negro que caminaba con la lengua afuera. Tras recorrer dos calles más, Nancy apresuró el paso cuando su hogar estaba a la vista. Diana entornó los ojos al ver a alguien afuera de su casa.

Era un hombre, o al menos eso parecía, ya que tenía una capucha que le tapaba la cabeza y hacía que fuera difícil verle el rostro a distancia. Estaba parado cerca de su auto, que estaba estacionado afuera, y sostenía algo en su mano izquierda. Al parecer, el sujeto también las vio, porque enseguida salió corriendo. A Diana no le gustó nada. Al llegar, ella se acercó al auto y vio que tenía dos llantas pinchadas. Se paró en medio de la calle para ver si conseguía ver a la persona que salió corriendo, pero ya se había perdido de vista.

—Carajo —susurró.

—¡Mami, te escuché! —la regaño Nancy.

—Lo siento, cielo —dijo mientras llamaba a la policía.

46

La duda y la amargura son amigas, son visitas constantes. Son como los aromas familiares o los sabores que probamos regularmente. Como el del vino o la cerveza. Sabores que odiaba, sabores que odio, pero a los que he llegado a sucumbir.

Crecí viendo a un padre beber sin parar, cada vez más, y nunca creí que lo haría, pero supongo que de tal palo… En fin, lo había dejado, en verdad lo había dejado, pero ahora tengo miedo. Miedo de volver, miedo de que vuelva. No quiero beber otra vez, no puedo permitirme acabar como él.

Aunque tal vez eso no es algo que se pueda decidir; tal vez algo en la sangre y en los genes tenga mayor potestad que mis deseos internos. Tal vez estoy destinado a eso. Es decir, todos saben que me dejé hundir por mucho tiempo y parecía no haber forma de rescatarme. Nunca se lo admití a nadie, pero siempre me hizo sentir culpable, y esa misma culpa, a su vez, me hacía seguir bebiendo.

Así que quizás así es como siempre debieron ser las cosas, como deben ser. A lo mejor esto nunca se termina y solo es un ciclo que se repite.

Tal vez, después de todo, acabaré como él.

47

Oscar

Catorce años antes

Walter lo miraba con verdadera preocupación. Oscar había ido a visitarlo porque hacía tiempo que no se veían, pero él se sorprendió al notar que tenía un intenso olor a alcohol, y se preocupó más al ver que había conducido hasta allí en ese estado. Aunque intentaba hablar con soltura y se lo veía despreocupado, a Oscar le costaba articular algunas palabras, y Walter tenía que repetirle un par de veces algunas cosas que le decía porque también le costaba prestar atención.

—¿Hace cuánto que has vuelto a beber? —preguntó finalmente. Siempre había sido frontal con él, esa vez no sería la excepción.

—¿Qué? Vamos, solo he bebido un par de cervezas, no es nada —respondió Oscar, a la defensiva.

—Un par son dos, y da la impresión de que has bebido más que eso. Mucho más.

—Descuida, no es nada. ¿Adónde dijiste que fueron tu esposa y tus hijos?

—Oscar, no quieras cambiar de tema. Sabes que te conozco y que me preocupo por ti. Y porque te conozco y me preocupo, te vuelvo a

preguntar: ¿Desde cuándo bebes otra vez?

—¿En serio? Solo estoy molesto, déjame en paz. Estoy molesto y estresado, y la cerveza me calma, por eso bebí algunas, pero estoy bien.

—¿Algunas? Así que de un par pasamos a algunas…

—¡Ya basta! Tengo demasiado como para tener que escuchar tu palabrería otra vez, así que no empieces. Te dije que estoy molesto, no pruebes mi paciencia.

—¿Por qué estás molesto?

—No importa.

—Si te molesta tanto es porque sí importa.

—Creo que mejor me voy —dijo mientras se levantaba con dificultad.

—¿Te vas? ¿A seguir bebiendo?

—¡Sí, a seguir bebiendo! ¡No me lo vas a impedir! —exclamó, irritado.

Se hizo un silencio que contrastó con el grito de Oscar.

—Está bien, vete. Dices que estás enojado, pero te conozco mejor que eso. No estás enojado, estás triste, angustiado.

—Adiós —murmuró Oscar, dándole la espalda.

—¿Es por Brandon?

Él se detuvo.

—Es por Brandon, ¿cierto? ¿Todo sigue igual?

Walter se acercó y lo enfrentó.

—¿Es porque sigues sin saber cómo acercarte a él? ¿Porque no sabes relacionarte con él?

—No sirvo para eso —soltó Oscar. Una vez más, Walter rompía su coraza y veía lo que había debajo.

—Ya lo hemos hablado: sí que sirves para eso, solo debes descubrir cómo. Y si crees que no te sale, no lo vas a conseguir bebiendo.

—Es que…

—¿Qué?

—También es eso.

—¿Qué cosa?

—La bebida… el alcohol. Me recuerda a mi padre, a mi propia relación con mi padre. Él era alcohólico y violento. Nunca fue un buen padre ni un buen hombre, y temo que voy a terminar como él. —Oscar rompió en un llanto débil.

—Siéntate —le indicó Walter con suavidad mientras lo ayudaba a sentarse sobre un escalón de la entrada de su casa.

—Siempre odié esa parte de él. Y ahora soy igual.

—Oscar, puede que te sientas así, pero debes verlo de otra manera. No eres igual a tu padre, solo estás actuando de la misma forma. Estás queriendo evadir tus problemas y esfumarlos con el alcohol, pero sabes que nada se irá si no lo enfrentas.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—No importa. Mi padre no fue muy bueno, aunque me enseñó cosas y compartí momentos con él siempre que pude, en el trabajo, en la vida… Con Brandon no compartimos nada. Me odia.

—No te odia.

—Pues no quiere estar cerca de mí ni hablarme. Cuando le pregunto algo, contesta de mala manera, como si no soportara escuchar mi voz.

—Mira, tienes que entender que…

—¡Te dije que no quiero escucharte! —estalló otra vez. Se levantó de golpe y se dirigió a su auto.

—Oscar, no debes conducir así. Quédate a dormir aquí.

—Ni lo pienses. ¡Adiós! —gritó. Entonces, cerró la puerta de su auto y encendió el motor.

—¡Oscar, por favor!

Pero él no le hizo caso y salió a gran velocidad. Le latía el corazón con mucha velocidad y sentía la boca muy seca. Iría al bar, donde podría beber todo lo que quisiera. Solo necesitaba seguir bebiendo, solo eso quería. Nada importaba, nada tenía sentido. Bebería y bebería hasta ya no saber dónde estaba, hasta no saber quién era.

48

Oscar

Bebió la cerveza, pero no le gustó. Escupió gran parte, y lo que no pudo escupir, le revolvió el estómago y le dio n á useas. No le provocó nada agradable. «A l menos eso es bueno » , pensó. Pero tampoco le trajo recuerdos.

Se quedó parado frente al refrigerador, pensaba si tirar la lata de cerveza o dejarla ahí. Resolvió que era mejor desecharla. Vació lo que quedaba en el lavabo de la cocina y tiró la lata. De repente, unos fuertes golpes en la puerta lo sobresaltaron. Se quedó quieto, casi sin respirar, y escuchó.

Más golpes.

—¡Oscar! Señor Oscar, ¿está ahí? —La voz de un hombre.

Él no supo qué hacer. Estaba mudo, paralizado. No quería ver ni hablar con nadie, pero los golpes seguían y la voz continuaba llamándolo.

—¡Oscar! ¡Oscar Frech!

«¿Qué diablos sucede? ¿Qué quiere?».

—¡Oscar, es la policía! ¿Se encuentra ahí? ¡Es por su esposa!

Su corazón se detuvo.

«¿Celia? ¿Le ocurrió algo a Celia?».

—¡Señor Frech! —Más golpes.

Sin estar seguro, consideró que debería ver qué sucedía. Si algo le había pasado, no quería dejar de saberlo; no podía ignorarlo. Se acercó y, con el corazón galopando, abrió la puerta.

—¿Oscar? —Encontró a un hombre de pelo corto y cejas anchas, con semblante serio y ojos penetrantes. Vestía un uniforme policial, pero no portaba ningún arma; al menos, no visiblemente.

—Sí.

—Somos de la policía —volvió a decir. Oscar vio que detrás de él había otros dos hombres uniformados que lo miraban con atención—. Acudimos a su domicilio porque le ocurrió algo a su esposa.

—¿Celia? —soltó Oscar, atemorizado.

—Así es. Tuvo un accidente y está internada con múltiples heridas.

—¿Qué? ¿Qué le pasó?

—Un horrible accidente. Está grave, pero pidió por usted. Vamos a llevarlo con ella. Hay un vehículo esperándolo en la esquina, lo llevará al hospital.

Oscar lo miró sin entender nada. Su cuerpo entero temblaba. ¿Qué estaba sucediendo?

—Apresúrese, debemos llevarlo —dijo el hombre mientras le hacía un gesto para que saliera.

—Pero yo… —Oscar se miró. Vestía una camiseta, el pantalón del pijama y unas sandalias; tenía que cambiarse. Pero, a la vez, ¿había tiempo para eso? Si le había pasado algo a Celia, quería verla cuanto antes.

Asustado y alarmado, salió detrás del hombre, que se acercó a los otros dos. Él se los quedó mirando, esperando a ver qué más decían. Los policías miraron alrededor, él también lo hizo: no había nadie en las calles. Oscar buscaba con la mirada el vehículo que mencionaron cuando un puñetazo lo derribó.

Golpeó contra el piso y se quedó sin aliento. Los hombres se acercaron y comenzaron a patearlo una y otra vez. Por supuesto que no eran policías; por supuesto que no le había sucedido nada a Celia, pero su confusión y su temor lo empujaron a caer. Aterrorizado, comenzó a gritar mientras intentaba protegerse de los golpes. Les pedía que se detuvieran, les suplicaba, pero seguían atacándolo. Lo pateaban en la espalda, las piernas, las costillas. Uno de ellos lo jaló de los pelos para que dejara de ocultar la cabeza entre sus rodillas y le escupió la cara. Luego, cada uno le dio un fuerte puñetazo. Cuando creyó que seguirían hasta dejarlo inconsciente o muerto, un grito los detuvo.

—¡Deténganse, malvivientes! —gritó Isaac, su vecino. Estaba parado afuera de su puerta y les apuntaba con un rifle.

Los sujetos lo miraron y, sin dudarlo, se detuvieron y salieron corriendo.

—¡Cobardes de mierda! —exclamó Isaac mientras los veía alejarse.

Salió y se acercó a Oscar, que seguía desplomado en el suelo, escupiendo saliva y sangre.

—Descuida, estás a salvo.

—Gracias —susurró, avergonzado.

—¿Crees que puedes levantarte?

—Sí…

Con cuidado, lo ayudó a ponerse de pie.

—Ven, tienes que lavarte la cara. Y hay que desinfectar esas heridas.

Oscar no dijo nada. Procuraba mover los pies para caminar mientras su vecino lo sujetaba. Levantó la vista y, sorprendido, vio que estaban por entrar a la casa de Isaac.

49

Brandon

Brandon había subido a la terraza del edificio donde estaba el departamento de David para mirar el cielo y evadir la realidad. Vio de soslayo que su amigo se acercaba y cerró los ojos; era la única forma de darle a entender que no tenía ganas de hablar. Lo escuchó detenerse muy cerca de él y luego oyó su voz.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo, cortante.

—¿Adónde te fuiste anoche?

—A un sitio.

—¿Toda la noche?

—¿Te quedaste esperándome toda la noche? —Alzó más la voz—. Vaya, debiste aburrirte.

—Vamos, Brandon, no jodas conmigo. No te esperé despierto toda la noche, pero estaba preocupado. Desperté para ir al baño a la madrugada y aún no habías llegado.

—Pues estoy bien, gracias.

—Oye… —David lo agarró del hombro y lo hizo voltearse.

—¡¿Qué?! —gruñó Brandon.

—No quiero preguntarte esto, pero ¿estás seguro de que estás bien? No andas en nada extraño, ¿cierto?

—¿Extraño?

—Ya sabes a lo que me refiero. —La mirada de David era severa.

—No te preocupes, no estoy haciendo nada extraño.

—Espero de corazón que no me estés mintiendo.

—Necesito estar solo, ¿sí? —Brandon agarró su celular, presionó varias veces la pantalla y comenzó a sonar la música de Linkin Park.

—De acuerdo, como quieras.

David se marchó de la terraza y Brandon se quedó mirando a la nada; sabía que no lograría evadir nada de lo que sentía por mucho tiempo.

50

Oscar

Sentía una fuerte palpitación en el labio y arriba de su ojo derecho. También le dolían las piernas y la zona de las costillas. Tenía miedo de tener alguna fractura, pero supuso que, si así fuera, sentiría un dolor mucho peor. Isaac le ofreció agua, buscó un paño húmedo y se lo dio para que limpiara su rostro. Oscar lo hizo con cuidado, reprimiendo quejidos.

—¿Estás bien? —Era la primera vez que oía la voz de su vecino. Era rasposa pero suave.

—Sí, creo que sí.

Se lo quedó mirando. No podía creerlo; estaba en la casa de Isaac, la casa de su enigmático vecino.

—Tienes algo de tierra aquí —dijo él, y con un gesto señaló una parte de su cuello.

Oscar se pasó el paño para terminar de limpiarse.

—Gracias. Gracias por salir a ayudarme, yo…

—¿Sabes quiénes eran esos tipos?

—No. Me dijeron que eran de la policía y yo… les creí. —Se sentía avergonzado de haber sido tan estúpido e ingenuo.

—Pues no eran de la policía. De seguro eran uniformes falsos, disfraces o algo así. Pero obviamente confiaban en que caerías en la trampa. O, al menos, en que era muy posible.

—Pero ¿por qué me atacaron? ¡No me dijeron nada! ¡Solo comenzaron a golpearme!

—Tranquilo, conserva la calma —le aconsejó Isaac—. No tengo idea, pero imagino que deben tener una razón.

Oscar negó con la cabeza, impotente. No lo entendía.

—Así que… ¿es verdad que perdiste la memoria?

Oscar lo miró.

—Los vecinos hablan. Demasiado. Llegué a escuchar sobre tu regreso, además de verte, por supuesto, pero también oí lo que andan diciendo.

—Sí, volví a estar consciente, pero no recuerdo nada. Al menos, no todavía.

—Entonces, ¿vas a poder volver a recordar?

—En realidad, no lo sé. Eso espero.

—Oh, entiendo. —Isaac asentía, sin quitarle los ojos de encima. Luego, se levantó para ir a servir más agua.

Oscar recorrió la sala de estar con la mirada. Un entorno cálido, con paredes color arena, cortinas blancas y una alfombra marrón cubriendo todo el suelo. Una gran pantalla plana frente a un sofá blanco y varios cuadros con pinturas y fotografías de caballos marrones acentuaban la paleta de colores. Se sentía agradable.

Isaac volvió con más agua y se la ofreció a Oscar, que aceptó y bebió.

—¿Te acuerdas de mí? —La voz ronca de Isaac vibró y Oscar vio la leve sonrisa en sus labios.

—No…

—¿Sabes mi nombre?

—¿Isaac? —Le tembló la voz.

—Sí, Isaac. ¿Lo recordaste?

—No, me lo dijo Celia.

—¿Y cómo va todo con ella? —Oscar de pronto comenzó a sentirse incómodo, invadido—. ¿Qué más te dijo de mí?

Oscar tragó saliva.

—¿Qué más te dijo? —insistió.

—Nada más.

Isaac entornó los ojos e inclinó la cabeza hacia un costado.

—Tu mirada dice lo contrario. ¿Qué más te dijo?

—No mucho —se rindió—. Solo que… que no le agradas.

—¿En serio?

—Sí, eso dijo: que no le agradas. Y que… que debía mantenerme alejado de ti. —Oscar se maldijo a sí mismo en ese instante. ¿Cómo había sido capaz de decir eso? Su corazón parecía una bomba de tiempo.

Su vecino asintió en silencio. Se sentó más erguido.

—Creo que ya sé por qué te dijo eso —le respondió Isaac mientras se miraba las manos; luego, alzó los ojos hacia Oscar—, solo que no estoy seguro de si querrás oírlo.

51

Hay cosas que no estamos listos para saber. Cosas que no estamos listos para entender.

Hay cosas que lo cambian todo, y lo peor es que no podemos dar marcha atrás.

52

Oscar

Sintió de pronto que tal vez no había sido buena idea entrar en la casa de su vecino. Había una razón por la que Celia le había advertido que se alejara de él, y ahora creía que sería mejor salir corriendo. Si pudiera hacerlo, claro.

—Tranquilo, no estás en peligro aquí —dijo Isaac, como si hubiese leído su mente—. Deduzco que tu esposa no te lo dijo, pero somos amigos.

Oscar le clavó los ojos sin poder evitarlo. ¿Amigos?

—¿Te sorprende? —le preguntó al ver su expresión.

—¿Amigos?

—Sí. Bueno, al menos lo éramos antes de… ya sabes… —Hizo una pausa—. De acuerdo, creo que, para que entiendas bien todo, debería contarte cómo empezó nuestra amistad.

Oscar intentaba sostenerle la mirada, pero no podía. Sus ojos se desviaban y rondaban por los rincones. Se preguntaba, de repente, dónde había quedado el arma que Isaac había disparado para ahuyentar a los sujetos que lo atacaron. La actitud del hombre, aunque extraña, era tranquila; no parecía querer hacerle daño. Y, sin

embargo, tenía la intensa sensación de que algo allí estaba mal. Muy mal.

—Yo siempre he sido un hombre solitario —comenzó Isaac—. Pasaba el tiempo mirando televisión y películas, escuchando música y, por supuesto, fumando y bebiendo; siempre solo. Pero una tarde, mientras estaba sentado en el porche bebiendo, te vi pasar. Y tú me viste a mí.

Oscar escuchaba; mientras, intentaba calmar su respiración. No quería lucir nervioso, aunque era difícil.

—Tú pasabas con una cerveza en la mano y supongo que nos saludamos o algo, no recuerdo bien. Después de eso, comenzamos a pasar tiempo juntos, compartiendo alcohol y cigarrillos.

Isaac se inclinó para acercarse a él.

—¿Recuerdas algo de eso?

—No, no me acuerdo.

—Mirábamos deportes, escuchábamos música y bebíamos. Mucho.

—¿O sea que éramos amigos?

—Sí. Pronto comenzaste a usarme como una especie de terapeuta: te quejabas de tu esposa, de tu hijo, de cómo iban las cosas en tu casa…

—¿Yo me quejaba de ellos? —Oscar no podía creerlo.

—Sí, de que estabas fastidiado, de que no te entendían. Estabas enojado, molesto, pero también frustrado, o al menos así lo percibí. Yo te escuchaba, aunque no te prestaba mucha atención. También tenía mis problemas, ¿sabes? —Lo miró con más intensidad—. La pasábamos bien y estábamos tranquilos, hasta que…

—¿Hasta qué?

—Hasta que una tarde todo cambió. Después de que… algo sucedió.

—¿Qué cosa? ¿Qué sucedió?

—¿De verdad no lo recuerdas?

—No…

—Está bien —murmuró—, te lo diré.

53

Celia

Doce años antes

Celia le ordenó al taxi que se detuviera en frente de la casa de Walter, quien la estaba esperando afuera. Bajó y se acercó a él con el palpitar de su corazón cada vez más acelerado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Oscar?

—No lo sé —exclamó él—. Le pregunté si estaba en el bar, pero me dijo que no y…

—Dime exactamente lo que te dijo —le urgió Celia.

—Me llamó y comenzó a hablar muy rápido. Estaba ebrio, por supuesto. Primero creí que lo que decía no tenía sentido, pero después me di cuenta de que estaba preocupado, asustado.

—¡¿Qué dijo?!

—Decía que todo estaba mal, que él hacía todo mal, que no servía para nada. Dijo que arruinó todo y que ya no había nada más que hacer, que tenía que alejarse, que no había vuelta atrás. Dijo que llegó

al límite, que había hecho lo peor, que era una porquería. Yo le seguía preguntando a qué se refería, pero él repetía lo mismo una y otra vez.

—Dios mío… —Ella comenzó a llorar.

—Luego, escuché un golpe y, de inmediato, el ruido de fondo cambió. Me di cuenta de que había subido al auto y conducía mientras hablaba conmigo. Le pedí que se detuviera, que me dijera dónde estaba y que colgara, que iría a buscarlo y a hablar con él. Le dije que lo ayudaría, pero me respondió que no podría ayudarlo, que ya no había nada que hacer. Y entonces, colgó.

—Oscar… —El rostro de Celia estaba surcado por lágrimas. No sabía qué hacer.

—Lo llamé, pero no contesta.

—Yo también lo intenté. —Miró a Walter con desesperación—. Debemos encontrarlo antes de que… —No podía terminar la oración.

—Todo estará bien —susurró él mientras la contenía entre sus brazos. «No lo hagas, Oscar. No lo hagas», repetía en su interior.

54

Oscar

¿Isaac estaba más cerca de él o solo era su sensación? Era como si la habitación se hubiera achicado a su alrededor. Le estaba costando respirar.

—Como decía, todo iba bien, tranquilo. Y, como mencioné antes, una tarde sucedió algo…

Oscar quería gritarle que lo escupiera de una vez, que terminara con todo eso, pero no podía. Y claro que tampoco se atrevía.

—No sé si habrá sido porque los dos estábamos muy ebrios, o sea, mucho más de lo que llegábamos a ponernos usualmente, pero escuchábamos música y yo me puse a bailar.

Isaac se levantó y meneó su cuerpo de forma torpe como demostración. Oscar movió el hielo de su labio a su ceja izquierda.

—No puedo recordarlo muy claro… Aunque al día siguiente me volvieron algunos retazos a la mente. Y como además no fue la única vez que sucedió, sé lo que terminamos haciendo. Lo que no recuerdo es cómo llegamos a eso.

Oscar estuvo a punto de preguntar qué fue lo que hicieron, pero no estaba seguro de querer oír la respuesta. Isaac vio su expresión

titubeante, así que se acercó a él, lo que provocó que se hundiera más en el sillón, y se lo dijo de todas formas.

—Tuvimos sexo. —Pronunció cada sílaba con énfasis y un tono desagradable.

Oscar se quedó sin aire. ¿Qué? Estaba atónito, sin saber de qué manera reaccionar.

—¿No me crees, querido vecino? Como te dije, aquella vez no la recuerdo muy bien, pero sé que volvimos a hacerlo. Por eso te aseguro que no son patrañas de borracho.

—¿De verdad yo?... —No sabía cómo terminar la pregunta. Ahora había mucha más confusión en su cabeza.

—Sí, de verdad.

Isaac seguía muy cerca de él y Oscar no lo soportó más. Se levantó lo más rápido que pudo, aunque le dolía todo el cuerpo, y salió, dejando la puerta abierta. Isaac no hizo nada para detenerlo, solo se reía a carcajadas.

Cuando entró a su casa, se dio cuenta de que estaba temblando. ¿Qué diablos había sido eso? ¿Su vecino le estaba diciendo la verdad o solo quería herirlo y burlarse de él?

¿Y, si había sido así, qué significaba? ¿Estaba casado con una mujer y tenía sexo con hombres? ¿Le había ocultado algo tan grande a Celia? ¿Cómo era capaz de mantener una relación con ella y engañarla de aquella forma? Si todo era cierto, confirmaba que realmente había

sido un hombre despreciable y repugnante.

55

¿Qué haces cuando has llegado a lo más bajo?

¿Dónde aterrizas cuando ya no tienes dónde caer?

¿Cómo se sigue? ¿Cómo se continúa?

56

Oscar

Cuarenta minutos después, Celia volvió a casa. Lo primero que hizo fue preguntarle a Oscar si había estado bien, pero tuvo su respuesta apenas lo vio: el rostro hinchado y sangre seca en el labio. Se acercó a él, preocupada.

—¡Oscar! ¿Qué pasó?

—Yo… me caí y me golpeé la cara con la mesa —mintió. No quería contarle nada de lo que había ocurrido, ni sobre el ataque ni sobre Isaac.

—¿Te caíste? ¡Dios mío! ¿Cómo? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo me caí, no sé cómo. Me duele un poco la cara, pero no es nada.

—Te dije que usaras el bastón…

—Lo sé, lo sé. ¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien —murmuró ella mientras le corría el cabello hacia atrás para ver si tenía más heridas o raspones—. Todo era un caos, pero, por el

momento, logramos un poco de control.

—¿Solucionaron los problemas?

—Estuve en línea con cada cliente, escuchando sus quejas una vez más y conteniéndolos, guiándolos en lo que podían hacer ellos mientras nosotros nos encargábamos de nuestra parte. Ya habían descubierto quién había sido el responsable y tuve que presenciar el momento en que lo despedían. Fue terrible.

—¿Estás bien?

—Sí. Mi jefe aprovechó para recordarme que en unos días debo volver, pero ahora estoy preocupada, no quiero dejarte aquí solo.

—Tranquila, no volverá a pasarme.

—No puedes asegurar eso.

—Seré más cuidadoso. Lo prometo.

—Está bien. —Celia se dio cuenta de que seguía con su mano en el cabello de Oscar, ahora acariciándolo. Lo miró y se acercó para besarlo, pero él corrió el rostro—. Lo siento.

—Perdona, es que…

—Descuida, todo está bien —dijo ella—. ¿Quieres café?

—En realidad, quiero dormir un rato. Necesito descansar.

—De acuerdo.

—¿Vas a usar el baño?

—No, no. Puedes usarlo.

Oscar entró al baño y trabó la puerta. A continuación, comenzó a llorar sentado en el suelo. ¿Él con Isaac? ¿Hasta eso había llegado? No dejaba de sorprenderse. No podía ser cierto. Era mentira, una historia de su vecino. Pero ¿por qué? ¿Y si no lo era? Isaac podía ser un lunático perverso y haber inventado aquella historia… o podría estar diciendo la verdad. ¿Sería eso por lo que Celia había estado tan enojada y dispuesta a divorciarse? ¿Ella sabía lo que había ocurrido entre ellos? Oscar se horrorizó más. No quería descubrirlo.

57

Oscar

Esta vez la pesadilla comenzó sutilmente, como si fuera un ente que entr ó a su cuarto en medio de la noche y se metió en su cama para deslizarse despacio hacia él. Primero, oy ó los gritos; luego, el eco agudo de un llanto ahogado. Volvió a ver el rostro del bebé que había visto en su presunto recuerdo y a la mujer de cabello rubio; era ella quien lloraba. Más g ritos. El bebé, mudo, inmóvil. Un disparo.

Se despertó.

Otra vez lo rodeó la confusión, la oscuridad. Oscar ya no sabía qué sentir. ¿Debía enfadarse consigo mismo por seguir viendo imágenes sin sentido? ¿Debía desesperarse? ¿Debía resignarse?

Cambió de posición, acomodó la almohada y cerró los ojos una vez más, pero esta vez algo nuevo brotó de lo más profundo de su subconsciente: otra imagen. Vio una casa grande, un cubo de color arena con un amplio ventanal frontal; un sendero de piedras planas que conducía hasta la puerta de madera labrada, y un bebedero para aves en el jardín, cubierto de césped. Oscar la vio con claridad. Era un recuerdo, estaba seguro. Pero ¿qué era ese lugar? ¿De dónde lo conocía? Se pasó el resto de la madrugada despierto, ansiando que su mente le mostrara algo más, que le arrojara una pista… No consiguió nada.

Al día siguiente, mientras se duchaba, pensó que ya no podía quedarse esperando recordar cosas mientras seguía encerrado allí todo el día. Tenía que salir. Sentía que, si veía la ciudad, recorría las calles y

experimentaba otros lugares, quizás podría activar nuevos recuerdos.

Sí, eso necesitaba.

—¿Cómo está tu rostro? ¿Te duele? —Celia preguntó cuando se encontraron en la cocina.

—Un poco.

—Todavía no entiendo cómo…

—Basta —la cortó él; ella se lo quedó mirando—. Perdón, es que fui muy torpe, y con las heridas es suficiente para recordármelo.

—Y aun así no estás usando el bastón.

—Solo me resbalé. No lo uso desde esta mañana y estoy bien. No camino rápido, tengo cuidado.

Ella asintió en silencio.

—Necesito salir —soltó Oscar.

—¿Qué?

Él exhaló.

—Necesito salir y respirar aire fresco; ver las casas, las calles, los árboles… Necesito recorrer otras partes del pueblo. Tal vez así sea distinto y pueda recordar algo.

Ella lo pensó unos segundos.

—Tienes razón, ya estás listo para salir. —Oscar sonrió, esperanzado —. Pero debes usar el bastón —aclaró.

Él aceptó a regañadientes.

—Bien —dijo Celia—. Saldremos esta tarde.

58

Oscar

Las calles, las casas, los árboles, el aire. Todo era nuevo, colorido, maravilloso y desconocido. Un gato se acerc ó a Oscar y se refregó contra una de sus piernas. Celia le hizo ver ciertos negocios y le contó pequeñas historias sobre ellos, aunque él no pudo recordar ni un detalle. Saludaron a algunos vecinos y ellos se mostraron amables con Oscar. Era una linda ciudad, y se sorprendió por lo cálido del clima también; sentía que su espalda sudaba.

—¡Greg! —gritó alguien.

Oscar se dio vuelta de forma instintiva y se sorprendió de sí mismo. Se quedó buscando con la mirada a la persona que gritó, hasta que vio que era una mujer llamando a un niño, seguramente su hijo. El pequeño se acercó, ella lo agarró de la mano y se fueron caminando.

—¿Estás bien? —preguntó Celia.

—Sí, sí.

—¿Y qué tal? ¿Qué sientes? ¿Recuerdas algo de esto? —Abarcó los alrededores con los brazos.

—Siendo sincero, es como estar en un lugar del todo nuevo.

—Entiendo.

—Pero… hay algo que sí recuerdo.

—¿En serio? —La mirada de ella se volvió más atenta—. ¿Qué cosa?

—Una casa, aunque no recuerdo dónde está. Puedo verla en mi mente, y siento que la conozco, pero no sé de dónde.

—¿Por eso me pediste que salgamos?

—Sí, para ver si la encontrábamos.

—¿Y la viste por aquí?

—No.

Estaban caminando por una plaza. Celia vio un banco vacío y se detuvo para que se sentaran.

—¿Puedes describirla? Tal vez sepa dónde está.

—Es… una casa grande, de un tono marrón claro, o algo así… Tiene un camino de piedra, una pequeña fuente en el jardín… —Oscar negó —. Pude verla con claridad, pero ahora me cuesta describirla.

—No me suena a ninguna casa específica, pero claro que necesitaría más detalles. ¿Viste qué había al lado, algo de la calle donde quedaba?

—No.

En ese momento, el celular de Celia comenzó a vibrar. Ella observó la pantalla y sonrió.

—Es Walter.

—¿Quién? —Oscar no había vuelto a escuchar su nombre y seguía sin tenerlo presente.

—¡Tu mejor amigo!

Ella atendió. Era una videollamada. Se saludaron, ambos aparentemente muy felices de estar en contacto. Walter se disculpó por no haber llamado antes, pero dijo que estuvo demasiado ocupado y tuvo semanas caóticas ultimando detalles para poder compartir con ellos. Celia le pasó el teléfono a Oscar, que vio a un hombre de piel oscura, calvo y sonriente, mirándolo a través de la pantalla.

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo! ¡Amigo, estás vivo! ¡Estás despierto!

—Hola…

—¡Soy Walter! ¡Me alegra tanto volver a verte y que estés bien! —Tenía una sonrisa más amplia que su rostro y su mirada denotaba sorpresa y felicidad, fiel a lo que decía.

—Gracias —respondió Oscar.

—Mira, Celia me pudo ir contando un poco del proceso y sé lo duro que fue para ella. Pero no dudes de que también lo fue para mí. Quiero que sepas que siempre has estado en mi corazón y en mis oraciones. Puedes contar conmigo, como siempre.

Oscar no pudo decir nada. Incluso sin recordar a Walter, se sintió conmovido por sus palabras y por lo que transmitía su voz.

—Las vueltas inesperadas de la vida y del trabajo me hicieron tener que mudarme a Japón —explicó—. Dos años, ya. Por fortuna, pude hacer un viaje y ya estoy en Vrivier de nuevo.

—¡Walter, es estupendo! —exclamó Celia—. No me lo habías contado.

—Quería que fuera una sorpresa para todos.

Hablaron unos minutos más y Walter se despidió, pero acordaron que iría a verlo lo antes posible.

—Bueno, ¿quieres seguir caminando un rato más? —le preguntó Celia.

—No, ya estoy cansado. Volvamos a casa.

59

Brandon

Brandon entró de golpe con la respiración agitada, el cuerpo sudado y su botella de agua vacía en la mano. Se quitó los auriculares justo cuando vio que David se acercaba al baño.

—Apúrate, quiero bañarme —lanzó casi ladrando.

David se lo quedó mirando para hacer evidente que ya se estaba propasando con sus actitudes.

—Disculpa. —Se sentó en uno de los banquitos que había en un rincón —. Sé que he estado siendo un poco rudo contigo y eso es irrespetuoso considerando la ayuda que me estás dando al dejarme quedarme aquí… Es que estoy molesto y creo que, si no desahogo esta ira en mi interior, podría…

—¿Caer en alguna de las cosas que no quieres hacer?

—Sí.

—¿Por qué estás molesto? —David se sentó en una de las sillas ante la mesa.

—Ya sabes, por lo de mi padre. Sigo muy enfadado con él por cómo me trató desde pequeño hasta que… se fue.

—Mira, no voy a decir que entiendo lo que estás sintiendo, pero ya te dije lo que pensaba: si él «volvió», considero que es por una razón. Y tal vez sea para que al fin sanes, para que dejes todo eso atrás y puedan comenzar de nuevo.

—Sinceramente, también creo eso, pero una gran parte de mí me repite todo el tiempo que él no merece mi perdón ni que le dé otra oportunidad. Él siempre me hizo sentir menos, me humillaba incluso frente otras personas y me insultaba en público. Siento que no merece nada de mí, sin importar lo que le haya pasado, y eso es lo que me enoja más.

—Saber que tienes esos sentimientos malos.

—Sí…

—Bueno, en eso sí te puedo comprender.

—¿De verdad? ¿Tienes sentimientos malos hacia alguien de tu familia? No lo creo, tienes una familia perfecta.

—Sí, claro. —David resopló.

—Estuve en la cena con ustedes, lo he visto. Todos son encantadores, se ríen y se hacen bromas. Charlan entre ustedes y la pasan bien, hay armonía, no hay ninguna maldita tensión entre…

—No todo es lo que aparenta, Brandon —lo interrumpió su amigo.

Brandon lo miró en silencio, esperando que prosiguiera.

—En mi familia también hay resentimientos, desencuentros, insultos y rencores. La diferencia es que todos en mi familia saben ocultar lo que realmente son frente a otras personas, incluso entre nosotros. Tal vez tu padre era igual de despreciable alrededor de otra gente, pero nosotros actuamos como si fuéramos la familia ideal, y no porque nos lo propongamos, sino porque siempre fue así: nuestros abuelos lo hacían, mis padres lo hacen, mis hermanos y yo lo hacemos. —David se levantó, sacó una botella de agua mineral del refrigerador y sirvió para ambos—. En cierta forma, eso es peor; todo el mundo cree que somos perfectos y no es así. Luego, cuando nadie del exterior nos ve, vuelve la disfuncionalidad.

—Nunca me hablaste sobre nada de esto…

—Es que siempre me hablabas de lo terrible que era tu padre y de lo humillantes que eran sus tratos, incluso en público, y yo te oía y pensaba que lo de mi familia no era nada comparado con eso. No podía quejarme ni compartirlo porque tenía el privilegio de que, a pesar de todo, nadie lo notaba. Y como nadie lo veía, pensaba que tal vez no era tan malo. Fue con el tiempo y al ir creciendo que comencé a darme cuenta de todo lo que pasa en mi familia.

—Entiendo. Bueno, gracias por contármelo ahora.

—De nada. Escucha, quiero que sigas pensando en lo que te digo. Quizás todo tiene un porqué.

Brandon asintió mientras absorbía las palabras de David y, por primera vez, permitió que su corazón viera más posibilidades que las

que le ofrecía su mente.

Hay más de lo que vemos, incluso más de lo que percibimos. Creemos que conocemos cómo funciona la vida, pero nunca lo entenderemos. Creemos que nos conocemos a nosotros mismos, pero no tenemos idea.

Entonces, ¿cómo somos capaces de convencernos de que conocemos a otra persona?

Es una locura.

Es atemorizante.

Es aterrador.

Porque, entonces, te pones a pensar qué es más peligroso: ¿confiar en uno mismo o en los demás?

61

Diana

La puerta del elevador se abrió. Diana salió y abrazó a Lucy, que la estaba esperando con una taza de café. Mientras se acercaban a la oficina, ella parloteaba como siempre, aunque Diana no le prestaba mucha atención.

—¿Qué sucede? —le preguntó su amiga.

—Lo siento, Lucy. ¿Qué me decías?

—Nada, te puedo repetir todo después, no es importante. Pero tú sí tienes algo importante que decir, aunque trates de ocultarlo. —Le dirigió su mirada astuta, de la que Diana no podía escapar—. Lo veo en tu cara, así que ni pienses en cambiar de tema. Vamos, cuéntame.

La doctora suspiró y se rindió, siempre le hacía bien contarle sus preocupaciones a Lucy. No era el tipo de amiga que quería saberlo todo porque sí, sino que siempre procuraba brindarle algún consejo o simplemente ser ese oído atento para descargar las emociones que tanto le costaba expresar la mayoría de las veces.

—Recuerdas lo que me pasó con el auto, ¿cierto? —Al ver que Lucy asentía, continuó—: Bueno, no dejo de darle vueltas en mi mente. Tengo un mal presentimiento…

—¿Por alguna razón en particular? —Lucy sabía que Diana no se obsesionaba con cosas sin que hubiera un motivo importante. Su pregunta era más para animarla a seguir, ya que sabía que la respuesta sería afirmativa.

—No te lo había dicho porque traté de restarle importancia, pero… creo que Norah me amenazó —le dijo, con una mirada dubitativa y temerosa.

—¿Qué? Te dije que si la cosa empeoraba me tenías que avisar, ¿y no lo hiciste?

—Es que no quería darle importancia, como me aconsejaste.

—A algo así sí debes darle importancia. ¿Qué pasó?

—Estaban afuera de mi casa, ella y Horacio. Aparecieron de repente y volvieron a suplicarme que hiciera algo para que Miguel se recupere, al igual que Oscar.

—Oscar, el que despertó…

—Exacto. Creen que puedo hacer que a Miguel le suceda lo mismo.

—¿Es en serio? ¿Qué te dijeron?

—Norah me dijo que, si no hacía algo, me arrepentiría, o algo así… La cuestión es que ya no parecía solo desesperada, sino que percibí que estaba hablando muy en serio. Creo que lo del auto…

—Piensas que ellos tuvieron algo que ver —terminó de decir Lucy.

—Sí… Es una locura, pero…

—¿Crees que podrían llegar a algo así?

—No… Es decir, no lo imagino. Pero, a la vez, más allá de verlos en el hospital y tener breves charlas, no los conozco realmente. No sé lo que pasa por su cabeza ni cómo procesan las cosas. Me preocupa.

—Está bien, esto parece cada vez más grave. No estés paranoica, pero cuídate. Y si vuelven a aparecer en tu casa, llámame.

El teléfono de Diana vibró. Número oculto.

—¿Hola?

Silencio.

—¿Hola?

Silencio.

Diana cortó la llamada.

—No estoy de humor para esto.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez no contestó. El aparato siguió vibrando por unos segundos y luego se detuvo. Al instante, apareció el ícono de mensaje de voz en la pantalla. Diana marcó el número para escuchar el mensaje.

—¡Carajo! —exclamó en voz baja.

—¿Qué?

Diana volvió a reproducir el mensaje con el altavoz activado para que Lucy también pueda escucharlo.

Tras un silencio en la grabación, se oyó una voz de mujer: «Perra…». Fue seguida por una respiración ruidosa, «perra hija de puta».

—Cielos… —Lucy quedó pasmada.

—Esto no va a quedar así.

—¿Qué haces?

—Ahora es mi turno —contestó Diana, al mismo tiempo que marcaba un número—. Hola, Norah. Supuse que no me contestarías. Escucha, ya te he dicho que entiendo el dolor y la angustia, incluso la ira e impotencia que debes sentir. Pero te aseguro que, si tú o tu esposo siguen acosándome de esta manera, no me dejarán otra opción que recurrir a la policía. Tranquilícense, entren en razón y, solo entonces,

podemos volver a hablar de forma sensata cuando quieran. Adiós.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy.

—No.

62

Oscar

Oscar se sentía cada vez más seguro de lo que veía en su mente. Cada minuto que pasaba, se convencía de que no era solo una visión ni un falso recuerdo. Sabía que conocía esa casa y que debía encontrarla, pero ¿cómo?

Mientras Celia leía una novela, él se dedicó a rebuscar de la forma más profunda posible dentro de su subconsciente. Se obligó a transportarse a aquel lugar, caminar hacia allí, mirar alrededor. ¿Podía ver algo? Solo veía la casa, tal vez la calle, pero nada más. ¿Qué había alrededor? ¿En qué calle estaba? ¿Estaba en su misma ciudad, en su mismo país siquiera?

Sintió que debía rendirse o su cabeza estallaría, literalmente. Respiró hondo y solo se quedó mirando al vacío, sin saber qué más hacer. Por fin, hubo una chispa en su interior. Lo vio en una especie de destello: el nombre de una tienda que estaba al lado de la casa. The Flowery Ship. Recordó que era una florería con decoración y temática espacial. Sintió lo extraño de ello y experimentó una especie de déjà vu, como si no fuese la primera vez que se preguntaba por qué escogerían el tema espacial para una florería. Aquello, de alguna forma, lo hizo sentir más seguro.

Interrumpió a Celia para que lo ayudara. Le nombró el local y le pidió que lo buscara. La había visto usar el celular para ver fotos, videos y, sobre todo, para buscar información; él todavía no lograba entenderlo del todo, así que necesitaba que ella hiciera esa magia. Ella entró en una aplicación de mapas en línea e introdujo el nombre que Oscar le dio. Por fortuna, The Flowery Ship no estaba en el otro extremo del mundo, aunque tampoco podría llegar ahí a pie. Estaba ubicada en los

límites de Texas, a varios kilómetros de allí.

En las fotos publicadas por los usuarios, se veía la fachada de la florería, así como partes del interior e incluso las propias flores en todas sus variedades y colores. En un par de las imágenes que mostraban el exterior, podía llegar a verse parte de la casa que él había visto en su mente. Su corazón comenzó a palpitar más fuerte. Tenía razón, lo sabía: era real. Tenía que ir allí y descubrir por qué la recordaba.

—¿Es lo que veías en tu mente? —Celia cortó sus pensamientos excitados—. ¿Quieres que vayamos? No es muy cerca, pero podríamos…

—Luego te digo —la interrumpió él.

***

Una hora después, cuando terminaba de cambiarse después de una ducha, lo sorprendió el sonido del timbre. Y lo desconcertó más ver a ese hombre entrar en la casa luego de abrazar a Celia. ¿Cómo era que se llamaba? Walter. Era Walter, quien se suponía que era su mejor amigo.

Al ver a Oscar, este lanzó una risa mezclada con una especie de chillido mientras repetía «¡Sí, sí, sí!» y lanzaba puñetazos de celebración al aire. Era muy efusivo.

—¡Es real! ¡Amigo, es real! —Walter lo abrazó tan fuerte que Oscar se quedó sin aire. Cuando lo soltó y vio su expresión, bajó su energía de forma considerable—. Lo siento, es que estoy tan feliz de tenerte de vuelta. Yo creo que nunca te fuiste en realidad, pero, ya sabes…

—Gracias, Walter —contestó Celia, que intervino al ver que Oscar no tenía palabras—. Estamos muy contentos de tenerte aquí con nosotros después de tanto tiempo.

—Ha pasado tanto, sí.

—Ven, vamos a la cocina.

Se sentaron a la mesa y Celia sirvió jugo de naranja.

—No he tenido tiempo de cocinar, así que ordené unas pizzas. Llegarán en un momento.

—Perfecto —dijo Walter, sin dejar de mirar a Oscar—. En serio, me alegra muchísimo que estés bien, amigo.

—Gracias…

Celia trató de alivianar la ansiedad que veía en Oscar y le preguntó a Walter sobre la vida en un país totalmente distinto, sobre su trabajo, su esposa y sus hijos. Él le contestaba, y ambos entablaron una conversación en la que Oscar no aportó nada.

Oscar era espectador y, con disimulo, miraba y estudiaba a Walter, cada palabra, cada gesto, en un intento de que su memoria le devolviera algo de ese hombre. Su mejor amigo. Aunque no conseguía nada en materia de recuerdos, sí estaba obteniendo algo del presente: le agradaba Walter. Había algo en su voz y en su presencia que le aseguraba que era tal y como se estaba mostrando en aquel momento,

que era alguien sincero y desinteresado. ¿Se puede estar con alguien que no conoces, o que no recuerdas conocer, y sentir que podrías confiar todo a esa persona, incluso sin entender del todo por qué?

Terminaron de cenar y se quedaron charlando un rato más en la cocina. Luego, Walter volvió a mirar a Oscar.

—La noche está estupenda, ¿te gustaría sentarnos afuera un rato y charlar entre nosotros? Sin presiones. Es que en verdad te extrañé, y tal vez alguna de mis historias sirva de ayuda para tu memoria.

Ambos miraron a Celia. Ella asintió y Oscar aceptó.

—En el patio trasero —dijo de repente al recordar a Isaac.

—Perfecto.

Se sentaron en las sillas de madera, con la noche sobre ellos y las estrellas observándolos.

—Escucha, no me golpees —dijo Walter—, pero ¿es cierto que no recuerdas nada?

Otra persona más en su entorno que dudaba de su condición. Oscar intentó descifrar la mirada de Walter, pero era más difícil ver sus ojos con claridad allí afuera.

—Sí, es verdad.

—De acuerdo, es que… no dejo de pensar en lo que me dijiste una de las últimas veces que hablamos.

A Oscar se le agitó el corazón, aunque intentó ocultarlo con una expresión neutra.

—¿Qué dije?

—Que serías capaz de cualquier cosa por volver a comenzar, por borrar el pasado y poder vivir de otra manera, por deshacer todo lo que habías hecho.

Oscar tragó saliva.

—¿Dije eso?

—Sí, lo hiciste. Y sé que en realidad lo sentías.

—Escucha, necesito pedirte algo. —Oscar quería cambiar de tema y aprovechó para seguir un impulso.

—¿Qué? —Walter lo miraba, confuso.

—Lo siento, es que… —Oscar no sabía cómo explicarlo, pero debía intentarlo; Walter era su oportunidad—. Es cierto, no te recuerdo, pero te veo. Algo en mi interior me dice que puedo confiar en ti y por eso lo haré.

—¿Qué hay de Celia? ¿No confías en ella?

—Sinceramente, no al cien por ciento.

—Celia te ama, Oscar. Ella dio todo por ti, soportó mucho dolor y…

—Por favor, escúchame —lo interrumpió.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres pedirme?

—Necesito que me lleves a un sitio. Un lugar que recuerdo y necesito saber por qué.

—Entonces sí recuerdas cosas.

—Estoy empezando a hacerlo, pero ninguna de ellas tiene nada que ver con lo que me cuenta Celia, con lo que me contó mi hermana ni con nada de la supuesta vida que tenía antes del accidente, y necesito entender la razón.

Walter se quedó mirándolo, al parecer procesando cada palabra. Oscar creyó que iba a dejarlo allí e irse sin más, pero, por fin, le preguntó:

—¿Adónde quieres que te lleve?

63

Oscar

Al día siguiente, Walter fue a casa de Celia y Oscar con la estrategia perfecta: le dijo a ella que había convencido a su amigo de llevarlo a recorrer algunos lugares que conocían mientras reproducía en el auto la música que solían escuchar juntos para ver si eso lo ayudaba. Celia dudó, pero Walter era un maestro en convencer a cualquiera y terminó cediendo, aunque insisti ó en que condujera con precaución y sean cuidadosos en todo. Walter le aseguró que todo estaría bien y se fueron.

—No puedo creer lo fácil que fue convencerla —dijo Oscar en tanto subía al auto.

—Aunque no lo creas, Celia sabe que cuando digo algo es cierto. Claro que en este caso no es así, pero, si lo piensas, no es una completa mentira: te llevaré a un lugar para ayudarte a recordar, y también escucharemos la música que solíamos disfrutar. —Conectó su celular a través de la señal Bluetooth y presionó la pantalla un par de veces. Comenzó a sonar la música de Led Zeppelin.

—¿Qué es eso? —preguntó Oscar.

Walter sacudió la cabeza, pero no dejó de conducir. Tenían que llegar lo antes posible, y quedaba un largo camino.

***

Llevaban casi dos horas viajando cuando Walter se detuvo a cargar gasolina. Tomaron café con bagels y siguieron adelante.

—Realmente estoy feliz de que estés de vuelta —se sinceró Walter; Oscar no dijo nada—. Admito que, en un principio, estuve muy enfadado contigo y te hacía responsable de lo que te había pasado. Creía que todo ese alcohol y esa miseria te habían llevado justo al destino inevitable. —Bajó el volumen de la música—. Hasta que, poco a poco, empecé a entender que era más que eso.

—¿Más?

—Empecé a intentar ver a través de tus ojos con el conocimiento de todo lo que me habías contado durante años. Tu matrimonio y como fue poniéndose cada vez más frío, distante y conflictivo; Brandon y su evidente desinterés o, según tus palabras, su rechazo hacia ti; tu soledad…

Oscar lo miraba con los ojos llorosos.

—Porque, aunque nunca lo decías y nunca lo habrías aceptado, estabas solo, amigo. Te habías alejado incluso de mí, hasta esa noche en que Celia apareció en casa, preocupada por ti. Habías dicho que llegaste al límite, que hasta lo habías pasado, y que querías terminar con todo. Yo me convencí de que era otra de tus escenas de borracho, pero en el fondo algo me dijo que esa vez era distinto y no hice nada para… —Walter estuvo a punto de llorar, pero logró tragarse las lágrimas.

—Tranquilo —intentó consolarlo Oscar, confundido por la empatía que Walter le generaba—, no fue tu culpa. Tú no eres responsable de lo que haya hecho o de lo que me haya pasado. Está más que claro

que yo tomé un camino equivocado y, tal y como dijiste, me llevó a un destino inevitable. Nada de eso es tu culpa. Celia me dijo que siempre fuiste un buen amigo, y en verdad lo eres. Mírate, estás aquí ahora, ayudándome en esta locura. Te lo agradezco.

—Agradezco que lo agradezcas —respondió Walter, y rieron juntos, más distendidos—. Dije que siempre te ayudaría en lo que pueda y eso estoy haciendo. Aunque, a decir verdad, juraría que nunca estuviste donde estamos yendo; sé que yo jamás he venido hasta aquí.

Oscar miraba alrededor y buscaba sentir algo familiar.

—Estamos cerca —anunció su compañero—. Solo debo girar aquí.

Llegaron a la esquina en la que estaba ubicada la tienda de flores y, pegada a ella, estaba la casa que estaban buscando, la que había visto en su mente. Allí estaba. Era real. Oscar sentía una mezcla de emociones al comprobar que no se había equivocado, que no había sido solo una alucinación.

El auto se detuvo, así como el corazón de Oscar. Por un momento, se quedó mudo, solo mirando hacia la casa. Sus ojos, bien abiertos; su cuerpo, tieso y tembloroso a la vez; su respiración, agitada.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarse mirando y ver si alguien entraba o salía de la casa? ¿Bajar del auto y tocar la puerta? ¿Qué diría?

—¿Estás seguro de que recuerdas este lugar? —La voz de Walter lo hizo salir del mar de dudas.

—Sí —murmuró.

—Es linda.

Había un gran ventanal en el frente con unas cortinas que dejaban ver que la luz del interior estaba encendida. Había alguien. ¿Quién vivía allí? Oscar no dejaba de contemplar todo y sorprenderse por lo exacto que era a su recuerdo. Ahora estaba seguro de que era eso, un recuerdo, lo que lo hizo temblar mucho más. Tragó saliva y se esforzó por mantenerse entero.

—¿Quieres que veamos si nos atienden? —preguntó Walter—. Puedo tocar e inventar algo para hablar con quien vive allí, y tú puedes mirar y escuchar, ver si recuerdas algo más.

No era una mala idea, pero algo le decía que debía hacerlo solo, por más nervioso y asustado que estuviera.

—No, gracias. Yo iré. Espérame aquí, por favor.

Walter iba a negarse, pero la mirada de Oscar denotaba decisión. Asintió y se quedó sentado mientras él abría la puerta del acompañante y se dirigía a la casa.

Caminó por el sendero de piedras mirando sus pasos, sintiendo que definitivamente había estado ahí. Su corazón golpeteaba en su pecho cada vez más fuerte. Cerró los ojos y, luego de respirar profundo, tocó el timbre.

Un segundo, dos, tres, siete, ocho.

Escuchó a alguien que se acercaba del otro lado.

64

Oscar

Una mujer de apariencia cansada pero amable lo mir ó desde detrás de la puerta, que abrió unos centímetros. Oscar la observ ó y estudi ó en microsegundos. Tenía cabello gris, aunque no aparentaba más de cuarenta y cinco años ; se podía ver que llevaba una blusa color beige y dos collares de perlas, uno más largo que el otro. Oscar experiment ó una sensación que no podía describir. ¿La conocía? ¿De dónde? ¿Cómo se llama ba?

—Hola, ¿puedo ayudarlo? —El tono de voz de la mujer era agradable, aunque cauteloso.

—Yo… Hola. Perdón, es que…

—¿Se encuentra bien? ¿Está perdido?

—Estoy bien, solo que…—Oscar no sabía qué decir. No lo había pensado.

La mujer tenía los ojos fijos en él y temía que fuera a cerrarle la puerta en la cara, pero notó que ella lo miraba de una forma curiosa. Sintió algo en esa mirada, ¿otro déjà vu?

—Discúlpeme, es que vine aquí por una razón, pero ahora me doy cuenta de que explicarla es mucho más complicado que sentirla.

—Ah, ¿sí? —La mujer se mantuvo en el mismo lugar, aunque cerró un poco más la puerta—. Si no se explica en dos segundos, puede irse.

Oscar quería dejar de pensar, de dudar, de temer. Se convenció de que era el momento de expresar todo lo que había sentido desde que despertó en ese hospital. ¿Qué importaba si ella creía que estaba loco? Él creía conocerla, pero tal vez no era cierto. E incluso si lo era, él no la recordaba. Con esa determinación, se animó a soltarlo todo, saliera como saliera.

—Lo que diré sonará raro, hasta lunático, tal vez, pero solo escúcheme —comenzó—. Estoy aquí porque estoy casi seguro de que conozco esta casa, y, ahora que la veo a usted, también estoy casi seguro de conocerla. Digo «casi» porque no lo recuerdo. ¿Quiere saber por qué? Porque perdí la memoria. ¿Y eso por qué? Porque tuve un accidente y estuve en coma por doce años —dijo de corrido; luego, hizo una pausa para tomar aire.

—Continúe —dijo la mujer, que lo seguía mirando de arriba abajo.

Oscar le explicó todo lo que pasó, o todo lo que le habían dicho que pasó, y lo que vivió desde que había vuelto a despertar en el hospital. Le mencionó la falta de memoria, los sueños confusos que sentía como recuerdos, y como creyó recordar esa casa en la que se encontraba ahora.

—¿Usted vio mi casa en su mente? —preguntó ella, pronunciando cada palabra lentamente.

—Sí. ¿Usted… usted me conoce?

—Podría asegurarle que nunca lo he visto en la vida, sin embargo…

Oscar había comenzado a bajar la cabeza, desilusionado, pero volvió a mirarla con atención.

—Esos ojos… —murmuró ella—, esa mirada.

—¿Qué?

—Si lo miro a usted, por completo, es alguien que nunca he visto. Pero, si me centro solo en su mirada, es como si lo conociera. —Se quedó callada y luego soltó una suave carcajada—. Ahora yo sueno lunática.

Cuando un nuevo destelló iluminó su mente, Oscar se congeló. Esa risa, ese tono de voz… Y la vio. La vio a ella riéndose frente a él con un vaso en la mano. Definitivamente era un recuerdo. Y, de repente, su mente le dijo su nombre.

—Samira —soltó—. Su nombre es Samira.

65

Diana

Diana llegó del trabajo contenta, había sido un día tranquilo en el hospital. Aparcó el auto y, en cuanto apagó el motor, miró la puerta de su casa: estaba entreabierta.

Tuvo un mal presentimiento.

Su vista fue directo a la cochera, donde el auto de Stefan estaba descansando. Significaba que él estaba en casa. ¿Había dejado la puerta abierta sin darse cuenta? O, tal vez, fue a algún lado a pie. Pero ella estaba convencida de que, en ese caso, se aseguraría de cerrar la puerta con llave.

Vio que las cortinas estaban cerradas y no había señales de luz en el interior. Bajó del auto, intentando aplacar el atisbo de temor que comenzó a sentir, y abrió la puerta por completo.

Al entrar, se quedó paralizada.

66

Oscar

La mujer se había quedado muda.

Oscar la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido de lo que acababa de experimentar. Ella siguió sin hablar por unos segundos, y luego, con un suspiro lleno de duda, abrió lentamente la puerta.

—Pasa…

Oscar entró, sin permitirse dudarlo. Se encontró en una gran sala, con una mesa baja y cuatro sillones alrededor. Las paredes eran blancas y no tenían ningún tipo de decoración. En un rincón había un estante con libros y revistas, y una mesa de escritorio con una computadora. El lugar olía a incienso.

¿Qué era esa sensación? ¿Así se sentía estar en un lugar en el que ya habías estado antes? ¿Así se sentía la familiaridad?

—Sí, mi nombre es Samira —dijo ella mientras le hacía un gesto para que tomara asiento—. ¿Cómo lo sabes?

—Es que… lo recordé, supongo. —Oscar se sentó frente a ella.

—¿Supones?

—Es decir, lo recordé, sí. Tuve un recuerdo en el que te vi tomando algo y riendo. Recordé eso, y siento que te conozco, pero no sé cómo.

—Mira, podría creer que suenas lunático, como tú dijiste, pero hay algo en ti, en cómo me miras, cómo me dices lo que dices, que me demuestra que de verdad crees lo que estás diciendo. Además, tienes algo…—Samira seguía mirándolo de manera profunda—. Tienes algo que me hace sentir que yo también te conozco, aunque tampoco sé cómo.

—No solo siento que te conozco, o te conocía. También siento que he estado aquí.

Ella se lo quedó mirando una vez más.

—No creo que hayas estado aquí, eso podría asegurarlo. —Sin dejar de mirarlo, cambió de posición en el sillón—. ¿Por qué no me cuentas mejor lo de tu accidente y un poco de lo que sabes de tu vida antes de eso?

Oscar repitió algunas de las cosas que le había dicho afuera, aunque esta vez intentó ser más específico y hablar más claro. Le dijo su nombre; le habló de Celia, Fiona y Brandon; le contó sobre cómo le habían dicho que ocurrió el accidente y el tiempo que estuvo en coma… Trató de decir todo lo que pudo.

—Cielos, suena a demasiado. —Samira seguía estudiándolo con la mirada, decidiendo cuánto de lo que decía aquel hombre tomaría como cierto.

—Es demasiado. Y lo peor es que todo lo que me han contado de mi pasado, no siento que haya sido así. Hay una parte de mí que repite que no soy esa persona que dicen que era, que nunca haría todo lo que me contaron. Pero supongo que nadie quiere admitir sus errores más terribles.

—Pero dijiste que sí recordaste algunas cosas…

—Sí, pero son distintas a todo lo que me han dicho. No coinciden con la vida que tengo ni con la que dicen que tenía.

—¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, mi hermana Fiona. Vino a verme y hablé con ella. En un momento, tuve esta visión que juraría que es un recuerdo. Ella se presentaba conmigo. Estábamos en un auditorio o un teatro, con mucha gente en el público. Era como si estuviéramos a punto de hablar ante toda esa gente, pero ¿por qué se presentaba si es mi hermana? ¿Y por qué estaba ahí con ella? Ella es una traductora y trabaja en todo el mundo, pero, según ella, yo nunca estuve en ninguno de sus eventos, mucho menos sobre el escenario.

Samira parecía estar procesando lo que Oscar decía.

—Y, luego, me recordé tocando la guitarra frente a mi bebé, y había una mujer rubia de cabello ondulado conmigo, pero no era mi esposa. También recuerdo gritos, peleas, discusiones; eso sí coincidiría con mi vida antes del accidente. Pero no veo a Celia o a Brandon en esas peleas, solo veo oscuridad. Y luego oigo un disparo.

—Bien, detente —dijo Samira, frotando sus sienes con una mano—. Solo para un momento.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es que… nada. Continúa.

—Sinceramente, no tengo idea de qué sucedió ni qué sucede, pero a veces siento como si todo fuese mentira, como si no fuera quien dicen que era. ¿Pero por qué me mentirían? Y ahora estoy aquí y siento tantas cosas... En serio, podría jurar que te conozco, solo que no recuerdo cómo.

Se miraron en silencio durante unos segundos.

—Okey, creo que deberías irte —dijo ella—. No sé si esto es una broma, si alguien te envió o qué, pero tienes que irte.

—No, por favor. Tienes que ayudarme. No estoy bromeando, todo lo que digo es verdad. ¡Por favor!

Se inclinó para acercarse más a ella, con mirada suplicante y los ojos bien abiertos. Fue en esos segundos que algo hizo clic en ella.

—Dios mío —murmuró con su vista clavada en Oscar—. No. No puede ser cierto. No puede ser real. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —Él comenzó a temer por la forma en que ella lo miraba.

—Estoy es muy extraño —confesó Samira—. ¿Sabes qué sentí desde que te vi? Que me recuerdas a alguien, solo que no podía descifrar a quién. Luego, todo lo que dijiste… Y ahora, mirando bien tus ojos, lo veo… Pero es imposible.

—¿Qué?

—Mi mejor amigo —dijo Samira—. Lo veo en tus ojos.

67

Brandon

Brandon salió a correr, lo necesitaba. Correr siempre lo ayudó a soltarlo todo, a sentir que podía dejar atrás las cosas que lo agobiaban. Claro que a veces no funcionaba, pero siempre lo intentaba.

Había salido hacía media hora y ya se sentía cansado; sin embargo, no se detenía. Seguía repasando una vez más todo el dolor de su vida, todas las carencias. Pensaba en su necesidad de cariño paterno, que nunca pudo suplir. En los excesos en los que cayó solo por un poco de emoción y olvido: el alcohol, las drogas. Siempre se había dicho a sí mismo que no terminaría como su padre y odiaba aceptar que tenían eso en común.

Le encantaría empezar de nuevo, como le dijo su amigo David; era lo que necesitaba. Pero ¿era posible? Por una vez en la vida, sentía que podría abrirse a la ínfima posibilidad de darle otra oportunidad a su padre, aprovechar eso que había sucedido y empezar de nuevo con él…

¿Y si su padre no podía? Tal vez querría hacerlo; después de todo, no recordaba nada. Su madre le había dicho que ahora era distinto, como si fuese otra persona. ¿Qué pasaría si de repente volviera a recordar, si volviera a ser el mismo de antes? No podría soportarlo. Tenía miedo de eso.

Debía admitirse que ya no soportaba sentirse así. Ya no podía seguir enojado con la vida, con su padre, con él mismo. Quería dejar todo ir, terminarlo de una vez.

Al volver al edificio donde se encontraba el departamento de David, se detuvo en los escalones de entrada, se sentó mirando a la calle y, con la música de sus audífonos como compañía, se quedó reflexionando y doblegando todas las emociones conflictivas que gritaban dentro de él.

Era tiempo de decidir cómo seguir.

68

Diana

Diana estaba cara a cara con el horror, con lo peor que podría haber imaginado. Frente a ella, Norah y Horacio tenían a Stefan y a Nancy atados y amordazados, de rodillas, mientras les apuntaban con pistolas.

Se quedó sin aliento. Miró a su esposo y a su hija, asustados e inmóviles como presas sin escape. Quería gritar, quería correr hacia ellos y salvarlos, incluso si le disparaban y la mataban a ella; no le importaría. Pero las armas estaban casi clavadas en los cráneos de las personas que más amaba en la vida. No podía arriesgarse a que les dispararan a ellos.

—Por favor —rogó—. Déjenlos ir. Tómenme a mí. —Miró a Norah, luego a Horacio—. Por favor, suéltenlos.

Norah negó con la cabeza sin decir nada. La mirada de Horacio iba de su esposa a los rehenes sin parar.

—¿Qué quieren?

—Ya lo sabes —dijo Norah.

—No puedo —respondió ella—. Ya te dije que no puedo traer a tu hijo de vuelta, no puedo hacer que despierte.

—Entonces, tendré que dejar a tu hija en el mismo estado que mi amado Miguel. —Hundió la pistola más fuerte en la cabeza de la pequeña Nancy, que lloraba, aterrada.

—¡No! —gritó Diana.

Norah miró a Horacio y asintió con la cabeza. Él disparó.

69

Oscar

—¿T u mejor amigo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Oscar.

Samira asintió. Parecía como si estuviese ordenando varios pensamientos en su cabeza, como si buscara expresar bien lo que quería decir o tratara de entenderlo ella misma.

—Mi mejor amigo, tienes su mirada. Exactamente la misma, eso es lo que no podía terminar de ver. Sentía que me recordabas a alguien por tus ojos, esa chispa en la mirada. Es como si tuvieses sus ojos. —Samira no dejaba de mirarlo—. Diría que eres su hermano, pero Gregory era hijo único, así que no es eso…

—¿Gregory?

—Sí, ese era su nombre. Gregory Newton.

Oscar se quedó en silencio un momento. Volvió a ese paseo que dio con Celia, donde el llamado de alguien lo hizo voltear de forma instintiva. La mujer que había llamado a su hijo… Greg. Ella había gritado el nombre Greg. Gregory.

—¿Por qué hablas de él en pasado? —preguntó, intentaba encontrar algún sentido a lo que estaba pasando.

—Porque Gregory murió —respondió Samira—. Fue asesinado.

—Dios mío. —Esto se ponía cada vez peor. Oscar sintió su cuerpo tiritar.

—Su esposa… Su esposa lo mató.

—¿Qué?

—Sí, esa maldita zorra manipuladora...

—Espera. Yo recuerdo estas discusiones y gritos, recuerdo a un bebé rubio con rizos; a una mujer rubia, joven. Y… hace unos días, una madre llamó a su hijo en la calle y yo me volví, como cuando uno escucha su nombre. Solo que… el nombre que ella dijo era Greg.

—Estás bromeando.

—No, te juro que no. Yo… —Oscar intentaba encontrar una explicación coherente a todo. Se le ocurrió algo—. ¿Tienes fotos de él? ¿Tienes fotos de Gregory?

—Sí. —Samira comenzó a buscar en la galería de su celular—. Mira, este es él.

Vio a un hombre joven, apuesto, de cabello castaño lacio y flequillo largo, sonriente, con un cigarrillo en la mano. Oscar le pidió que

ampliara el área de la cara, pero en la fotografía no se apreciaban bien sus ojos. Sin embargo, sentía algo indescriptible al ver aquella imagen.

—Gregory era una persona maravillosa y talentosa, pero no tuvo un final feliz —dijo Samira—. Vivió cosas que no se merecía y, aunque siempre dio lo mejor de él, todo se desmoronó y terminó de una forma terrible. Él siempre buscaba lo bueno, lo positivo, la luz, la espiritualidad.

Oscar asintió, prestando suma atención a Samira, que parecía transportada a otros tiempos, a otros momentos.

—¿Sabes qué creo? —murmuró ella.

—¿Qué?

—Que tú eres él. Tú eres Gregory.

Oscar sintió que podía reír a carcajadas con lo que Samira acababa de decirle, pero, por algún motivo, no tuvo ninguna reacción, solo se quedó mirándola.

—Ahora soy yo quien cree que estás bromeando —dijo.

—Sé cómo suena, pero escucha. Como te dije, Gregory siempre buscaba un propósito en todo, buscaba lo espiritual, entender el mundo en el que vivimos y lo que hay más allá, lo que no vemos. Él siempre me decía que tenía que haber más. Yo también siempre lo creí y viví mi vida aprendiendo sobre todo ello: religiones y creencias, credos, la forma en la que las civilizaciones antiguas veían la vida y el más allá… Comencé a guiarlo, a impartirle un poco de lo que sabía. Él

investigaba, meditaba y trataba de practicar lo que podía, hacerlo parte de su vida. Creía mucho en el karma, en otras vidas… En todas esas cosas que para muchos son imposibles.

—Espera. No estarás hablando de…

Ella asintió.

—Reencarnación.

Para vivir hay que respirar, y para respirar debemos estar vivos. Para estar vivos, debemos pasar por miles de cosas, incluso las que no queremos, las que nos duelen, las que nos matan. Pero debemos continuar si queremos seguir viviendo. Morir puede ser pasar por lo más horrible, lo más desgarrador, lo más humillante, lo más destructor. No es fácil pasar por cosas así, pero una vez que las superamos, sigue algo mejor. Sigue la vida, nuevamente brillante y con más oportunidades.

¿Qué estamos dispuestos a hacer para seguir viviendo? ¿Qué estamos dispuestos a hacer para ser felices de una vez por todas, para tener una segunda oportunidad?

¿Estamos dispuestos a llorar, a perdonar, a soltar?

¿Estamos dispuestos a olvidar?

¿Estamos dispuestos a morir?

71

Oscar

—S olo piénsalo —insistió Samira, tratando también de sonar elocuente para ella misma—. Imagina que Gregory murió, pero su alma reencarnó en tu cuerpo. Suena imposible. Pero, ¿sabes qué?, tal vez no lo es. Yo también creo que vivimos otras vidas antes de esta y que viviremos otras después. Tal vez nunca me sumergí a aprender sobre el tema como hacía él, pero, de alguna forma, siempre lo creí, y cuando él me contaba todo lo que iba aprendiendo o sobre lo que iba leyendo, me parecía fascinante. A decir verdad, siempre que pensé en reencarnación, pensaba en volver en otro tiempo, otra época; tal vez, incluso, en otro universo. Nunca imaginé que se podría volver al mismo mundo y en el mismo período.

—Diría que lo que planteas es una locura, pero algo en mi interior siente una conexión contigo y con lo que estamos hablando. Siento algo, aunque no sé explicarlo. Quiero entender todo esto.

—De acuerdo. Dices que estuviste en coma por ¿cuánto tiempo? ¿Doce años? —Vio a Oscar asentir y continuó—: ¿Cuándo volviste a despertar?

—Hace dos meses.

—Dios mío.

—¿Qué?

—La semana que viene se cumplirán dos meses de la muerte de Gregory.

Oscar ya no tenía palabras. ¿Era posible? ¿Por qué había algo en toda esa locura que tenía sentido para él?

—¿Gregory tenía hijos?

—Tuvo un hijo. Lo perdió cuando tenía apenas unos meses de nacido. Fue horrible. Él estaba destruido y…

—¿Tienes fotos del bebé? —la interrumpió Oscar.

—Sí. —Samira volvió a buscar en la galería de fotos del celular—. Este es, su nombre era Christopher.

—Santo cielo. —El corazón de Oscar se detuvo.

—¿Qué?

—Es el bebé que vi en mis recuerdos.

—¿De verdad?

—Sí.

No podía dejar de mirarlo. Era él. ¿Entonces, era cierto? ¿Esos recuerdos eran de otra persona? ¿El alma de ese hombre ahora estaba en su cuerpo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Por favor, necesito saber todo sobre Gregory —le rogó—. Dímelo todo. Dime todo lo que sabes.

72

Gregory

Gregory Newton había muerto joven, luego de una vida tumultuosa, llena de subidas y bajadas, de fracasos y glorias. Había logrado consagrarse como un exitoso director de cine y había llegado hasta Hollywood, pero, al igual que Oscar, había nacido en Vrivier.

Algunos artistas son tocados con la varita mágica prácticamente desde que nacen, mientras que otros deben forjar su camino a la cima a base de esfuerzos interminables, rechazos, prejuicios y mucho trabajo. Greg había estado en un punto medio.

Sus abuelos habían sido actores de moderado éxito que, tras protagonizar varias películas en sus tiempos, se retiraron y formaron su familia establecidos en Texas, donde murieron. Su hija, la madre de Greg, se mudó a Vrivier porque allí vivía un amigo de sus padres que también había sido actor y, en aquel momento, se dedicaba a dar clases de actuación.

Ella también soñaba con aparecer en películas y ser una estrella, mientras, trabajaba como mesera y tomaba cualquier otra oportunidad para ahorrar dinero. Por desgracia, ella nunca logró pasar ninguna audición, y pronto, ante la necesidad económica, se dio por vencida. En ese entonces conoció a quien se convertiría en su esposo, un contador que, encandilado por aquella mujer, la contrató como asistente y le enseñó todo.

Greg había crecido escuchando historias de sus abuelos, las estrellas de cine, que su madre amaba narrar, muchas veces con el dejo

semiamargo de saber que ella nunca consiguió lo mismo que ellos. Él, en cambio, estaba determinado a lograrlo, no como actor, sino como director. Se preparó y, mientras aprendía, desarrollaba sus propios proyectos independientes, hasta que fue semifinalista en una competencia internacional y comenzó a llegar a la prensa. En poco tiempo, fue convocado para dirigir un cortometraje que terminó siendo nominado en varios festivales, y al año siguiente dirigió su primera película, que lo llevó a la fama. Desde entonces, con múltiples proyectos, fue ganador del premio a mejor director en varias ocasiones y se convirtió en una superestrella.

El gran amor de su vida llegó cuando preparaba uno de sus largometrajes. Durante las audiciones para las coprotagonistas, conoció a Cindy Lark, una joven actriz que estaba dando sus primeros pasos. Él notó cierta chispa especial en ella, y junto al equipo de selección la hicieron pasar a una segunda prueba, en la que terminó obteniendo el papel.

Mientras se realizaba la película, Greg se dio cuenta de que la chispa que había percibido no era solo por la calidad interpretativa y el carisma de Cindy, sino también porque le parecía increíblemente hermosa y sexy. Comenzaron a salir e hicieron pública su relación durante las conferencias de prensa de esa película, gracias a la cual Cindy obtuvo sus primeras nominaciones como mejor actriz de reparto y actriz revelación. A partir de ese momento, la carrera de ella también despegó; juntos formaban una de las parejas soñadas del mundo del espectáculo. Por desgracia, Cindy no solo fue el amor de su vida, sino también su oscura perdición.

Tras dos años de relación, ambos tuvieron un hijo. Todo el mundo estaba encantado con la noticia. Sin embargo, tres meses después del nacimiento del bebé, a quien habían nombrado Christopher, la felicidad se convirtió en pesadilla: el hijo de Greg fue secuestrado. Cindy lo llamó muy alterada cuando él estaba en el set para decirle que, mientras tomaba una siesta, alguien había entrado a la casa y se había llevado a su bebé. Hubo una investigación, muchas hipótesis y, sobre todo, un gran revuelo en la prensa. En aquellas semanas, Greg había ganado un premio en una gala a la cual no asistió.

Tras algunos años sin encontrar a Christopher ni descubrir sospechosos, la policía dejó el caso abierto; no podían seguir usando recursos a menos que hubiera nuevas pistas o elementos que los llevaran en alguna dirección específica.

Él y su esposa se hundieron en una larga depresión. Ella lo canalizaba con muchas fiestas, alcohol y excesos. Fue arrestada por conducir ebria y hasta tuvo una sobredosis de cocaína. Greg, en cambio, había dejado de trabajar, no veía a nadie y se sentía perdido. Ella lo abandonó, diciendo que la culpa no la dejaba en paz y que necesitaba intentar mejorar por sus propios medios. Él no lo comprendía y siguió deprimido por varios meses, hasta que, gracias a sus amigos, colegas y gente que lo amaba, logró levantarse poco a poco.

Samira fue una de las personas que lo ayudó a entender que ese no era el final y que podía honrar la memoria de su hijo al tener una vida digna y llena de luz. Retomó algunos proyectos, pero también comenzó a hacer terapia, incursionó en el yoga y en el estudio de la espiritualidad, las distintas religiones y el más allá.

Pero si el secuestro lo había trastornado, lo que vino a continuación terminó por destruirlo.

Más de quince años después, Cindy volvió a su casa. Mientras que Greg se veía mejor y estable, ella lucía alterada y ansiosa. Comenzó a pedirle perdón por lo que había pasado y a llorar. Él intentó decirle que debía dejar de culparse, que él no la culpaba y que aún la amaba, pero ella seguía hablando entre sollozos.

Le confesó que a Christopher no lo habían secuestrado, sino que ella lo mató. Dijo que nunca había querido ser madre, pero quedó embarazada por no haber tomado sus pastillas anticonceptivas, y que había intentado aceptar la maternidad, aceptar a su bebé, pero no podía. Admitió que desde el nacimiento de Christopher había estado

deprimida, aunque procuró ocultarlo. No lograba conectarse con su hijo, no lo amaba, no sabía cómo cuidarlo y no soportaba verlo llorar. Y, de pronto, estalló. Había estado sola con el niño todo el día y ya no podía soportarlo. No dejaba de pensar en su futuro; en su carrera, que apenas comenzaba; en que ese bebé crecería y requeriría más y más de ella. Entró en pánico y le quitó la vida con una almohada; luego, lo llevó lejos y lo enterró.

Greg sintió que el suelo se resquebrajaba debajo de él. No lograba procesar del todo lo que Cindy le había dicho. Ella comenzó a disculparse, a rogarle que la perdonara y que la entendiera. Él le cerró la puerta en la cara y fue a su cuarto, donde gritó a todo pulmón. Cindy entró e insistió en que se arrepentía, que la culpa no la dejaba en paz, que desearía no haberlo hecho y que quería otra oportunidad con él.

Greg buscó su celular para llamar a la policía, pero ella le pidió que no lo hiciera. Él siguió buscando y se dio cuenta de que lo había dejado en la cocina. Corrió hacia allí. Ella lo siguió mientras le gritaba y le suplicaba que se detuviera, que no lo hiciera. Greg la ignoró y marcó, pero Cindy abrió el cajón en donde guardaban el rifle que tenían por seguridad, le apuntó a Greg y disparó.

73

Diana

Soltó un grito clamoroso. El disparo impactó contra el techo, enmudecido por el silenciador. Ella recuperó el aliento cuando vio que Stefan y Nancy estaban bien: él rogaba con la mirada; Nancy lloraba, mojando la mordaza con sus lágrimas, su rostro deformado por el miedo y la desesperación.

Estaban sufriendo, horrorizados, pero estaban vivos.

Diana necesitaba hacer algo. Debía pensar cómo salvarlos. Sabía que no podían verla usar su celular, porque la matarían sin dudarlo.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó, solo para hacer tiempo—. ¿Cómo entraron? ¿Cómo consiguieron las armas?

—Simplemente lo hicimos —respondió Horacio—. Es fácil hacer contactos que te provean de estas cosas. Y tu esposo nos dejó entrar solo porque le dijimos que éramos tus pacientes. Seguro creyó que éramos inofensivos.

Diana volvió a mirar a Stefan, que había bajado la cabeza.

—¡No es tu culpa, cielo! ¡No es tu culpa! —le dijo.

—¡Cállate! —increpó Norah.

La doctora sentía que su corazón iba a estallar, pero sabía que, si movía un pelo, sería el fin. Norah se acercó más a ella.

—Es el momento —susurró en su rostro.

74

Oscar

Samira se quedó callada para dejar que Oscar procesara todo lo que acababa de contarle. Iban por la segunda taza de café. Habían pasado más de veinte minutos desde que ella lo había hecho pasar.

«¿Todo bien?», preguntaba Walter por mensaje de texto. Ya le había escrito hacía diez minutos, y Oscar le había pedido que lo esperara afuera. Ahora le respondió que todo seguía bien, aunque en realidad todo parecía revuelto, confuso e irreal.

—Gregory murió —continuó Samira—. Cindy fue a la cárcel. Nunca confesó dónde enterró a su bebé.

—Dios mío.

—Cuando lo supe, no podía creerlo. Greg era un gran amigo. Era amable, talentoso, positivo. Si no se hubiese involucrado con esa maldita…

—Lo siento mucho.

—Gracias.

Había un aire distinto en el lugar. Ambos podían percibirlo.

—Él estaba fascinado con lo que tenía que ver con las vidas pasadas y la reencarnación; leía sobre eso, veía videos… Creía que siempre había algo más allá y buscaba algo que le hiciera entender su propósito, el porqué de todas las cosas, un sentido superior. Creo que… Creo que tal vez él murió, pero su alma ahora está en tu cuerpo.

—No quiero ofender —respondió él—, pero ¿tú de verdad crees en eso?

—Sí, lo creo. Por supuesto que creer y tener evidencias son dos cosas totalmente distintas, pero te juro que te miro a los ojos y veo su mirada. Siento algo en tu presencia que me recuerda a él. —Se quedó pensando unos segundos—. ¿Puedo pedirte algo?

—¿Qué?

Samira se levantó y volvió con una hoja de papel y un bolígrafo.

—Tengo una foto que él me regaló en la que escribió algo. ¿Puedes escribirlo?

—¿Qué? ¿Para qué?

—Por favor. Escribe lo siguiente: «Gracias por todo, amiga. Te amo».

Oscar suspiró, pero lo hizo. Samira puso la hoja escrita por él al lado del reverso de la foto en la que Greg había escrito. La letra de Oscar

era irregular y algo temblorosa, porque todavía debía seguir practicando, pero era muy parecida a la de Greg: la forma de dibujar cada letra, los trazos…

—Entiendo lo que tratas de hacer, pero no podemos basar una teoría alocada en el parecido de unas letras —dijo Oscar en un intento de convencerse a sí mismo más que a ella.

—No es solo eso. Es sobre lo que recuerdas y lo que sientes, sobre lo que no entiendes. El pobre Greg buscaba un propósito, algo mayor. Era un hombre maravilloso y terminó de la peor manera, no se lo merecía. Nunca pudo disfrutar de ser padre, jamás logró esa plenitud. Creo que esta es una segunda oportunidad para él.

»¡Piénsalo! Me has contado que antes de todo esto eras un hombre malo, que peleabas con tu esposa y que no tenías una buena relación con tu hijo. ¡Tal vez es una oportunidad para ambos! Quizás es la oportunidad para que tú, Oscar, repares el vínculo con tu hijo, y así Greg también podrá ser el padre que nunca pudo llegar a ser.

Él la miraba y escuchaba estupefacto. No podía ser cierto, ¿o sí? En ese momento, vio una foto enmarcada sobre uno de los estantes. Algo lo atrajo hasta ella. Se acercó y la levantó para observarla. Se quedó de piedra.

No podía ser.

En la foto, Greg posaba con una gran multitud de gente detrás de él en lo que parecía ser un auditorio o un teatro. Junto a él, también sonriendo, estaba Fiona, la hermana de Oscar.

La foto lo hizo ver de nuevo aquella secuencia que había recordado. Fiona saludándolo y tendiéndole la mano. «Encantada de conocerlo».

No era un recuerdo de ella presentándose con Oscar, sino con Greg.

¿De eso se trataba todo? ¿Por eso había llegado hasta aquí? ¿Era ese el destino? No terminaba de entender porque era demasiado, pero tal vez no se trataba de comprenderlo. Siguió pensando un momento, y luego se levantó y salió sin despedirse de Samira.

75

Diana

—¿Q ué vas a hacer? —preguntó Diana.

—Eso depende. La que tiene que hacer algo eres tú. Yo no haré nada si tú haces lo que te vengo pidiendo, si dejas de ignorarme de una vez por todas.

—¿Hablas de Miguel? Ya te lo dije, no puedo hacer…

—¡Mientes! —gritó Horacio—. ¡Trajiste a ese Oscar de vuelta, y había muerto!

Diana lo miró, enmudecida.

—Obviamente, seguimos investigando al respecto —continuó Norah —. Descubrimos dónde vive, hicimos que lo muelan a golpes. Sentimos que pinchar tus llantas era demasiado poco, demasiado débil. No sabemos qué hiciste para que ese hombre vuelva a la vida, pero vas a hacer lo mismo para despertar a nuestro hijo.

—¡Yo no hice nada! —gritó, sobrepasada—. ¡Fue algo milagroso que ni yo ni mis colegas terminamos de comprender aún!

—Ya basta de tonterías. ¿Nos estás diciendo que ni siquiera puedes intentarlo? Nuestro hijo está inconsciente, apenas respira. Tú podrás trabajar con él y todos tus pacientes, pero te aseguro que no tienes ni idea de lo que es que tu hijo esté en ese estado.

—Es cierto, no lo sé. No puedo imaginármelo, debe ser terrible.

—Lo es. Verlo así y no poder hacer nada… Pero tú sí puedes por lo menos buscar una manera, una ínfima alternativa. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que muera? Al menos así sabríamos que está en paz.

—Norah, eso no depende de mí. Miguel podría despertar en cualquier momento. Comprendo cuánto lo deseas, cuánto lo necesitas, y te aseguro que si hubiera una cosa que pudiera hacer, la haría, pero no puedo. Si eso te enoja, te ruego que no te desquites con mi familia, con mi hija… por favor.

Norah echó a reír con una mezcla de furia y lágrimas en la mirada. Horacio la veía con los ojos cada vez más enfurecidos.

—Por favor —continuó Diana—, Miguel no querría esto. No querría perderlos así.

—¿Perdernos? —preguntó Horacio.

—Sí. Si siguen con esto, me matarán, o a mi familia. O a todos nosotros. ¿Y luego qué? Irán a la cárcel. Imaginen que entonces ocurra el milagro, que su hijo despierte. No estarán ahí para él, no podrán disfrutarlo, y él no tendrá ni a su padre ni a su madre. No tendría sentido, sería en vano. ¡Piénsenlo!

—Cállate. No tenemos que escuchar esto. Ya que no piensas hacer nada, yo sí lo haré.

En ese momento, Norah dejó de dirigir el arma hacia Nancy y, con los ojos ennegrecidos, apuntó a la cabeza de Diana.

76

Oscar

Salió de la casa, subió al auto y le ordenó a Walter que arrancara. Él le preguntó qué había pasado, si estaba todo bien, pero Oscar estaba perdido dentro de su mente, reflexionando sobre lo que acababa de pasar y sobre el significado de lo que había escuchado. Intentaba ubicarse en aquel laberinto, incapaz de entrelazar los caminos en su cabeza.

—Oscar, por favor, dime algo. ¿Quién era esa mujer? ¿La conocías?

—Sí… pero no —contestó él, deambulando por sus pensamientos.

—¿Qué? ¿Y eso qué quiere decir?

—No importa. Me dijo algo, algo importante. Me hizo preguntarme cosas y ver muchas otras. Solo déjame pensar un momento.

Aunque Walter no tenía idea de qué sucedía, se quedó callado y se ocupó de seguir conduciendo. Oscar pensaba en lo que sabía de sí mismo, lo que le habían contado Celia, su hermana, Walter. Esta vez, desplazó todas las dudas y se obligó a aceptar que tal vez todos ellos decían la verdad: Oscar había sido un hombre descuidado, mezquino, holgazán, alcohólico. Recordó lo que le había contado su vecino Isaac, y creyó que había sido realmente capaz de llegar a eso. Ese había sido Oscar. Ese había sido él.

O no.

Ahora sabía sobre alguien más: Gregory Newton. Gregory había sido un hombre con una buena vida, con sueños y metas, con una carrera, con un buen corazón, con amor y con el deseo de ser padre. Su final había sido trágico: su hijo murió, y él también. Nunca pudo criarlo ni disfrutarlo, y su hijo apenas había tenido la oportunidad de respirar. Todo quedó en la nada. A no ser que…

Tal vez él no había sido Oscar, había sido Gregory.

¿Podría Samira tener razón? ¿Podría haber algo más detrás de todo? ¿Algo que ni ellos terminaban de comprender? Si trataba de racionalizarlo, incluso podía encontrarle cierto sentido: los recuerdos que no coincidían con la vida que le contaban, el saber que conocía la casa de Samira, el sentir que la había conocido a ella. Y ella también lo había percibido; había notado a Greg en su esencia.

Pensó en lo que le dijo después, algo sobre el propósito de todo eso. Se permitió asimilarlo sin cuestionamientos. Cuando Oscar murió, el alma de Greg reencarnó en su cuerpo. Él no pudo seguir viviendo, no pudo ser padre ni crear un vínculo con su hijo, y Oscar tenía una relación fallida con el suyo. Tal vez esa era la oportunidad para ambos; el alma de Greg podría brindar a Brandon ese amor que nunca pudo dar a su hijo en vida, y Oscar podría reparar la relación con él.

No sabía si terminaba de creerlo, si era un loco por siquiera considerar todo aquello, pero algo en su ser, en su corazón, le decía que debía hacerlo. Sus latidos se aceleraron, su piel se erizó. Sentía como si estuviera a punto de estallar.

Ya había muerto, ya lo había perdido todo, ¿qué más podría pasar? No había ningún riesgo, no tenía que mencionar nada de eso a Brandon ni a Celia; para ellos seguiría siendo Oscar, solo que estaría reparando

todo el daño que había causado.

Tomó su celular y llamó a Celia.

—Hola, ¿todo bien? ¿Dónde están? —preguntó ella cuando contestó.

—Celia, por favor, necesito que me digas la dirección del lugar donde Brandon se está quedando.

—¿Qué? ¿Piensas ir a verlo?

—Sí.

—No creo que sea una buena idea, Oscar, él se siente…

—¡Vamos, por favor! ¡Necesito hacerlo!

—¿Qué te ocurre? Te oigo muy agitado. ¿Te sientes bien?

—¡Estoy bien! ¡Por favor, dime dónde es!

—No lo sé…

—Celia, todo está bien. Confía en mí. Solo quiero verlo, intentar hablar con él. Si no quiere escucharme, no insistiré, lo prometo. No voy a pelear ni a hacerlo sentir peor, solo necesito pedirle perdón por

todo y decirle que lo amo. Por favor.

Ella pareció conmoverse con lo que acababa de escuchar.

—Está bien.

77

Diana

—¡D etente! —grit ó Horacio.

Norah se volteó, sorprendida, y Diana se quedó helada.

—Tiene razón —continuó él—, esto no vale la pena. ¿Qué vamos a lograr? Nada. Sabemos que ella no puede traer a Miguel de vuelta. Lo sabemos. Entonces, ¿es necesario todo esto?

—¿Qué? ¿Acaso te estás escuchando? —Norah no dejaba de apuntar a Diana, que se devanaba los sesos por saber qué podía hacer—. Ambos estuvimos de acuerdo en esto. ¿No puede traerlo de vuelta? ¿No puede devolverle su vida a nuestro hijo? Entonces, ella tampoco merece vivir. Su hija tampoco merece vivir. —Clavó los ojos en Nancy, que la miró aterrorizada y sin dejar de sollozar.

—Norah, escúchate tú —insistió su esposo. Lo que había dicho Diana realmente estaba calando hondo en él—. Esto es venganza, ira, despecho. Pero es cierto, no hará que podamos estar con Miguel otra vez. No como lo deseamos. No como tú lo deseas. Por favor, no vale la pena. —Toda la influencia de Norah comenzaba a debilitarse.

—Hazle caso —intervino Diana—. Si nos dejan ir, juro que no diremos nada. No los denunciaremos, no hablaremos de esto nunca. Seguiré cuidando a Miguel y haré todo lo posible para que esté bien. Lo prometo.

—¡Tú cállate, perra! —gritó Norah, y volvió a mirar a su marido—. ¿En serio quieres rendirte? ¿No seguirás luchando por Miguel? ¿No harás todo por tu hijo?

—No sé si estoy dispuesto a esto. No ahora que lo veo con más claridad.

—Pues, vete. Yo sí estoy dispuesta. No me daré por vencida. Le daré una lección a esta mujer ególatra e inútil.

—No quiero que termines mal. Por favor.

—Eres un imbécil —respondió ella, y otra vez comenzó a llorar—. Creí que entendías mi dolor, que sentías lo mismo que yo, que añorabas poder tener a Miguel como antes, reír juntos, compartir. Ahora veo que no lo amas tanto como yo. Supongo que es cierto, nada es mayor que el amor de una madre. Y el mío es el más grande del universo, así que no me detendré.

En tanto Norah le hablaba a Horacio, Diana metió su mano en el bolsillo y sacó apenas su celular. Bajó la cabeza y miró de soslayo mientras apoyaba su huella dactilar en la pantalla para desbloquearla. Se aseguró de que Norah no la estuviera viendo y presionó el ícono de llamada, donde tenía el número de Lucy como atajo rápido. Tragó saliva y, temblando, la llamó, rogando que contestara.

—¡Basta, deténganse los dos! —gritó lo más fuerte que pudo, con la esperanza de que Lucy estuviera escuchando todo—. ¡Ambos deben parar! ¡Por favor, suelten a mi esposo y a mi hija! ¡Por favor, no les hagan daño! Váyanse ahora o alguien oirá todo y llamará a la policía. ¡Seguiré gritando para que todos escuchen!

—No te atrevas —amenazó Norah—. Si gritas, les volaré la cabeza a ambos, y luego a ti.

—¡No! ¡Por favor! ¡Norah, suelta el arma, por favor!

—¡Cállate!

—Norah, vámonos. No tiene caso —dijo Horacio.

—¡Tú también cállate! —le ordenó ella, y entonces le disparó.

—¡No! —gritó Diana, horrorizada.

Horacio se desplomó con un gruñido gutural, de su costado comenzó a manar sangre. Mucha sangre. Diana lloraba y sentía que estaba perdida. Su esposo se retorcía para intentar liberarse, pero no podía.

—Por favor —rogaba Diana entre lágrimas—. Ya vete, por favor.

—A ver si lo entiendes, maldita. No me iré. No hasta que prometas que harás algo más por Miguel.

Diana seguía llorando, pero respiró profundo y trató de controlarse.

—Está bien —murmuró mientras secaba sus lágrimas.

—¿Qué?

—Está bien, lo haré.

—¿Qué harás?

—Lo mismo que hice para que Oscar vuelva a vivir.

—¿Lo mismo que hiciste? ¿A qué te refieres? —Ahora tenía toda la atención de Norah.

—Que hice algo, intervine para ver si podía lograrlo. Yo sé por qué despertó, sé cuál es el secreto que lo trajo de vuelta.

—¿El secreto?

En ese instante, Diana se abalanzó contra Norah, derribándola y haciendo que soltara la pistola al caer. Ambas lucharon. Diana intentaba golpearle la cara, pero Norah se cubría, así que le lanzó puñetazos al hombro, a su pecho, a su costilla. Norah, en respuesta, colocó las manos alrededor de su cuello y presionó, pero, aunque lo intentaba, no llegaba a ahorcarla.

Ambas buscaban el arma con la mirada mientras se enfrentaban. Diana le arañó el brazo, Norah gritó con rabia y la abofeteó. Forcejearon, hasta que Diana logró zafarse; localizó la pistola y comenzó a arrastrarse hacia donde esta se había resbalado. Norah la agarró de un pie, pero Diana se detuvo unos segundos y le pateó la cara. La mujer gritó, sin embargo, en vez de ir tras la doctora, miró a Horacio, que yacía en el suelo con los ojos cerrados y su pistola en la mano. Se acercó lo más rápido que pudo. Cuando estaba a punto de

quitársela, él abrió los ojos y le apuntó a la cara.

Entonces, disparó.

78

Oscar

Cuando Celia le indicó la dirección, él se la dio a Walter, quien la ingresó en el GPS y tomó el camino que este le marcó. Al cabo de veinte minutos, llegaron a la esquina, en donde detuvieron el auto.

Oscar bajó y le pidió a su amigo que lo esperara allí. Comenzó a caminar mientras tomaba aire despacio, sentía los latidos de su corazón galopando dentro de su pecho y un leve temblor en las manos. Deseaba que Brandon estuviera en el departamento, aunque también estaba demasiado nervioso. No sabía si lo que estaba a punto de hacer saldría como esperaba, pero debía intentarlo.

Al llegar al edificio, se sorprendió al ver que su hijo estaba sentado en la entrada, escuchando música. Cuando lo vio, él se quitó los auriculares y se quedó inmóvil, estupefacto. Oscar también fue incapaz de moverse. Ambos, separados por varios metros de distancia, que parecían tan lejanos y cercanos a la vez.

—Hola… —se atrevió a decir Oscar.

—Hola. Cielos, eres tú —respondió Brandon—. Te ves… estás más delgado.

—Gracias. —La respuesta de Oscar fue automática, pero no terminaba de procesar todos los sentimientos que ese encuentro le provocaba. Definitivamente sentía algo especial al mirar a Brandon. Tal vez fuera la conexión de padre e hijo de parte de Oscar hacia él; tal vez, el

instinto paterno del alma de Greg. Tuvo que reprimir una risa al pensar en esto último.

—¿Qué haces aquí? —Brandon le hablaba casi sin mirarlo. Sus ojos subían apenas un segundo y luego se clavaban en el suelo.

—Quería verte, saludarte —respondió Oscar, y sintió que el temblor se extendía a su cuerpo—. Quería… quería decirte que entiendo por qué no querías verme, o por qué no quieres, y está bien.

—¿Lo entiendes? ¿En serio?

—Sí. Eso es por lo que vine también; para pedirte perdón. —De pronto, sintió que las palabras comenzaban a brotar con más fluidez de su interior—. Perdón por haberte descuidado, por haberte maltratado y menospreciado. Perdón por no haberte acompañado ni haberte hecho sentir amado o respetado. Perdón, hijo, de verdad lo siento. De corazón.

—Está bien —contestó Brandon, esta vez sin levantar la mirada; adoptó una posición de autoprotección, rodeando sus piernas con los brazos.

—No, lo digo en serio. Te pido perdón, hijo. —Oscar se acercó apenas unos pasos—. Solo ahora puedo comprender cuán distante fui, cuán frío y seco estuve durante toda tu infancia. Los momentos lindos que compartimos juntos son muy escasos comparados con las épocas de soledad y dolor que debes haber enfrentado. Perdón por no haber sido el padre que necesitabas. Ahora estoy aquí una vez más y estoy dispuesto a recompensarte, a acompañarte, a consolarte y a amarte. Si es que tú me lo permites, y espero que así sea.

Brandon no resistió. Comenzó a llorar, quebrado, soltando todo lo que

había acumulado durante tantos años, su cuerpo se sacudía con su llanto desgarrado. Oscar terminó de acercarse a él y puso una mano sobre su espalda para dejarlo liberarse de aquella carga, de todo ese pesar. Sentía que algo verdadero estaba sucediendo.

79

Diana

Había sido horrible, angustiante, traumatizante. Pero se había acabado.

Diana no dejaba de pensar en todo, incapaz de procesarlo. Horacio le había disparado a su propia esposa, a la madre de su hijo. Salvó a Diana, a Nancy, a Stefan. Salvó su alma. Porque, aunque terminaría pasando algún tiempo en la cárcel, sabría que al final hizo lo correcto, y eso le daría paz para soportarlo todo, además de la esperanza de volver a ver a Miguel.

Lucy había escuchado algo de todo lo que había ocurrido y, sin dudarlo, mandó a la policía a casa de su amiga, que estaba demasiado sobresaltada para hacerlo en cuanto supo que estaban a salvo. Detuvieron a Horacio y le tomaron declaración a ella y a su familia; luego, les prometieron que estarían en contacto.

Diana no podía dejar de llorar y abrazar fuerte a su pequeña, que estaba en estado de shock. No sabía cómo se sobrepondrían a todo eso, pero sabía que lo harían. Ahora, envuelta en la seguridad de un hogar en el que habían estado a punto de morir, no sabía cómo sentirse. Sinceramente, solo quería dejar todo atrás y continuar con su vida, recuperar la estabilidad, la armonía. Tomaría un tiempo volver a sentirse segura, pero con la ayuda de su esposo, del amor incondicional de su hija, de su mejor amiga y, tal vez, con algo de terapia, podría lograrlo.

80

Oscar

Oscar quería abrazar a Brandon, pero, a la vez, sentía que debía darle el espacio para respirar entre tanta angustia. Quería que soltara todo lo posible porque sabía que le haría bien.

Brandon fue pasando a un llanto más controlado, más tranquilo, hasta que logró calmarse. Se secó las lágrimas con las palmas, aunque algunas todavía seguían cayendo.

—Ahora soy yo quien debe pedirte perdón —dijo, con la voz rasgada.

—¿Qué?

—Yo también debo pedirte perdón. Es algo que entendí en estos días, aunque al principio no quería aceptarlo —confesó—. Comprendí que también fue culpa mía que siempre hayamos tenido una mala relación, y debo reconocerlo. También fue mi culpa la distancia que siempre hubo entre nosotros, porque tú no eras el único que la imponía, sino que yo también.

Oscar no sabía qué decir, solo sabía que debía escucharlo.

—Siempre me sentí extraño, como si no perteneciera. Dicen que todos los niños o adolescentes se sienten así en algunos momentos de su vida, pero yo lo he sentido siempre, todo el tiempo. Como si no

perteneciera a nuestra casa, a nuestra familia. En especial, a ti. —Respiró profundo. Mientras hablaba, seguía mirando al suelo—. Sentía que no eras el padre que merecía, el padre que quería. Era como si fueses un extraño, y yo fuese un extraño para ti. Pero ahora veo que nunca me esforcé por crear un vínculo, por intentar conocerte realmente, por preguntarte cosas o contarte las mías. Nunca sentí esa confianza, nunca sentí esa conexión.

Volvió a llorar por un momento.

—A veces, sentía que no eras mi padre —confesó, dolido—. Y muchas otras, deseaba que no lo fueras. Deseaba que te fueras, o que mamá y tú se separaran y no volvieras más. En los momentos en que estaba muy enojado, incluso llegué a desear que algo malo te sucediera. Y luego tuviste el accidente y… —Volvió a sollozar.

—Está bien —contestó Oscar, intentando consolarlo—. No te sientas mal, no es tu culpa. Lo que sentías era normal, no es algo malo. No eres una mala persona o un mal hijo por haberte sentido así. Fui yo quien estuvo mal, quien debía cuidarte y estar a tu lado. Y si lo hubiese hecho, tal vez habría sido distinto. Pero no te culpes por nada, no lo hagas. —Se quedó meditando unos segundos—. ¿Sabes qué? Yo vine a pedirte perdón, pero veo que también debes perdonarte a ti mismo por todo lo que sentías; solo era causado por lo que vivías, a raíz de lo que carecías. Una vez más, te pido perdón de mi parte y te aseguro que estoy dispuesto a acompañarte como nunca lo he hecho, a aprender contigo, a que los dos nos vinculemos como siempre necesitamos.

Brandon asintió con la cabeza mientras secaba sus lágrimas de nuevo, esta vez más sereno. Entonces, volteó y miró a Oscar a los ojos por primera vez. No lo veía de esa manera desde mucho antes del accidente, pero en ese momento lo hizo. Y entonces, algo ocurrió. Algo que ambos sintieron, aunque ninguno podía explicar.

Oscar miró los ojos de su hijo y tuvo una sensación inigualable e

inexpresable. Sintió algo intenso, una conexión, un reconocimiento. Pero no era un reconocimiento normal, sino uno mucho más profundo, uno que venía del más allá.

Algo similar le ocurrió a Brandon, que se quedó mudo al fijar la vista en los ojos de Oscar. Había algo que yacía en sus iris, en sus pupilas; una esencia que lo llevó a sentir que era pequeño de nuevo.

Ambos vieron en los ojos del otro algo único, algo eterno que sus almas reconocían, algo que les traía paz y plenitud.

Oscar se permitió perderse en aquella mirada, en aquella conexión, en aquel sentimiento que lo llenaba por completo. Fue entonces cuando lo entendió todo.

81

Durante mucho tiempo mi vida fue triste, oscura, mísera.

Desde que tengo memoria, he deseado que fuera más clara, más agradable, más fácil: una vida diferente.

Incontables veces he deseado poder empezar de nuevo, tener otra oportunidad, pero nunca fue más que mi ilusa ingenuidad.

¿Por qué me sentía tan vacío? ¿Por qué mis alegrías solo eran cortos períodos insignificantes que se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos? ¿Por qué me había tocado esta vida y no otra?

Todo era tinieblas y vacío. Todo era nada.

Hasta ese día.

Ese día lo cambió todo. Ese día entendí.

Por fin sentí que esa nueva oportunidad había llegado.

Ese día pasé de la muerte a la vida.

Ese día, por primera vez, me sentí conectado a mi padre. Sentí como si

fuera un bebé mirándolo justo después de nacer, conectándome con él de una manera genuina, natural, genética, espiritual.

Ese día cambié yo, y me atrevo a decir que cambió él.

Aunque no termino de entenderlo, me digo a mí mismo que no necesito hacerlo, solo debo vivirlo. Saber que mi padre estuvo prácticamente muerto por años, pero que regresó, dispuesto a ser distinto y a volver a empezar, es lo que importa, lo que me basta.

Comencé a escribir en este cuaderno solo para expresar mis sentimientos, para soltar mis demonios, para hacerme preguntas a mí mismo y al universo con la esperanza de encontrar alguna respuesta. Ahora siento que me dio una, aunque explicarla es un asunto aparte.

Tal vez sea que no importa lo que vivimos, lo que sufrimos, lo que lloramos, sino qué hacemos al respecto. Tal vez sea que el amor va más allá de lo que entendemos y que siempre llega adonde tiene que llegar, y, aunque parezca tarde, no lo es. En absoluto. Tal vez sea que todo el dolor, la miseria y el quebranto nunca son para siempre, si es que estamos dispuestos a soltarlos de verdad.

Para mí no fue fácil, pero lo hice.

Solté, y ahora tengo algo nuevo a lo que aferrarme. Algo pleno. Algo mejor.

Espero ser capaz de darlo.

Espero no soltarlo nunca.

EPÍLOGO

Lo había comprendido.

Todo había llevado a ese momento.

Mil cosas le pasaron por la cabeza, por el corazón: los recuerdos, las historias del pasado y del accidente, el bebé de Greg y la muerte de ambos, Samira.

Lo había comprendido al mirar a los ojos de Brandon, porque lo que vio en ellos fue inexplicable.

Vio a su hijo, vio a su bebé.

Vio a Christopher.

En un instante, su interior puso todo en su lugar. Asimiló no solo lo que había sentido y recordado sobre la vida de Greg, sino también lo que le había expresado Brandon sobre como siempre se había sentido: extraño, como si no perteneciera, como si él no fuera su padre. Recordó la muerte del bebé de Greg.

¿Y si aquel bebé también volvió a esta vida? ¿Y si el alma de aquel bebé estaba en el cuerpo de Brandon?

Aquello había ocurrido hacía años, y estaba seguro de que, si

descubría el año en que Christopher murió, sería el mismo en que Brandon nació.

Realmente era una segunda oportunidad.

Ambos se miraron sin decir nada, absortos en aquel instante. Oscar entendió que para Brandon él seguía siendo el mismo, solo que una nueva versión, el que siempre había necesitado. Le sonrió, disfrutando de esa mirada que su alma anhelaba ver una vez más y, por fin, lo abrazó, envolviéndolo por completo.

—Aquí estoy, hijo. Aquí estoy y nunca te abandonaré —susurró—. Te amo.

Brandon cerró los ojos y abrazó fuerte a su padre, sin evitar volver a llorar, esta vez con plena felicidad.

—Te amo también —respondió.

Ambos se disfrutaron, se complementaron, y en su interior supieron que, aunque ese abrazo terminaría, nada rompería el nuevo lazo que había entre los dos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero comenzar agradeciendo a todas las personas que, desde el inicio de mi camino como autor, me han brindado apoyo, amor y aliento, e hicieron este recorrido mucho más gratificante y hermoso. Gracias a todos los que me han leído y me han pedido más, indicándome que iba en la dirección correcta e inspirándome a seguir escribiendo. Sobre todo, gracias a quienes esperaron pacientemente este libro. Deseo haber hecho que valiera la pena.

Gracias a mi familia por el amor incondicional. Los amo.

A Matías, quien con todo su ser me ha acompañado y contenido, ha creído en mí, me ha cuidado y me ha hecho feliz al estar en todo momento. Te amo.

Gracias a Natalia Hatt y al equipo de Editorial Vanadis por creer en mi historia, por la oportunidad y por ayudarme a concretar la publicación de esta novela. Es un sueño hecho realidad trabajar con ustedes, y un honor que Todo lo que sabes sea parte de su catálogo.

Por último, pero principalmente, gracias a cada lector que apueste por esta historia. Son bienvenidos a contactarme y compartir sus opiniones y todo lo que esta lectura les provoque. Siempre vamos por más.

Gracias.

SOBRE EL AUTOR

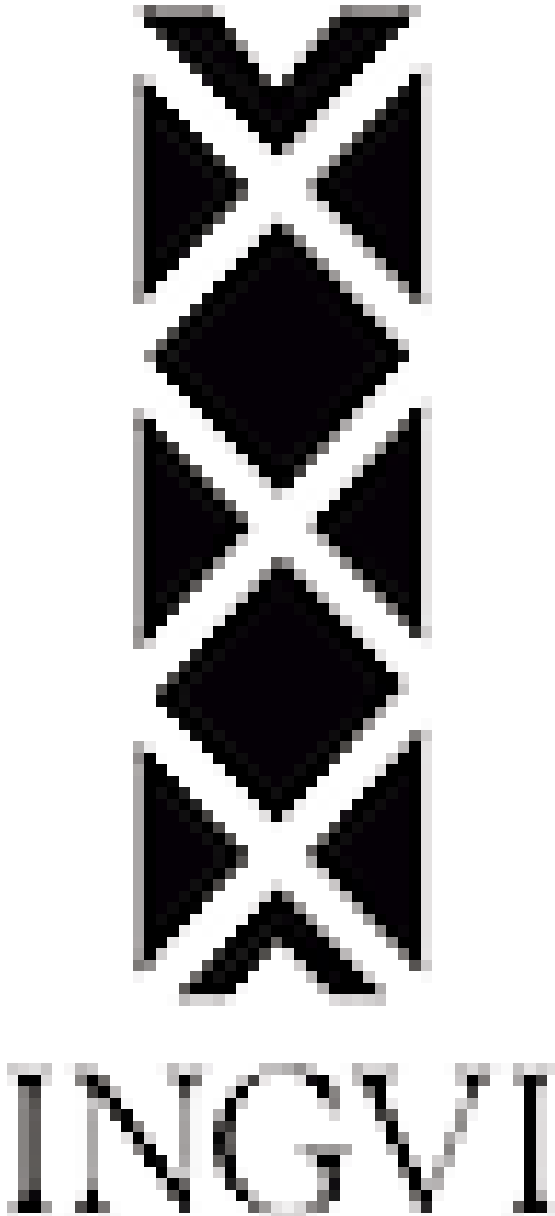
Joel Lalia nació en octubre de 1990, en Buenos Aires, Argentina.

Es amante de los thrillers y las historias oscuras, pero también lo atraen algunas narraciones de ciencia ficción o con elementos fantásticos.

En 2019 autopublicó El carpintero, una novela corta que le valió el grato recibimiento de los lectores y reseñas entusiastas por parte de la comunidad bookstagrammer. En 2022 fue seleccionado para participar en la antología de thriller y suspenso Tiempo en las sombras (Tahiel Ediciones) con su relato titulado «¿Quién es el asesino?».

Actualmente, intenta descifrar cuál de la docena de ideas macabras que rondan su mente se convertirá en su próxima novela.

TODO LO QUE SABES



Contenido

0

I

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR